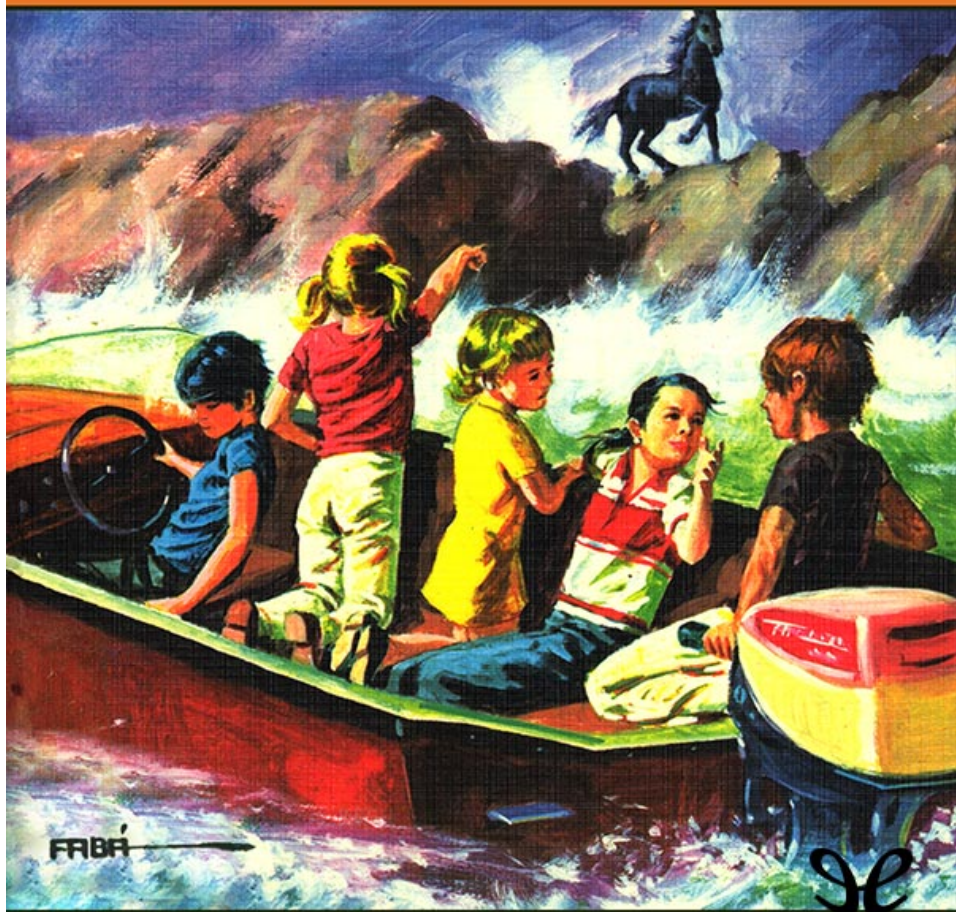


Los Hollister

Y EL MISTERIO DEL CABALLO
FANTASMA



31



JERRY WEST

Al poco de llegar a una isla llamada Wicket-ee-nock, los Hollister, Indy y Emmy Rodes descubren que algo no anda bien. Los Franklin, que viven en la isla, parecen estar escondiendo algo en su establo.





Jerry West

Los Hollister y el misterio del caballo fantasma

Los Hollister - 31

ePub r1.1

nalasss 16.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Ghost Horse Mystery*

Jerry West, 1965

Traducción: Consuelo G. de Ortega

Ilustraciones: Antonio Borrell

Diseño de portada: Salvador Fabá

Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss

ePub base r1.1



LA GAVIOTA ROSADA

El Autor agradece a «The National Audubon Society» su colaboración en la preparación de este relato.



—¡Mirad! ¡Una gaviota de color rosa! —gritó Pam Hollister—. Está tendida en un lado de la carretera. ¡Para, haz el favor!

El conductor frunció el ceño.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Sí, sí. Hay que volver para ayudarla —dijo Pam—. Regresa atrás, Indy, por favor.

La furgoneta dio media vuelta, para tomar la dirección opuesta por la carretera de Nueva Inglaterra. La carga que llevaba «Indy» en el vehículo incluía a su hermana Emmy y su perro cocker «Negrito», además de los cinco hermanos Hollister.

—¡Allí está! —indicó Pam.

La furgoneta se detuvo y la niña salió. Cruzó la carretera y tomó en sus brazos la rosada gaviota. Mientras ella volvía, corriendo, los niños contuvieron una exclamación. Incluso Indy y Emmy quedaron sorprendidos.



—Es una gaviota. ¡Una gaviota de color rosa! —dijo Emmy—. ¡Casi no puedo creerlo!

—¿No creéis que quizá alguien la haya pintado, para divertirse? —preguntó Ricky, para quien hacer cosas de aquel tipo era lo más natural.

—No, no —contestó Holly—. Nadie pinta a los pájaros.

La traviesa Holly, que tenía seis años y llevaba el cabello recogido en trenzas, iba arrodillada en medio del asiento trasero, entre Pete, que tenía doce años, y Pam, de diez. Los dos mayores tenían el pelo oscuro, pero el chico llevaba el cabello bastante corto, mientras que Pam lucía una melena ondulada. Detrás, tendido sobre maletas y mantas, iba el pelirrojo Ricky, de ocho años, y a su lado, la chiquitina de la familia, Sue, de cuatro años, uno de cuyos bracitos rodeaba el cuello de «Negrito». El perro miró por encima del hombro de Pam, para contemplar al pájaro, y dio un sonoro bufido.

El conductor de la furgoneta era Indy Roades, un verdadero

indio de Nuevo México. Su hermana Emmy, una joven atractiva, se sentaba junto a él. Indy se había trasladado desde el Este unos años atrás, y ahora trabajaba en el establecimiento que el señor Hollister poseía en Shoreham. Emmy había ido a hacer una visita a su hermano y los dos decidieron llevarse a los niños de viaje, para resolver un misterio.

Ya habían cumplido aquella misión y, contentos y tranquilos, se encontraban ahora de regreso a Shoreham. Y de pronto, una nueva aventura se presentaba, en forma de una gaviota de color rosado.

El ave permanecía tranquila en el regazo de Pam, parpadeando de vez en cuando.

Emmy, entretanto, estudiaba el mapa, abierto sobre sus rodillas y, por fin, dijo:

—Hay una gran población a unas cinco millas carretera adelante. Podemos detenernos allí y hacer alguna averiguación sobre la gaviota.

—Muy bien —contestó Pam, mientras acariciaba la cabecita del animal.

Una luz roja obligó a detenerse a los excursionistas a la entrada de la ciudad. Indy preguntó a un policía, que estaba cerca, si en la ciudad había alguna persona o institución que entendiera sobre gaviotas.

—Usted bromea —contestó el policía, mirando a los cinco niños con una sonrisa.

—No. No bromeamos —aseguró Pam—. Mire.

El policía abrió los ojos con asombro, y dijo:

—La Sociedad Audubon está al otro extremo de la ciudad, junto a la carretera. No tienen pérdida. A lo mejor allí pueden ayudarles.

—Muchas gracias —dijo Indy, y reanudaron la marcha en cuanto brilló la luz verde.

—¿Qué es un «o bombón»? —preguntó Sue.

—Querrás decir la Sociedad Audubon —le dijo Pam—. Es una organización de personas que estudian y protegen las aves.

—La Sociedad lleva ese nombre en recuerdo de James Audubon —añadió Pete—. Fue un naturalista norteamericano, que exploró la selva para observar los pájaros, e hizo pinturas muy buenas de ellos.

—Apuesto algo a que nunca vio una gaviota rosada —declaró

Holly.

Después de avanzar en medio del tráfico durante unos quince minutos, los viajeros llegaron ante una flecha que señalaba un jardín. Al fondo, a buena distancia de la carretera, había un edificio bajo, de ladrillo rojo. Al lado, un garaje y, detrás, varias jaulas.

—Debe de ser allí —dijo Pete.

La furgoneta se detuvo a la entrada y todos, menos «Negrito», salieron. Ricky sostuvo la puerta del edificio abierta, mientras entraban Emmy e Indy. Luego, pasaron los niños y todos se dirigieron a una oficina.

Sentada tras un escritorio había una joven. Después de mirar a Pam y al pájaro, dijo:

—¡Oh, lo has encontrado! Esperen un minuto, hagan el favor, que voy a llamar al señor Landon.

Descolgó el teléfono y, unos segundos más tarde, se presentó un hombre por la puerta del fondo. Tenía la frente despejada, la expresión infantil y la piel muy tostada por el aire y el sol. Detrás de él iba un muchacho de unos dieciocho años, de cabello amarillento y amplia sonrisa.

—Soy Jim Landon —se presentó el hombre, tendiendo la mano a Indy. Y señalando al muchacho, añadió—: Éste es Gary Dale.

Una vez que todos los visitantes se hubieron presentado, Jim Landon cogió de manos de Pam la gaviota y la miró con atención.

—Arrastrada por la tormenta, y exhausta —dijo. Y, con una sonrisa, devolvió el ave a Pam.

—¡Pero... pero es de color rosa! —objetó Pam.

Sin impresionarse en absoluto, el señor Landon contestó:

—Claro, claro. Éste es uno de los pájaros que teñimos en la costa.

—¿Pintan ustedes a las gaviotas? —preguntó Pete con incredulidad.

—¡Canastos! ¡Explíquenos eso! —pidió Ricky.

—Con mucho gusto. Pasad y sentaos —repuso el hombre, cordialmente.

E hizo pasar a todos por la puerta del fondo, a una gran sala exposición. Alrededor de las paredes había jaulas con pájaros disecados. Otras aves se veían encaramadas en pértigas adecuadas,

de una manera tan natural que todos los animales parecían estar vivos. Sue se acercó a examinarlos, mientras el resto de los visitantes escuchaba atentamente al ornitólogo.

El señor Landon explicó que, hacía varios años, un avión se había estrellado porque las gaviotas habían penetrado en el motor a reacción. Debido a eso la Sociedad Audubon estaba efectuando un estudio sobre los hábitos de dichos animales.

—Contratamos a estudiantes universitarios, durante el verano, para que las atrapasen y tiñeran. Se pintaron de rojo, verde, azul y amarillo. Pero el rojo se ha ido decolorando hasta adquirir un tono rosado, debido al fuerte sol y al agua salada. El tinte es inofensivo, por supuesto.

Gary Dale dijo, con entusiasmo:

—¡Yo fui uno de los que capturaron y colorearon aves! —Gary añadió que estaba allí de paso a una isla llamada Wicket-ee-nock—. Voy a reunirme con un chico y una chica. Los tres formamos el equipo de teñidores de gaviotas. Vivimos en tiendas de campaña.

—Y ¿cómo capturáis las gaviotas? —preguntó Pete.

—Usamos redes y cañas de pescar, sin anzuelo, desde luego.

—¡Canastos! ¡Cómo me gustaría pillar alguna! —confesó Ricky.

—A mí también —añadió Holly—. ¿Podríamos ir contigo, Gary? El joven se tomó serio y movió negativamente la cabeza.

—No creo que fuese sensato.

—¿Por qué no? —preguntó Ricky.

Los componentes de la organización Audubon se miraron.

—No creo que haya motivos para no decírselo —contestó, por fin, Gary—. Hay un misterio en la isla.

—¿Un misterio? ¿Qué es? —preguntó, muy interesado, Pete.

Gary replicó que al último grupo que acudió a pintar gaviotas les hizo huir, asustados, un caballo fantasma.

—¡Un caballo fantasma! ¿Hablas en serio? —dijo Pam.

Gary afirmó con la cabeza.

—Dicen que es mía cosa aterradora... Un animal blanco, pequeño. Yo nunca lo he visto.

—A lo mejor podríamos resolveros ese misterio —se ofreció, gentilmente, Holly.

El señor Landon sonrió.

—¿Por casualidad sois detectives? —preguntó, esperando, sin la menor duda, que le respondieran con un no.

Pero los Hollister contestaron con un sí, y hasta Indy intervino para hablar sobre el último caso que habían resuelto.

—Pero ya es hora de que regresemos a casa —añadió Emmy—. No creo que pudiéramos estar en la isla más de un día. Ése no es tiempo suficiente para solucionar un misterio, ni aun tratándose de mis detectives preferidos.

—Pero a lo mejor podríamos encontrar una pista para Gary —dijo Pam—. Anda, deja que lo intentemos.

—Desde luego, podría sernos muy útil cualquier ayuda que se nos prestase —confesó el señor Landon.

Los hermanos Hollister se volvieron a mirar a Indy con ojos suplicantes. Indy no tardó en murmurar:

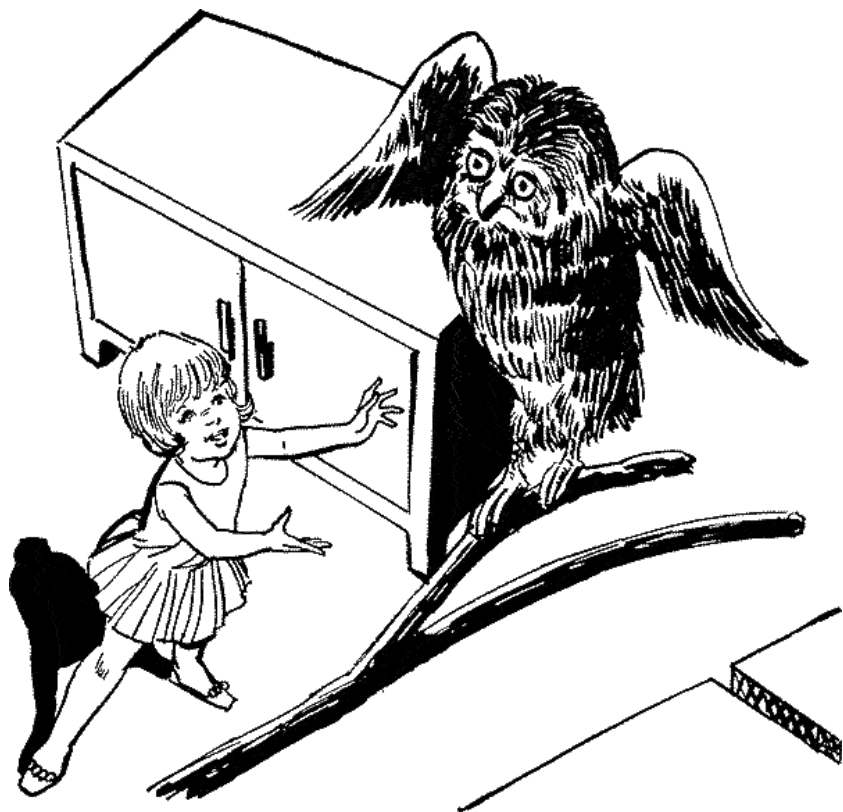
—Está bien. Pero sólo por una noche y un día.

Holly dio a Indy un fuerte abrazo, mientras los demás exclamaban, a coro:

—¡Gracias! ¡Gracias!

—No está muy lejos de aquí —les dijo Gary—. Podríamos ir a Cliffport a la puesta del sol. En Cliffport es donde se toma el transbordador hasta la isla.

Mientras los demás hablaban, muy contentos, del imprevisto viaje, Sue marchó al fondo de la sala, para contemplar un pequeño búho, encaramado en una pértiga de poca altura. Llena de curiosidad, siguió acercándose, hasta casi tocarlo.



Luego alargó un dedo regordete y rozó al animal. Por un momento, pareció que el búho iba a caerse. Luego, al tiempo que Sue daba un grito, el búho extendió las alas y revoloteó en torno a la estancia.

—¡Ooh! ¡Pero si no está disecado! —exclamó la pequeña, cuando el animal iba a posarse sobre su hombro.

Los otros Hollister también estaban perplejos, pero ni el señor Landon, ni Gary demostraron asombro.

—Es un autillo amaestrado —dijo el ornitólogo—. Le llamamos «Sedosa».

Cuando el ave volvió a su pértiga, el señor Landon añadió que habían encontrado a «Sedosa» herida, en la isla Wicket-ee-nock.

—Yo creo que se cayó del nido. La cuidé y la alimenté personalmente. Por eso no se asusta de ti —dijo a Sue.

La pequeña se acercó para acariciar al pájaro con un dedo.

Indy la observó, sonriendo. Luego se volvió a Gary.

—Será mejor que nos marchemos. ¿Tenéis el equipaje preparado?

Sin pérdida de tiempo, el muchacho les llevó a la estancia inmediata, donde tenía apilado su equipaje. Además de maletas y mantas, su impedimenta incluía una cuerda que, según explicó, era para escalar los trechos rocosos y abruptos, y un puñado de cilindros de cartulina, atados juntos.

—¿Qué son? ¿Cohetes? —quiso saber Ricky.

—Sí. Para hacer señales luminosas. Si un buscador de gaviotas se mete en un trecho peligroso, usa esto para hacer señales, pidiendo ayuda. Se usan como las antorchas.

—¡Canastos! ¡Cómo me gustaría utilizar uno! —dijo el pecoso.

Holly, señalando un gran bastidor metálico, cubierto con una red, preguntó:

—¿Qué es esto, Gary? Parece una almeja.

—Es una trampa para gaviotas.

Gary abrió las dos mitades de aquella «almeja», hasta volver a cerrarla por la otra cara. Y las dejó sujetas, pasando una varilla metálica a través de ambas secciones.

—Se coloca esta trampa cerca de un nido. Cuando el pájaro lo toca, la varilla se suelta y la mitad de la red salta para atrapar a la gaviota. Luego, nosotros la libertamos.

—¿Cómo la coloreáis? —preguntó Holly.

—Más vale que esperéis y nos veréis hacerlo —dijo el muchacho, con un guiño.

Mientras Gary Dale iba poniendo sus pertenencias en la furgoneta, atestada de cosas, fue explicando a los Hollister que había teñido gaviotas el año anterior.

—La isla es propiedad de Cadwallader Clegg —añadió.

—¿De quién? —preguntó Ricky.

—De Cadwallader Clegg. Es un curioso viejecito. Él constituye toda la fuerza policial de Cliffport.

Cuando todas las pertenencias de Gary se encontraron en la furgoneta, Pam puso la gaviota rosada en manos del señor Landon.

—En cuanto se ponga bien, la dejaré en libertad —prometió el hombre.

—Me gustaría llevarme con nosotros a «Sedosa» —declaró Sue.

—También yo quisiera que pudieras llevártela —afirmó, sonriendo, el señor Landon—. El autillo es ahora lo bastante fuerte como para cuidar de sí mismo. Debemos dejarlo donde fue encontrado.

—Pues..., a nosotros nos gustaría mucho encargarnos de llevarlo. ¿Verdad, Indy? —dijo Holly.

Indy sonrió, diciendo que sí, y Sue empezó a palmotear. El señor Landon fue adentro para volver poco después con el pequeño búho metido en una jaula metálica. Al dejarlo dentro de la furgoneta, encargó a Gary que no olvidase volver con la jaula vacía.

Los viajeros se despidieron y la furgoneta se puso en marcha, camino de Cliffport.

Un poco más tarde Indy se detenía ante un restaurante de la carretera, donde cenaron. Ya casi se había puesto el sol cuando llegaron a la carretera que llevaba a lo alto de una escarpadura.

—Ahí está Wicket-ee-nock —informó Gary.

Al otro lado de las resplandecientes aguas pudieron ver todos el contorno oscuro y alargado de la isla. En frente, la carretera descendía hacia la población de Cliffport.

—Y ésa es la vivienda de Cadwallader Clegg —añadió el muchacho, señalando una casa cerca del borde de la escarpadura.

Indy detuvo la furgoneta cerca de la casa y los niños bajaron. Ricky corrió al borde del acantilado, seguido de Holly y «Negrito».

—¡Tened cuidado! —advirtió Emmy.

—¡Lo tendremos! ¡No te preocupes! —gritó el pequeño.

—Vamos a atrapar una gaviota verde —dijo Holly, mientras los demás subían al porche de la casa.

Pete llamó a la puerta. Abrió un anciano de espeso cabello blanco. Era alto y delgado, y sus vivos ojos azules miraron a Pete con expresión penetrante.

—No queremos visitantes en Wicket-ee-nock —dijo—. Mis arrendatarios no desean ver intrusos.

—Pero, escuche... —dijo Pete, mientras Indy se aproximaba.

—Queremos ayudar a Gary Dale a capturar gaviotas y a teñirlas —dijo Indy.

—Ah. ¿Más componentes de la Sociedad Audubon?

—Sí —dijo Gary, sacando de su bolsillo un papel que le identificaba—. Tengo que reunirme con Bill y Jane Lesser. Formamos el equipo buscador de gaviotas.

Cadwallader Clegg pasó los pulgares por los tirantes de sus pantalones y permaneció pensativo. Luego hizo señas a los visitantes para que entrasen en su casa.

—Sólo queremos pasar allí la noche —explicó Indy—. En realidad...

El empleado del señor Hollister se vio interrumpido por los gritos y ladridos que sonaron fuera.

—¡Señor, señor! ¿Qué habrá sucedido? —exclamó Emmy.

Cuando volvió la cabeza hacia la puerta, vio entrar por ella a Ricky, tras el que corrían Holly y «Negrito».

—¡Lo hemos visto! ¡Lo hemos visto! —gritó el pelirrojo.

—Habéis visto, ¿qué? —quiso saber Pete.

—¡El caballo fantasma!

UN CATALEJO



—¡Calma, caramba! —exclamó Cadwallader Clegg, apoyando en Ricky una de sus manos huesudas y la otra en el hombro de Holly —. ¡No existen caballos fantasmas ni nada por el estilo!

—Pues lo hemos visto —declaró Ricky, jadeando.

—Vamos, Ricky, ¿estás seguro de que no son imaginaciones? —preguntó Emmy.

—Holly lo ha visto también —declaró el chico.

Y su hermana afirmó, vigorosamente, sacudiendo sus trenzas al cabecear.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Pete.

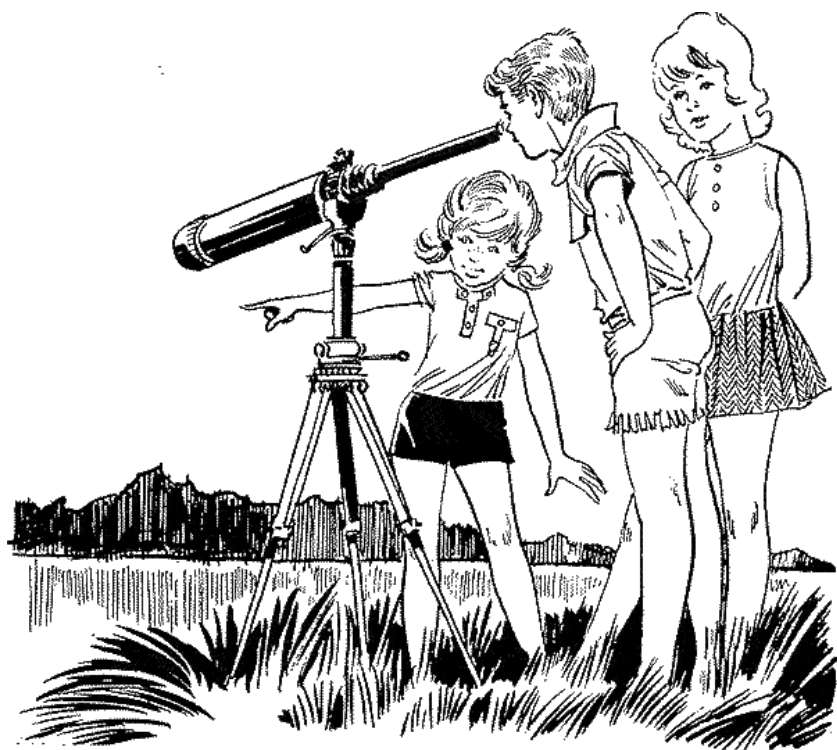
—Es blanco y estaba encima de unas rocas —dijo Holly.

—En tal caso, lo mejor será ir a echar una ojeada a ese caballo misterioso —decidió Cadwallader.

El anciano tomó un largo telescopio y un trípode de una estantería de la habitación, y salió, en compañía de sus visitantes. Colocó el instrumento en el borde de la escarpadura y miró, por el objetivo hacia la isla Wicket-ee-nock.

—No veo ningún caballo —dijo, haciendo indicaciones a Emmy para que se acercase—. Eche usted misma un vistazo.

Emmy contempló la isla. Luego le llegó el turno a su hermano Indy. Pam fue la siguiente en mirar por el largo aparato. Su mirada paseó de un extremo a otro de la isla.



Era larga y arenosa, con puntos rocosos en ambos extremos. En el centro, de cara al continente, se veía una amplia playa. A la izquierda, una casa blanca y, detrás, un granero que, descansando en una elevación rocosa, se asomaba al océano. A la derecha de la playa Pam vio una vieja y destartalada cantina. Distinguió perfectamente el letrero roto, donde había pintado un langostino, de un rojo muy descolorido ya.

Mientras la niña observaba, un transbordador, con cabida suficiente para unos cinco coches, salió del muelle de Wicket-eenock, rumbo a tierra firme, dejando tras de sí una blanca estela.

—Me toca mirar a mí —gritó Ricky.

—Y a mí —añadió Holly.

—Todos tendréis vuestro turno —les apaciguó Pete, cediendo su puesto a los pequeños.

Después de tener a Sue un rato en alto, para que contemplase la isla, también él miró por el instrumento óptico. Escudriñó la isla con gran atención, pero, al igual que los otros, no vio el menor indicio del caballo blanco.

Mientras se dirigían a la furgoneta, Emmy preguntó a Cadwallader Clegg en dónde podrían pasar la noche, en la isla.

—Tengo catres para alquilar, y les daré almohadas y sábanas limpias. Pueden dormir en la cantina desierta, siempre que no les importe la compañía de algunas telarañas.

Cuando las ropas de cama estuvieron colocadas dentro de la furgoneta, y los catres encima, los viajeros dieron las gracias a Cadwallader Clegg. Hasta la chiquitina Sue dio un buen apretón a la sarmentosa mano del anciano.

—Les deseo suerte —dijo Cadwallader, mientras todos entraban en el vehículo—. No olviden su promesa sobre los arrendatarios de la isla. ¡Y cuidado con el caballo fantasma!

Todos le oyeron reír, mientras Indy ponía el vehículo en marcha.

La carretera se retorcía como una serpiente, acantilado abajo, hasta llegar a Cliffport, a orillas del agua.

La población era pequeña, con unas cuantas casitas y tiendas, y una iglesia con campanario blanco. A la izquierda del muelle, Pete vio un pequeño motel y, a la derecha, una caseta con el letrero de SE ALQUILAN BARCAS. Y en el muelle se veía a un hombre con un carrito de mano, en uno de cuyos laterales se leía: PRUEBE LAS FAMOSAS VARITAS DE NIEVE DEL HOMBRE DE LAS NIEVES.

Mientras Indy aparcaba la furgoneta frente al motel, el hombre empujó su carrito para detenerse junto al vehículo.

—¡Soy el «Hombre de las Nieves»! —anunció, jovialmente, mientras sus ojos hacían recuento de la gente menuda—. ¿Qué tal si preparo cinco varitas de nieve?

—Es preferible que ponga ocho —dijo Indy—. Todos las probaremos.

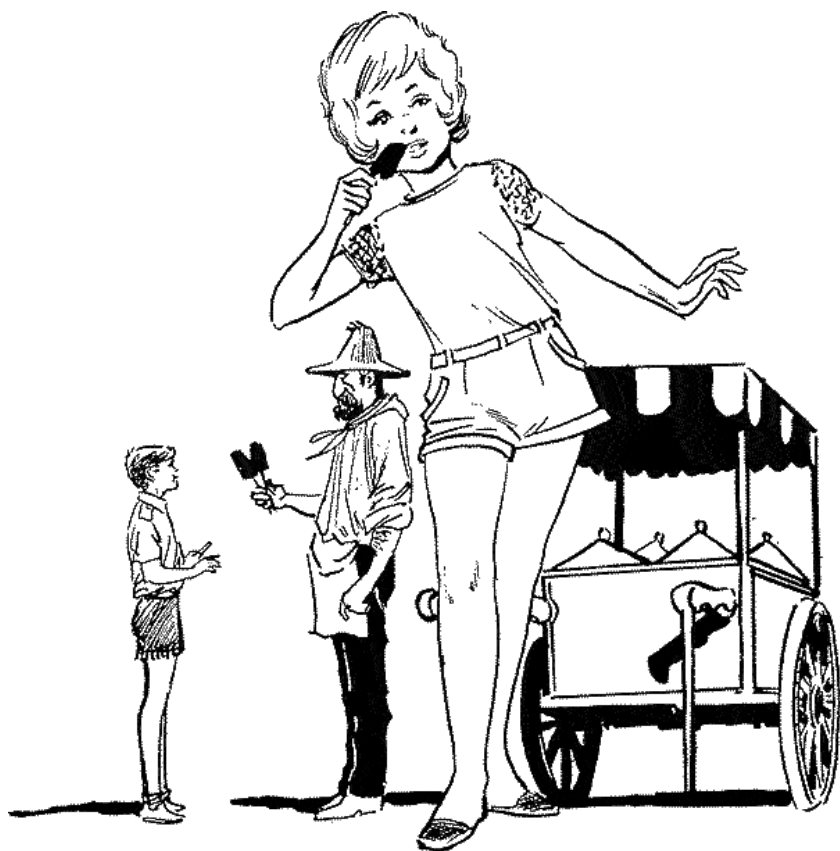
El «Hombre de las Nieves» levantó la tapa del carrito y sacó las blancas barritas de helado. Sue, que fue la primera en recibir su porción, se apresuró a pasar la lengua por la helada superficie. Al momento apareció en el helado una mancha de chocolate.

Al advertir la expresión de la pequeña, el vendedor dijo:

—¡Ajá! ¡Ya sabía yo que te gustarían mis varitas de nieve!

Y explicó a la pequeña que las varitas eran helados compuestos de caramelo en la superficie, debajo chocolate y, en el centro, vainilla.

—¡Son riquísimas! —afirmó Holly, mordiéndolo, sin contemplaciones, el apetitoso dulce.



En aquel momento, el embarcadero de madera sufrió una ligera sacudida. En el extremo más apartado acababa de detenerse un transbordador.

Con cuidado de no dejar caer sus varitas de helado, los niños salieron de la furgoneta y corrieron a la embarcación, seguidos de Gary. A Pete le desilusionó que no llevase coches. Las únicas personas que iban en el transbordador eran dos jóvenes.

Mientras el empleado saltaba a tierra y amarraba la

embarcación, Gary gritó a los dos pasajeros:

—¡Hola, Bill! ¿Qué hay, Jane? Precisamente iba yo hacia la isla para reunirme con vosotros.

—Pues me temo que no va a poder ser —respondió Bill, inclinándose a recoger el equipaje, que había dejado sobre cubierta.

Su hermana Jane, una bonita joven de cabello oscuro y corto, hizo otro tanto. Los dos saltaron al embarcadero.

—Nosotros renunciamos a esto, Gary —dijo la muchacha, retirando de su cara un mechón del oscuro cabello.

—Esto se acabó —añadió Bill, un jovencito delgado y con gafas.

Gary quedó muy extrañado.

—Pero ¿por qué?

—Otra vez el caballo fantasma —replicó Jane—. Salió entre la niebla, anoche, y nos asustó... Hayan o no gaviotas, nosotros nos vamos a casa.

—A lo mejor nosotros podemos ayudaros —intervino Pam, acercándose a Jane.

La muchacha morena se quedó mirando a Pam, quien le observaba, a su vez, con expresión alegre y esperanzada.

—Ya hemos resuelto misterios otras veces —continuó Pam—. Somos una familia de detectives.

—Dadnos una oportunidad —añadió Pete—. Si hay un caballo fantasma en la isla, tal vez nosotros podamos capturarlo.

Gary suplicó:

—No os marchéis. Yo creo que podríamos resolver el misterio y teñir gaviotas, al mismo tiempo.

—Claro, claro —añadió Sue.

Una gotita de helado le había quedado en la nariz y, como con la lengua no lograba alcanzarla, acabó recurriendo al dorso de su mano.

Bill y Jane miraron a los niños. Luego se miraron el uno a otro y apretaron los labios. Cuando la muchacha movió de arriba abajo la cabeza, ella y su hermano sonrieron, diciendo:

—Está bien. Continuaremos, si vosotros estáis también. Pero sólo por esta noche.

—¡Estupendo! —se alegró Gary que, a continuación, presentó a sus recientes amigos.

—¿Vamos a la isla ahora? —preguntó Holly.

—¡Imposible! —vociferó alguien, tras ellos.

Al volverse, todos pudieron ver al conductor del transbordador, que les miraba desde la borda. Tenía la gorra inclinada hacia atrás, sobre su cabello cano, y los pulgares hundidos en el cinturón.

—«La Sirena» no vuelve a salir hasta mañana —añadió el hombre.

—¿Es usted el capitán? —preguntó Ricky.

—Exacto. El capitán Jeremiah Wade.

—¿Y dónde está la tripulación? —inquirió Holly.

El capitán sonrió.

—Yo soy mi propia tripulación. Bueno. Sed muy puntuales. Saldremos a las nueve en punto.

—Será mejor que se lo digamos a Indy —opinó Pete.

—Y busquemos habitaciones para pasar la noche —añadió Gary.

Mientras el grupo buscador de gaviotas se alejaba, los Hollister se encaminaron a la furgoneta.

Indy había empezado a sacar los equipajes y el «Hombre de las Nieves» había vuelto de nuevo al embarcadero.

Mientras se aproximaban, Pete se fijó en un hombre que se encontraba a cierta distancia. Tenía barba castaña y llevaba boina.

En aquel mismo momento, Holly distinguió una gaviota solitaria, revoloteando a la moribunda claridad reinante.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Una gaviota verde!

Al levantar la mano para señalar al animalito, perdió el último trozo de varita de helado. En tanto que la gaviota se precipitaba hacia el helado, el pedacito de dulce manjar aterrizó... ¡plaf!... en el zapato del hombre de la boina. Éste se detuvo en seco y bajó la vista.

Holly contuvo una exclamación. Luego, tímidamente, dijo:

—Lo siento muchísimo.

—No es nada —contestó el hombre, sacando un pañuelo para quitar el trozo de helado de la brillante piel de su zapato.

Todos se dieron cuenta, por el acento del hombre, de que no se trataba de un americano.

—Lamento mucho que te hayas quedado sin helado —dijo el desconocido—. Voy a comprarte otro.

—No. No tiene que hacerlo —protestó Holly, dando muestras de muy buena educación—. No ha sido culpa suya.

Pero el desconocido hizo una inclinación con la cabeza y le entregó una nueva varita de helado. Holly, muy reverenciosa, le dio las gracias. Sonriendo a la niña, el hombre dijo:

—¿De modo que os gustan las gaviotas?

—Pensamos capturarlas y teñirlas —alardeó Ricky.

Y Sue añadió:

—Sí, sí. En la isla de nombre raro.

—Vaya —murmuró el barbudo—. ¿Así que vais a isla de Wicket-ee-nock?

Holly afirmó con vigorosos cabeceos, mientras todos se apartaban del «Hombre de las Nieves». En seguida la niña empezó a explicar sus planes. El desconocido escuchó atentamente e hizo muchas preguntas.

Estaban los niños concluyendo sus explicaciones, cuando una expresión extraña y soñadora asomó a los ojos azules del hombre, que, sin decir una palabra, se alejó del embarcadero hacia la calle mayor de Cliffport.

—Es un tipo raro —comentó Pete—. Me gustaría saber de qué país procede.

En cuanto los Hollister estuvieron instalados en el motel, corrieron a la habitación de Indy, mientras él telefoneaba a Shoreham. Una vez que él hubo puesto al corriente al señor Hollister de su plan de quedarse en Wicket-ee-nock, los niños pidieron turno para hablar.



—Hay un misterio en la isla, mamá —dijo, muy serio, Ricky—. Tendremos que quedarnos un poco más para resolverlo.

—Está bien —asintió la señora Hollister—. No es que nos importe que lo hagáis, pero pensad que papá y yo os echamos de menos.

Por fin, después que Sue hubo mandado una lluvia de besos por teléfono, todos se fueron a la cama.

Al día siguiente, los viajeros se levantaron muy temprano, ansiosos por cruzar el canal, hasta la isla. En cuanto terminaron el desayuno, Holly dio a «Negrito» un tazón de leche, que el perro se tomó mientras los niños preparaban las maletas.

Indy y Emmy compraron provisiones en una pequeña tienda de comestibles. Cuando volvieron con cuatro grandes y abultados sacos, Ricky exclamó:

—¡Canastos! ¿Todo es comida?

—Es preferible que sobre a que falte —replicó Emmy—. Como son cosas que no se estropean...

Diez minutos más tarde, cuando estuvieron en el embarcadero, vieron al «Hombre de las Nieves», que les saludó, mientras ellos observaban cómo Indy conducía la furgoneta hasta el transbordador. Una buena sacudida, un poco de estrépito y el vehículo estuvo a bordo.

Los niños y «Negrito» corrieron al embarcadero, seguidos por Emmy y los capturadores de gaviotas. Entonces soltó las amarras, hizo sonar tres veces el silbato y la embarcación se puso en camino hacia la isla.

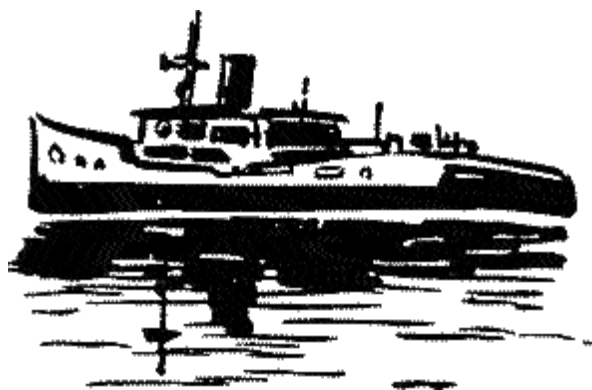
El día era soleado y ventoso y la bandera de lo alto del mástil era azotada por la brisa. Pero, a medio camino, el transbordador empezó a ladearse. El capitán Wade llamó a Indy:

—¡A ver, usted! ¡Coja el timón! Tengo que ver qué es lo que pasa.

El capitán corrió abajo y volvió a los pocos momentos, lleno de nerviosismo.

—¡Hay un agujero en la embarcación! ¡Nos estamos hundiendo! Todo el mundo tiene que ayudar a achicar.

UNA REPRIMENDA



—¡Jovencita, ocúpate del timón! —ordenó el capitán—. Los hombres tendrán que encargarse de los cubos.

Pam cogió el enorme timón, sustituyendo a Indy, y mantuvo el curso conveniente, mientras Holly y Sue le daban las debidas orientaciones. Al mismo tiempo, Pete y Ricky corrieron a un lado de la cubierta para quitar la funda de lona de una lancha salvavidas. La lancha estaba tan vieja y maltratada que Pete no pudo dejar de exclamar:

—¡Zambomba! ¡Espero que no tengamos que usarla!

Entre tanto, el capitán Wade tomó cuatro grandes cubos rojos que estaban colgados en la popa. Rápidamente formó una brigada de achicado. Los cubos, llenos de agua fangosa eran subidos desde el fondo y vaciados por la borda.

La embarcación continuó ladeada, pero ya no se hundió más. Pam mantuvo el curso, encargándose de que la proa de la embarcación estuviese de continuo en línea recta con el embarcadero que podía ver en la isla Wicket-ee-nock.

Al aproximarse allí, el capitán acudió al timón.

—Gracias —dijo.

Con una mueca extraña de su boca y mentón, condujo el transbordador hasta que un costado quedó arrimado al embarcadero, de aguas vadosas.



Después que Indy bajó la furgoneta a tierra, hombres y muchachos fueron a ver a qué se debía la filtración de agua.

—¡Demonios! —masculó el capitán Wade—. Una de las costuras se ha abierto.

—Y parece que se haya hecho adrede —añadió Pete, al distinguir las señales de un formón a lo largo de la abertura, a unos centímetros bajo la superficie del agua.

—Pero ¿por qué va a querer alguien hundir mi embarcación? —se preguntó el marino, indignado. Y casi sin permitirse tiempo para respirar, añadió—: Lo repararé ahora mismo.

De un armarito situado en la popa, el capitán sacó algunas

herramientas y un rollo de cordel.

—Haré una reparación que me permita volver a la otra orilla —dijo.

Cuando el capitán Wade hubo martilleado y trabajado un rato en la embarcación, los Hollister le vieron partir. Pero no había recorrido ni la cuarta parte del camino cuando Holly, estremecida, gritó:

—¡Mirad! ¡Se está hundiendo otra vez!

Todos pudieron ver que el capitán volvía a achicar el agua, pero sin ningún resultado positivo. Como ahora no había nadie que llevase el timón, la embarcación se movía en círculos, sin dirigirse a parte alguna. Hasta que el capitán Wade decidió saltar a la lancha salvavidas y todos pudieron verle remar vigorosamente hacia la orilla opuesta. Pronto la embarcación desapareció bajo las aguas y sólo el asta de la bandera siguió delatando su existencia.

—¡Ahora sí que tenemos un serio problema! —exclamó Emmy—. Si no hay transbordador, tendremos que quedarnos en la isla más de una noche.

Gary, Bill y Jane sonrieron al oír aquello.

—Es una lástima —dijo Gary—. Pero eso representa que podrán ayudarnos a capturar gaviotas.

Una vez que hubieron visto cómo el capitán Wade llegaba sano y salvo a tierra, los viajeros se volvieron para inspeccionar la isla.

Su furgoneta se encontraba en un camino arenoso que corría paralelo a la playa.

Primero, Indy condujo hacia el extremo sur, para dejar a los capturadores de gaviotas en un pequeño pinar. Gary dijo que iba a poner trampas en los árboles y a través de las dunas, hasta el lugar en que instalarían sus tiendas.

—Vendremos a veros —prometió Pete.

Entonces Indy condujo al norte, pasando ante la desierta posada y la casa blanca. Todos salieron del vehículo y se encaminaron a la puerta delantera, que se abrió, antes de que ellos hubieran llegado. Una señora delgada, de cabellos grises, que llevaba pantalón tejano, salió a su encuentro, diciendo:

—Soy Maude Franklin. ¿Puedo servirles en algo?

Emmy Roades explicó que tenían permiso para permanecer en la

isla aquella noche.

—Aunque me temo que habrá de ser por más tiempo —continuó, y luego explicó lo ocurrido con el transbordador.

—¿Estar más tiempo? ¿Qué significa eso? —dijo una voz, desde el interior de la casa.

Y no tardó en salir un hombre de gesto adusto y piel atezada. También llevaba pantalón tejano y un ancho cinturón de cuero, muy ajustado.

—Les presento a Amos, mi marido —dijo la señora Franklin.

—No me gusta que ande gente por la isla —rezongó el señor Franklin.

Indy repuso que nada podía hacer por evitarlo.

—Todas nuestras pertenencias están en la furgoneta. Nos quedaremos aquí hasta que el transbordador sea sacado a flote y reparado.

Amos Franklin sacudió la cabeza y su esposa pareció preocupada.

—Está bien —masculló el hombre—. Pero les advierto que deberán mantenerse lejos de la cuadra.

Y señaló el blanco edificio del promontorio.

—¿Allí es donde vive el caballo fantasma? —inquirió Sue.

Al oír aquello, el señor Franklin se puso pálido.

—¡Caballo fantasma! ¡Qué tontería! Esto es una propiedad privada. Eso es todo.

La señora hundió las manos en los bolsillos, inquieta y como deseosa de que los visitantes se marchasen. Al darse cuenta de ello, Emmy dijo:

—Vamos, niños. Tenemos que llevar los equipajes a la vieja cantina.

Camino de regreso a la furgoneta, Pete se detuvo y Ricky le imitó. Los dos chicos se volvieron para echar un vistazo al establo, y hasta retrocedieron unos pasos para ver mejor.

¡Pam! ¡Pam! Un sonido ligero llegó hasta sus oídos.

—¿Qué ha sido eso? —cuchicheó Ricky.

Pero no tuvieron tiempo de pensar en ello porque la señora Franklin llegó corriendo, junto a ellos.

—¡Chicos, os he dicho que os mantengáis lejos del establo!

Pete y Ricky se pusieron muy encarnados.

—Lo siento —dijo Pete—. No estábamos...

—¡Os ruego que os marchéis! —suplicó la señora Franklin.

Indy llamó a los chicos que, muy avergonzados, siguieron a los otros hasta la furgoneta.

—Parece que esta señora está muy enfadada con vosotros —observó Pam.

—¡Canastos! ¡Pues no hemos hecho nada! —protestó el pecoso—. Pero sí hemos oído un ruido muy extraño.

—Vamos. Vamos —intervino Emmy—. No dejéis correr demasiado vuestra imaginación.

Pete y Ricky permanecieron silenciosos, mientras la furgoneta se aproximaba a la vieja cantina, para acabar deteniéndose ante ella. El descolorido letrero pendía torcido, y era sacudido repetidamente por la brisa.

—Una cosa que puedo hacer es reparar ese letrero —dijo Indy, saliendo de la furgoneta. Mirando a los dos chicos, añadió—: No lo toméis tan en serio. No es la primera vez que se os reprende, imagino.

—Pero es que no estábamos haciendo nada —protestó Ricky.

—Vamos —dijo, cariñosamente, Pam—. Este lugar parece muy misterioso. Más vale olvidarse de los Franklin.

La cantina estaba despintada y completamente desatendida. Crecía la maleza alrededor de los escalones que conducían al porche. Varios tablones habían caído y se atravesaban en el camino y los visitantes tuvieron que moverse con muchas precauciones.

Pete, que fue el primero en entrar, vio que habían caído porciones de cielo raso del techo, dejando al descubierto las vigas, alineadas como las costillas de un esqueleto.

En una esquina se veía una vieja y ventruda estufa. Cuando Holly se aproximó, muy decidida, Emmy advirtió:

—No la toques. Debe de estar llena de hollín.

El comedor no estaba mejor que la sala y la cocina se encontraba incluso en peores condiciones. El fogón y el fregadero habían desaparecido y todo lo que allí quedaba era una desvencijada mesa.

Pero, al fondo del pasillo, los recién llegados encontraron tres

dormitorios en condiciones relativamente buenas.



—Es preciso barrer todos los suelos antes de colocar los catres — dijo Pam.

Holly encontró una vieja escoba y un paño, en una esquina, y los niños se turnaron para barrer las habitaciones. Emmy sacó una gamuza del compartimiento de los guantes, en la furgoneta, y quitó las telarañas de las ventanas.

—Bueno, La Posada del Langostino estará habitable en un tres por cuatro —comentó la joven india.

Holly, retorciéndose una de sus trenzas, preguntó:

—Pero ¿dónde haremos las comidas?

—Fuera, en la fachada, he visto una chimenea antigua —dijo

Pam.

—¡Entonces, podremos cocinar todos los días al aire libre! — exclamó Sue, entusiasmada.

Mientras las niñas barrían, «Negrito» se empeñó en jugar con la escoba, pero no tardó en cansarse y se tumbó en el porche, donde habían dejado la jaula de «Sedosa». El perro estuvo observando cómo los chicos descargaban los equipajes de la furgoneta, e Indy reparaba el letrero del Langostino.

Al mediodía, todos comieron unos bocadillos a la entrada de la posada. Al acabar, Pete abrió la jaula de «Sedosa». La adormilada ave esponjó las plumas y echó a volar.

—¡Se va! ¡Se va! —gritó Ricky, alarmado.

Pero «Sedosa» fue a posarse en el letrero del Langostino y pronto volvía a dormir beatíficamente.

—No quiere irse lejos —dijo Sue, riendo, contenta.

Toda la tarde los viajeros estuvieron ocupados en asear la posada. Se extendieron los catres y se prepararon con las sábanas limpias; Pam encontró una bomba de agua en la parte posterior de la cantina, cerca de una duna de arena. Movié el mango y, con gran sorpresa, vio brotar inmediatamente agua clara.

«Es muy raro», pensó, mientras se apresuraba a llevar al interior de la cantina un cubo de agua transparente. Mientras fregaba el suelo de la que iba a ser su habitación, imaginó que los chicos, o Indy habrían estado arreglando la bomba, y no volvió a pensar en ello.

Mientras tanto, Pete estaba abriendo el cajón de herramientas que iba en la parte trasera de la furgoneta. Ricky y él seleccionaron unos clavos y los tres hombres del grupo se ocuparon en arreglar una persiana desprendida, unos cuantos tableros desclavados y un agujero de las escaleras.

A la hora de cenar, Emmy abrió unas cuantas latas de conservas y preparó un delicioso menú al aire libre. Más tarde, cuando empezaba a ponerse el enorme y rojo disco del sol, «Sedosa» emprendió el vuelo, abandonando el letrero.

—¡Vuelve! —ordenó Sue.

—Déjala que se marche —le dijo Pete—. Seguramente va a buscar algo de comer.

—¿Algo?... ¿Qué?

—Puede que un ratón. Eso es lo que ellos comen.

—¡Agg! ¡Qué contenta estoy de no ser un búho! —declaró Holly, mientras contemplaba las brasas de la chimenea del porche.

Transcurrida media hora sin que «Sedosa» hubiera regresado, Sue empezó a preocuparse.

—¿Cuándo volverá «Sedosa»? —preguntó a Pete.

—Probablemente, nunca.

Al oír aquello, a Sue se le llenaron los ojitos de lágrimas.

—No debes ponerte triste —explicó Pete, deseoso de consolar a la pequeña—. Es un ave silvestre. Necesita libertad.

—Pero es que ni siquiera la he «decido» adiós —se lamentó Sue, mientras una lágrima empezaba a resbalar por su mejilla.

—Haremos una cosa, hijita —ofreció Pam—. Iremos a dar un paseo, y si vemos a «Sedosa» podrás decirle adiós.

Pam secó con un pañuelo de papel las lágrimas de la pequeña, la tomó de la mano y salió con ella de la posada.

—¡Eh, «Sedosa»! ¡Ven, «Sedosa»! —iba gritando Sue, mientras se aproximaban a la alta montaña de arena.

De pronto Pam se detuvo, ahogando una exclamación.

En la oscuridad se pudo ver la sombría silueta de un hombre, arrastrándose por la duna.

EL PREMIO DE PETE



Pam aguzó la vista, queriendo averiguar quién era el hombre. Pero, al llegar a lo alto de la duna, el hombre desapareció por el otro lado.

La niña titubeó un momento. Luego, agarrando fuertemente a Sue de la mano, echó a correr cuesta arriba, al lugar por donde el hombre había desaparecido. A cierta distancia, Pam vio huellas de pasos, que siguió hasta el pie de la duna.

Allí las huellas conducían hacia el océano, a un cuarto de milla de allí. Las dos hermanas pudieron oír cómo las olas se estrellaban en la arenosa orilla.

Caía la noche rápidamente y Pam titubeó, sin decidirse a seguir las huellas más allá. Sacudiendo al viento sus cabellos, Pam dio media vuelta y regresó, con Sue, a la Posada del Langostino. Por el camino iba preguntándose quién podía ser el desconocido. ¿El hombre de la boina, tal vez? ¿La persona que tantas preguntas hizo a los Hollister la noche anterior?

Cuando las dos niñas llegaron a la posada, Pam habló de las huellas dejadas por el desconocido.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Tendremos que seguir esas

huellas por la mañana, Pam.

Emmy había llevado una docena de velas y los niños se dispusieron para ir a la cama con aquella trémula luz. En cuanto extinguieron las mortecinas llamas, todos quedaron rápidamente dormidos.

Pero Pete se había propuesto madrugar. Y abrió los ojos con la gris claridad del amanecer. Se vistió rápidamente y, sin hacer ruido, fue a despertar a Pam. Juntos, y de puntillas, salieron de la posada, subieron por la duna y bajaron por el lado opuesto.

—Mira, Pete. Las huellas siguen allí, muy claras.

A juzgar por la separación de cada pisada, Pete supuso que el hombre había ido corriendo. Los dos hermanos siguieron la pista, hasta la orilla del océano. Las huellas de pasos desaparecían en el mismo borde.

Pete quedó desilusionado.

—Fuese quien fuese, se marchó por el océano.

—O puede que anduviese un rato por la orilla, pero dentro del agua, para no dejar pisadas —apuntó Pam.

Los niños caminaron un buen trecho playa arriba, playa abajo, pero ya no pudieron descubrir huellas del hombre.

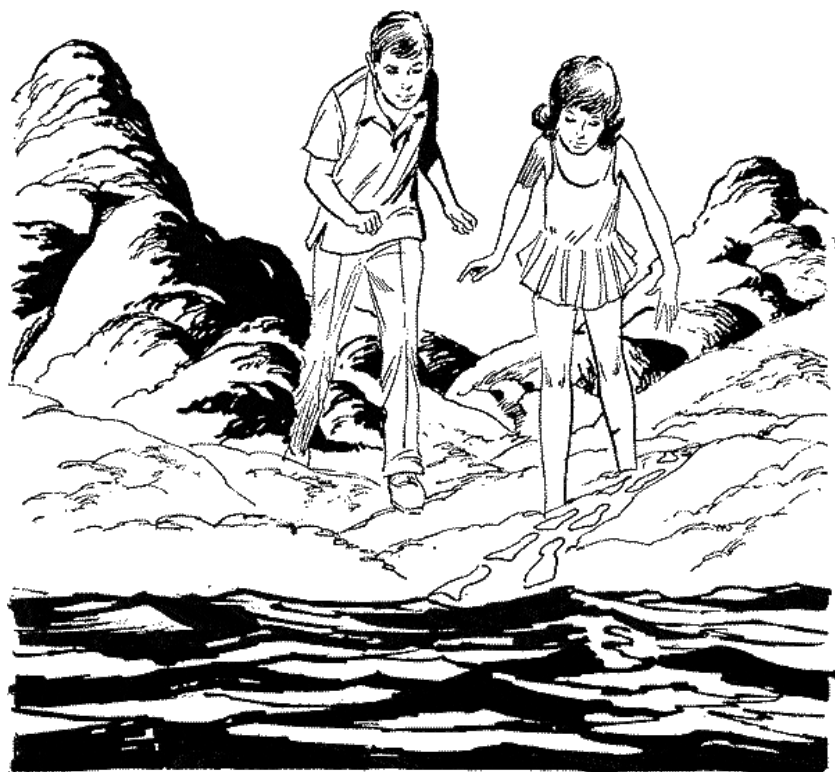
Cuando llegaron a la posada, Ricky ya había encendido una estupenda hoguera en la que preparar el desayuno.

Sue corrió a recibirles, gritando:

—¡«Sedosa» ha vuelto!

Y señalaba el letrero de la posada, donde se encontraba el ave, con los ojos cerrados.

Pete soltó una risilla.



—Sabía que habían palomas domésticas, pero no búhos domésticos.

—Éste debe de ser diferente —comentó Pam, sonriendo, al ver la feliz expresión de Sue.

Después de un sabroso desayuno, consistente en huevos revueltos, tostadas y chocolate caliente, Indy dijo:

—Creo que Emmy, Sue y yo debemos ir a visitar a los Franklin para hacerles unas preguntas sobre ese hombre misterioso.

—¿Crees que podría ser el señor Franklin? —preguntó Ricky.

—Lo dudo, pero creo que será mejor comprobarlo.

—Entonces, los demás podríamos ir a buscar gaviotas —dijo Ricky, con entusiasmo.

—De acuerdo —asintió Indy—. Tú serás el responsable de todo, Pete. Y mucho cuidado en esas zonas rocosas.

Llevando bocadillos para la hora de comer, los cuatro niños mayores y «Negrito» corrieron por la playa, hacia el extremo sur de

Wicket-ee-nocket. Después de cruzar el fresco pinarcillo, salieron de nuevo a las soleadas dunas.

La isla era más estrecha allí, y los niños podían contemplar, sin dificultad, las dos orillas. A lo lejos, Pete distinguió dos tiendas de campaña color naranja. Tras ellas, la arena iba dando paso, gradualmente, a las rocas. Pronto pudieron ver a Gary, Bill y Jane que se ocupaban en poner trampas para gaviotas.

—¡Mirad! —exclamó Holly—. ¡Allí hay un nido!

Había en el nido tres huevos a los que «Negrito» estuvo ladrando furiosamente.

—¡Canastos! ¡Y allí veo otro! —señaló Ricky.

Por encima de sus cabezas revoloteaban varias gaviotas, que daban estridentes gritos.

—Será mejor que no toquemos sus huevos —decidió Pam, encaminándose a las tiendas de campaña.

Ricky se rezagó un poco, aunque no tardó en reunirse con sus hermanos, que seguían ocupándose en contar los huevos de cada nido. En unos había dos; en otros, tres.

Cuando estuvieron cerca del campamento de los capturadores de gaviotas, se oyó exclamar a Ricky:

—¡Mirad! ¡Un nido con seis huevos!

Jane, que acababa de colocar una trampa, se mostró muy sorprendida. Ataviada con blusa y pantalones cortos, corrió ágilmente junto a Ricky. Efectivamente, en el nido que se encontraba a los pies del pequeño había seis huevos.

—No gastes bromas —dijo Jane.

—¿Bromas? ¿De qué hablas? —preguntó el pecosito, poniendo la más inocente de las expresiones.

—Las gaviotas no ponen más de tres huevos por nido —replicó la muchacha.

—Es verdad —concordó Bill, que se acercaba, acompañado de Gary.

A Ricky se le pusieron las orejas rojas.

—Has gastado una broma —le acusó Pam, sin enfadarse—. Si no, ¿por qué se te iban a poner las orejas coloradas?

El pelirrojo admitió que había tomado tres huevos de un nido que había visto un rato antes.

—Entonces, más vale que los lleves allí —aconsejó, amablemente, Jane.

Mientras Ricky marchaba para hacerlo, Jane mostró a las niñas su tienda y sus pertenencias.

—Bill y yo ocupamos la otra tienda —explicó Gary—. ¿Quieres echar una ojeada dentro, Pete?

El muchacho retiró un extremo de la lona y pudo ver dos flamantes sacos de dormir y otros objetos de camping.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Debe de ser estupendo vivir así!

—Hasta la fecha, no va mal —admitió Gary, encogiéndose de hombros.

Y Pete se dio cuenta de que el muchacho no quería nombrar para nada el asunto del caballo fantasma.

—Vamos —llamó Bill—. Hay que capturar más gaviotas.

—¿Podemos ayudarlos? —se ofreció Pete.

Gary replicó que todas las trampas ya habían quedado colocadas.

—Pero, si queréis, podéis usar esta caña de pescar.

Cuando Gary hubo dado instrucciones a Pete sobre lo que convenía hacer, los dos hermanos Hollister salieron en busca de gaviotas. No habían ido muy lejos cuando se oyó gritar a Holly con deleite, porque acababa de ver como un ave caía en una de las trampas.

Jane sacó al animal y las niñas se dispusieron a teñirla.

—Vamos, Pete —apremió el pecosito, viendo aquello—. Tenemos que capturar una nosotros también.

Pete hizo un nudo corredizo con el sedal y lo colocó alrededor del borde de un nido, tal como le habían indicado. Luego, con mucho cuidado se alejaron con la caña y se tendieron en el suelo, boca abajo, a esperar la llegada de las gaviotas.

Fueron muchas las que pasaron revoloteando sobre sus cabezas, pero ninguna fue a posarse en el nido. Seguían los chicos esperando, cuando «Negrito» saltó a las rocas para colocarse a su lado.

En aquel momento, una gaviota planeó sobre el nido, disponiéndose a descender.

Empezaba Ricky a tirar de la caña, cuando «Negrito» dio un ladrido. Con un sonoro aleteo, la gaviota se elevó por los aires.

—¡Qué rabia! —protestó Ricky—. ¡A callar, bobo! Si tú andas ladrando de ese modo, ¿cómo vas a capturar gaviotas?

El perro hundió la cabeza entre las patas y permaneció muy quieto y silencioso, mientras Pete hacía de nuevo el nudo corredizo. Esta vez fue el hermano mayor quien sujetó la caña y esperó, pacientemente.

La misma gaviota de antes planeó sobre sus cabezas y, no advirtiendo movimiento alguno, descendió de nuevo. Cuando sus patitas rozaron el nido, Pete dio un tirón de la caña. El nudo se cerró en torno a las patas de la gaviota, que inmediatamente emprendió el vuelo.

—¡Sujétala! —gritó Ricky a su hermano.

—¡Ya lo intento! —replicó Pete.

Pero la verdad era que la caña estaba siendo arrastrada hacia arriba y el carrete se iba desenrollando.

—¡Tira hacia ti, Pete! —apuntó el pecoso, mientras la gaviota luchaba por seguir ascendiendo.

—¡Zambomba! ¡Es más grande que el pez más gordo de todos los que hemos pescado!

La gaviota continuó luchando por huir, pero Pete pudo empezar a enrollar el hilo. El ave fue revoloteando cada vez más baja.

Entonces agarró al ave por las patas. La gaviota se defendió a picotazos, pero Ricky resistió valerosamente.

—¡Hemos capturado una! —anunció Pete, a gritos, a los demás.

—¡Traedla, que la teñiremos! —repuso Bill.

Muy orgullosos, los dos hermanos Hollister treparon entre las rocas, con su presa. Se dirigieron a la tienda de Jane, donde Pam y Holly acababan de teñir su gaviota con el tinte rojo disuelto en una taza de porcelana.

—Buena presa —aplaudió Bill—. ¿Queréis teñirla vosotros mismos?

—¡Claro! —contestó, al momento, Ricky—. Si las chicas lo hacen, ¿cómo no vamos a hacerlo nosotros?

—Pero tened cuidado de que no le entre pintura en los ojos —advirtió Pam. Y añadió, al entregar a los chicos un pedacito de

pañuelo de papel—: Ponedle esto en la cabeza.

Pete cogió al animal por las patas y Ricky por el gáznate y le cubrieron la cabeza con el papel. Pete tomó el pincel que le ofreció Pam, y empezó a pintar las plumas del ave.



Ricky estaba contentísimo viendo aquello.

—¡Conozco un gato de un callejón de Shoreham, al que me gustaría pintar así! —dijo el travieso pecoso, mientras Pete daba una pincelada en el cuello de la gaviota—. Cuidado, que me estás pintando los dedos.

Mientras acababa de teñir al animal, Pete preguntó:

—¿Dónde pondremos a secar a estos amigos?

Pam señaló más allá de la duna, donde había una gran jaula de alambre, como los gallineros. La otra gaviota encarnada estaba ya dentro. Pete se encaminó allí, abrió una portezuela de la parte superior y metió por ella al segundo animal.

—Dentro de dos horas estarán secas. Entonces las soltaremos —dijo Jane.

La joven explicó que si se dejaba a las gaviotas en libertad, en el momento de acabar de pintarlas, lo primero que hacían era

chapuzarse en el agua, con lo cual desaparecía la pintura de sus plumas.

Durante aquella mañana fueron siete las gaviotas que se capturaron, pintaron y dejaron en libertad.

—Los Hollister habéis resultado muy útiles —declaró Gary.

Después que comieron los bocadillos, la tarde transcurrió muy de prisa y, poco antes de las cinco, los niños oyeron sonar el claxon de su furgoneta.

—Emmy nos llama para que vayamos a cenar —dijo Pam.

—Volved a visitarnos —invitó Jane, cuando los Hollister se marchaban.

Cuando llegaron a la vieja posada, Pete preguntó:

—¿Habéis averiguado algo sobre el hombre misterioso de anoche, Indy?

—Parece que los Franklin no saben nada de él —replicó Indy—. Conviene que mantengamos los ojos bien abiertos. ¿Habéis capturado alguna gaviota?

Mientras cenaban, los niños explicaron sus aventuras de aquel día. Estaba Emmy repartiendo las barritas de caramelo, del postre, cuando «Sedosa» despertó, extendió las alas y se alejó, al vuelo, para ir a buscar su cena. Mientras la veía marchar, Sue dijo:

—Quisiera ver la tienda de Jane.

—Yo te llevaré allí —se ofreció Ricky.

Se decidió que Emmy, Indy, Holly y «Negrito» acompañarían a Sue y Ricky al campamento de los capturadores de gaviotas. Entre tanto, Pete y Pam irían al lugar en donde habían huellas de pisadas aquella mañana.

Al llegar a la orilla, Pete y Pam miraron a uno y otro lado. No había nadie a la vista y las pisadas se habían borrado con la marea.

—¿Adónde crees que iría ese hombre después de entrar en el agua? —preguntó Pam.

—Puede que anduviese unos pasos, hasta una barca —replicó Pete.

A cierta distancia, playa arriba, los niños pudieron ver el montículo rocoso, en cuya cima se asentaba la cuadra.



A propuesta de Pam, caminaron hacia el pie del acantilado.

—¡Zambomba! Seguro que por aquí no se puede pasar cuando sube la marea —observó Pete, que tuvo que hablar casi a gritos para que su hermana le oyese, sobre el estruendo del mar.

En aquel momento, Pam levantó la vista hacia lo alto de los peñascos y quedó boquiabierta.

—¿Qué pasa? —preguntó Pete, levantando también la cabeza.

Entre las rocas se veía a un hombre. Tenía las manos puestas a modo de bocina ante la boca, y les gritaba algo.

—¿Puedes oír lo que dice? —preguntó Pete, a voces.

—¡No!

Separando las manos de la cara, el hombre hizo señas a los niños para que se alejasen de las peñas.

—¡Es el hombre de la barba! —exclamó Pete.

PISADAS DE CABALLO EN LA ARENA



—¿Qué quiere usted? —gritó Pete al hombre que estaba en lo alto de las rocas.

El desconocido sacudió nuevamente las manos, antes de volverse y desaparecer en la profundidad de las sombras.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pam.

—Puede que los Franklin sepan algo de ese hombre —replicó su hermano—. Vamos. Iremos a su casa a preguntar.

—Pero se está haciendo tarde —objetó Pam.

—Emmy y los otros no van a preocuparse —replicó el chico—. Ya somos bastante mayores.

Pete sabía que subir por las peñas a aquellas horas sería demasiado peligroso. Por lo tanto, Pam y su hermano caminaron por la arenosa y húmeda playa hasta un trecho elevado de la isla. Luego tomaron la dirección oeste, en línea recta a través de un trecho de maleza, hacia el otro extremo de la isla Wicket-ee-nock.

Al llegar a la playa giraron hacia el norte, por la carretera, y pronto se encontraron andando camino arriba, por el sendero que llevaba a casa de los Franklin. Detrás, por el promontorio, la blanca cuadra se levantaba fantasmagórica a la escasa claridad del

crepúsculo. Pete y Pam se apresuraron a mirar a su alrededor, pero no vieron el menor indicio del singular desconocido.

Pete llamó a la puerta. Tuvo que repetir la llamada. Al cabo de una larga espera se abrió la puerta y ante ellos apareció la señora Franklin.

—Nos gustaría hablar con usted —dijo Pete.

La mujer sonrió ligeramente, pero no les invitó a entrar. Prefirió salir y cerrar la puerta a su espalda.

—Pero, bueno. ¿Qué es lo que os preocupa, niños?

—Parece que aquí hay un misterio —dijo Pam, hablando a continuación del hombre que les había estado haciendo señas.

—¿Le conoce usted? —preguntó Pete.

—Pues... No, no.

—Ha desaparecido entre las rocas, detrás de su granero —explicó Pete—. Pensamos que, a lo mejor, trabajaba para ustedes.

La mujer dirigió una mirada de susto a la cuadra.

—¡Dios mío! —murmuró a media voz. Pero en seguida se rehízo y se mostró tranquila.

Pam, siempre con amabilidad y educación, preguntó:

—Señora Franklin, ¿cómo se ganan la vida su marido y usted, en esta isla?

A pesar de la poca claridad existente, Pam se dio cuenta de que la señora Franklin palidecía. Muy nerviosa, empezó a jugar con el pañuelo. Por fin, sacudiendo la cabeza, murmuró:

—Os lo ruego, niños. No me hagáis esa pregunta.

—¡Zambomba! Nosotros no queríamos preocuparla, señora Franklin —declaró Pete—. ¿Es que se halla usted en algún apuro?

—No. No es eso. —La señora se volvió hacia la puerta, pero se dirigió una vez más a los niños para añadir—: Todo lo que puedo deciros es que mi marido y yo estamos comprometidos en un trabajo secreto.

La voz de la mujer sonó muy ronca al dar las buenas noches. Finalmente entró en la casa y cerró la puerta silenciosamente.

—¡Pobre señora! —se compadeció Pam, mientras Pete y ella volvían hacia la playa—. Siento hasta haberle hecho preguntas sobre ese hombre.

—Apuesto algo a que aquí hay un misterio más grande de lo que

suponemos —dijo Pete que, un momento después, hacía chasquear los dedos—. ¡Pam! ¿Tú crees que el hombre que vimos era el señor Franklin, disfrazado?

La niña se detuvo un momento para vaciar la arena que se le había metido en los zapatos.

—No lo creo. ¿Por qué iba a disfrazarse?

—Es verdad —concordó su hermano—. No parece que pueda haber ninguna razón.

En lo alto del cielo, la pálida luna proporcionaba algo de luz a los niños, mientras regresaban a la Posada del Langostino.

—Los demás ya deben de haber vuelto —comentó Pete, echando a correr.

—Supongo que sí —asintió la niña—. Mira; se ven luces en la posada.

Deseosos de llegar, los dos niños corrieron, levantando nubecillas de arena tras de sí.

—¡Ricky! ¡Holly! ¡Ya hemos vuelto! —gritó Pete.

Un instante después, las luces se apagaban.

—Quieren gastarnos una broma —dijo Pam, y luego gritó—: ¡Sabemos que estáis ahí! ¡No podéis engañarnos!

De repente, dos siluetas agazapadas salieron de la posada, en dirección a la playa.

Pete y Pam se detuvieron en seco.

—¡No son ni Ricky ni Holly! —exclamó Pam.

Momentos después oyeron zumbir un motor y vieron una pequeña embarcación que cruzaba el canal hacia el continente.

—¡Zambomba! ¡Era alguien que nos espiaba!

Corrieron los dos a la posada y a la puerta de la fachada. Pete buscó en la mesa del vestíbulo, a tientas, hasta encontrar cerillas, con las que encendió una vela. Luego, los dos fueron directamente a la habitación de Pam y Holly.

—¿Qué es esto? —gritó Pam cuando la escasa claridad de la vela permitió ver las maletas abiertas y las ropas desparramadas por el suelo.

—¡Lo han registrado todo! —dijo Pete.

A toda prisa pasaron a las otras habitaciones. En las tres estaba todo revuelto.

Cuando volvían al vestíbulo oyeron alegres voces en el exterior. Eran Indy y los demás, que regresaban.

—¡Nos han robado! —anunció Pete.

—¿Quién? ¿El caballo fantasma? —preguntó Sue, con voz adormilada.

—No es ninguna broma —dijo Pam—. Mirad las habitaciones.

Apresuradamente, los recién llegados se separaron para ir a revisar sus pertenencias. Al poco rato se reunían en el dormitorio de Emmy y Sue, de cuyas maletas no faltaba cosa alguna.



—Pete y yo no echamos nada en falta —notificó Indy.

—También todas nuestras cosas están en la habitación —añadió Holly—. No debían de ser ladrones de verdad.

—Pero han estado buscando algo, seguro —razonó Ricky, rascándose la cabeza.

—¡Mirad! —exclamó Emmy, acercando una vela a su catre, donde, abierto y mal dejado, se veía un pequeño libro—. Alguien ha

estado revisando mi diario.

Holly sostuvo su vela cerca del libro, mientras Emmy lo ojeaba. No faltaba ninguna página.

—Pero, mirad esto —dijo Emmy, señalando la sucia huella dejada por un dedo pulgar, precisamente en la página en que había escrito lo relativo a su salida de Shoreham con los Hollister.

—A lo mejor esa gente sólo quería saber quiénes somos —dijo Pete.

—De ser así, no tendrá nada que ver el hombre de la barba. Nos hizo tantas preguntas que sabe todo respecto a nosotros.

—Pero no sobre Emmy —argumentó Pete.

Luego, entre él y Pam contaron lo relativo al hombre que habían visto en los peñascos.

—Bien, bien. Pero esta noche ya no podemos hacer nada —dijo Indy—. Ordenemos todo esto y a dormir.

Ricky fue el primero en ponerse el pijama y meterse entre las frescas sábanas de su catre. Junto a él se apresuró a acostarse Pete. Pero no fue por mucho tiempo. Primero, «Negrito» dio un gruñido y los dos chicos se sentaron de un salto para escuchar.

—¿Crees que alguien andará merodeando por ahí fuera? —siseó Ricky.

—¡Chiiist! Escucha.

En la distancia resonaron cascos de caballo.

—¡El caballo fantasma! —exclamó Ricky, sobresaltado.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Pam desde el dormitorio inmediato.

Pronto el vestíbulo quedó iluminado por varias velas. Todos estaban despiertos y habían oído sonar los cascos de caballo.

Indy corrió afuera, se arrodilló en el suelo y apoyó el oído en la arena.

—¿Qué oyes, Indy? —preguntó Ricky.

—Es un caballo de verdad, no un fantasma —dijo el indio, poniéndose en pie—. En realidad, son dos caballos.

—¿De qué color son? —preguntó Sue, que no cesaba de frotarse los ojos con sus manos regordetas.

Las risas que entonces se produjeron tranquilizaron un poco a todos, e Indy aprovechó la ocasión para decir:

—Tenemos que volver a la cama. No hay nada que temer. Buscaremos las huellas por la mañana.

Emmy hizo que todos desayunaran antes de salir a buscar las huellas. Luego todos se encaminaron a la playa, en la dirección por donde se oyera el galope de caballos.

Ricky se movía igual que un perro de presa, con la cabeza baja y los brazos caídos a ambos lados. Inesperadamente, gritó:

—¡Están allí!

Cuando los demás llegaron junto al pelirrojo, pudieron ver una serie de confusas huellas de cascos en la arena.

—Aquí es donde dieron la vuelta —dijo Indy, y señaló playa arriba—. Se pueden ver las huellas que van y vienen.

—Dinos lo que sepas, Indy —pidió Ricky—. ¿Qué clase de caballos crees que eran?

—Animales muy grandes —repuso Indy.

—Pero si Gary nos había dicho que el caballo fantasma era muy pequeño... —comentó Holly, extrañada.

Todos siguieron la pista más allá del embarcadero. Al poco, el terreno arenoso fue dejando paso a una zona rocosa y las huellas dejaron de ser visibles.

Desencantados, los investigadores volvieron a la Posada del Langostino, en cuyo letrero volvía a estar «Sedosa» dormitando.

Antes de salir a visitar a los capturadores de gaviotas, todos ayudaron a limpiar la posada. Mientras Pam sacudía las sábanas de su catre, Holly anunció que alguien remaba hacia la orilla.

Los jóvenes detectives corrieron al encuentro del recién llegado, con «Negrito» correteando tras los niños. El hombre, de espaldas a ellos, mientras remaba, dio un último impulso a los remos, detuvo la embarcación y la empujó hasta la arena.



Era un hombre desgreñado, con sucios y amplios calzones, y camisa de descolorido color azul. Tenía los párpados caídos como si estuviera a punto de quedar dormido.

—Buenos días —saludó Pete—. ¿Nos busca a nosotros?

El hombre miró a «Negrito» con inquietud y dijo:

—Tengo algo para Emily Rodes.

—¡Emmy! —gritó Holly, corriendo a la casa—. ¡Alguien quiere verte!

Emmy salió corriendo, seguido de Indy. El desconocido, de aspecto adormilado, le entregó un sobre amarillo.

—Un telegrama —dijo.

Mientras Emmy lo abría, el recadero dio media vuelta y corrió a la embarcación, la empujó al agua, saltó al interior y se inclinó hacia los remos.

Sin apenas apercibirse de aquello, Emmy ojeó el telegrama.

—¡Vaya! ¡Sí que tiene gracia! —exclamó.

—¡Canastos! ¿Qué es lo que pasa? —preguntó Ricky.

Emmy se mostró triste y asombrada, mientras leía:

—«Traigan niños a casa inmediatamente. Firmado: Señora Hollister».

Al instante se borraron por completo las sonrisas de los rostros de los cinco niños.

UNOS RAROS POLLUELOS



—¿Eso quiere decir que tenemos que volvernos a casa sin resolver el misterio? —preguntó Ricky, sombrío, dando un furioso puntapié en la arena.

—Pero si ni siquiera podemos llevar la furgoneta hasta la otra orilla —protestó Pete, mirando el mástil del transbordador, todavía hundido en el agua.

Pam movió de un lado a otro la cabeza, y cogió el telegrama de manos de Emmy, diciendo:

—No me parece que sea de mamá. Ella no habla con tanta rudeza.

—Pero es que en los telegramas se dicen las cosas con mucha prisa —aclaró Ricky—. Como cada palabra cuesta dinero...

Sin embargo, Pete opinó:

—Pam tiene razón. Creo que mamá habría dado más explicaciones.

—Y ella nunca firma «señora Hollister» —añadió Pam—. No es correcto.

A Ricky se le iluminaron los traviesos ojillos.

—¡Puede que sea un telegrama falso! —exclamó.

—Seguro que lo es —concordó Pete—. Los que estuvieron registrando encontrarían nuestra dirección en el diario de Emmy. Entonces llamarían a la oficina de telégrafos de Cliffport, aparentando que lo hacían desde Shoreham.

—Puede que tengas razón —admitió Indy—. Haremos las averiguaciones necesarias sobre el telegrama en cuanto pasemos a la otra orilla. —Indy advirtió a los niños que debían tener muchísima precaución—. Ya veis que, en esta isla, no resultamos gratos para alguien.

—Puede que hagan algo ilegal, como contrabando —sugirió Pete.

—¡Claro! —asintió Ricky—. El hombre de los peñascos podía estar haciendo señas a un barco.

—Y el contrabando pueden guardarlo en la cuadra blanca —apuntó Holly.

Aunque la idea pareciese algo absurda, Pam pensó en el misterio de que se rodeaban los Franklin, y se le ocurrió que podía haber sido el señor Franklin quien había enviado el telegrama.

Holly y Ricky se miraron. ¡Si pudieran ver lo que había dentro de aquella cuadra!...

Los Hollister no cesaron de reflexionar sobre el misterio, mientras se dirigían al campamento de los buscadores de gaviotas. Se notaba caliente la arena, bajo sus pies descalzos, y el océano estaba muy azul y deslumbrante.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, sacudiendo los zapatos que llevaba en la mano—. Quiero ir a nadar.

—Es una suerte que llevemos debajo los trajes de baño —dijo Holly, mientras giraban alrededor de una duna. Luego exclamó—: ¡Oh, mirad!

A corta distancia vieron a Jane batallando por pintar el plumaje de una enorme gaviota. Le caían mechones de cabello sobre los ojos y el pájaro aleteaba furiosamente.

—¡Socorro! —gritó, riendo, mientras los niños corrían en su ayuda.

Gracias a los Hollister, muy pronto el cautivo estuvo pintado y metido en una jaula, para que se secase.

—Mirad —dijo la muchacha, mirando a la gaviota, recién

pintada de resplandeciente rojo, que extendía las alas y revoloteaba, furiosa—. Yo he pintado tantas como han capturado los chicos.

—Nosotros ayudaremos a capturar más —sonrió Pete.

Y él y Ricky se reunieron con Bill y Gary, que iban a las rocas a poner trampas.

—¿Habéis visto bien a los pájaros en sus nidos? —preguntó Jane, mientras se quitaba los guantes de goma.

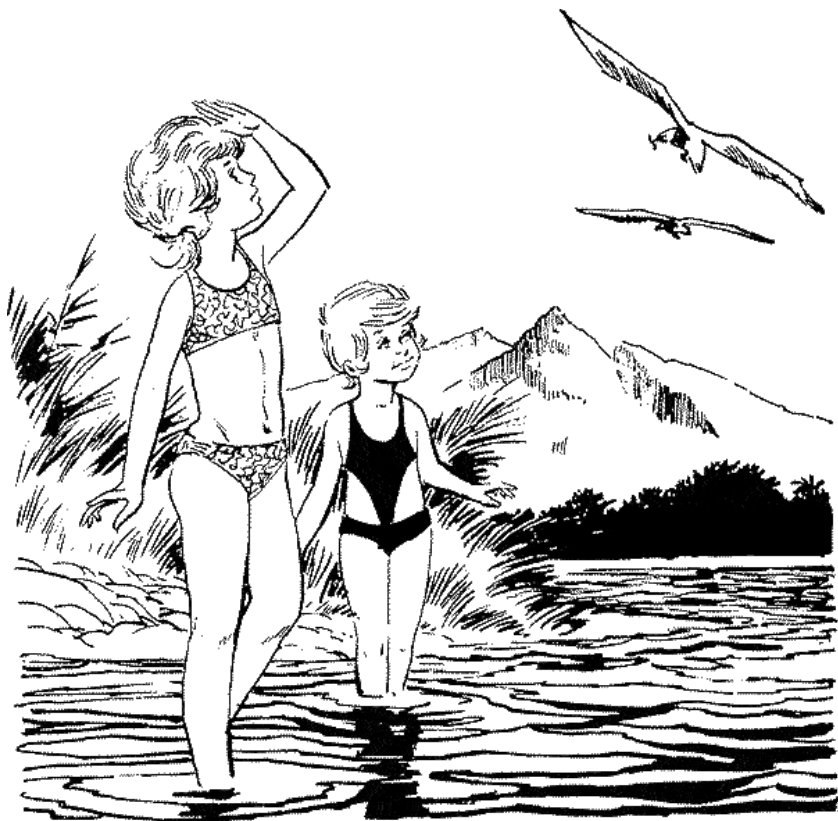
—No —contestó Pam.

—Pues venid conmigo, que los veréis —dijo Jane, tomando a Sue de la mano.

—Yo voy a calzarme —decidió Holly—. La arena está demasiado caliente.

Mientras se encaminaban al extremo más apartado de la isla, Pam contó a su amiga todo lo ocurrido la noche antes. Al poco rato se encontraban trepando por una ladera arenosa, hasta los bajos terraplenes rocosos donde las gaviotas habían construido sus nidos. Algunas aves revolotearon, alarmadas, cuando ellos se echaron al suelo y se acodaron en la arena caliente.

—Estaos muy quietas —aconsejó Jane—, y observad.



Varias gaviotas se movían en círculo por encima de sus cabezas, planeando y descendiendo hacia sus nidos. Una sujetaba en su pico una gran brizna de paja. Cuando se aproximaba al suelo dio una especie de maullido y la paja se le cayó.

—¡Si llevas cosas en la boca, no debes hablar, mujer! —dijo Jane, riendo.

—¡Mira qué pájaro tan grande! —exclamó Pam, mirando hacia arriba.

—Apuesto a que es un águila —dijo Holly.

Jane le contestó que era una gaviota de lomo negro.

—Pesa unas tres libras, es decir, cerca de kilo y medio, mientras que las otras sólo pesan dos libras.

—Qué alas tan grandes —comentó Pam, haciéndose sombra en los ojos para seguir contemplando al animal.

—Pero éstas, tan grandes, son peligrosas —dijo Jane—. Cuando

pican a la gente hacen verdadero daño.

Mientras las niñas permanecían quietas, bajo el sol, las aves a quienes habían inquietado fueron volviendo, lentamente, a las rocas.

—Ahora, mirad con atención —indicó Jane, señalando un nido que se encontraba cerca. Dentro había varios polluelos de un color gris aterciopelado.

—¡Qué «perciosos»! —exclamó con entusiasmo Sue, hablando muy bajito.

Dos gaviotas adultas paseaban cerca, muy orgullosas, mirando de vez en cuando, hacia el nido. Los polluelos, entre tanto, se desperezaban y bostezaban. Uno, muy torpe, perdió el equilibrio y cayó patas arriba. A Holly se le escapó la risa, viéndole batallar hasta que consiguió ponerse en pie de nuevo.

Luego llegó la gaviota madre, con el pico atestado de comida. Inmediatamente los pequeñuelos la rodearon, extendiendo las alas y dejando escapar grititos estridentes.

Después de haber comido, los chiquitines quedaron dormidos y la madre extendió sus alas sobre ellos.

Estaba Jane mostrando otro nido de recién nacidos a sus amigas cuando Holly hizo un movimiento brusco para espantar una mosca que le picaba en la pierna. Aquello asustó a las gaviotas padres que se remontaron por el aire, prorrumpiendo en un grito parecido a «¡ajajá!».

—Es la voz de alarma para avisar a los pequeños —informó Jane.

Mientras tanto, los polluelos saltaron del nido, buscando la protección de la sombra que proyectaba el cuerpo de Holly.

—Están buscando refugio —siguió informando Jane—. No saben que somos nosotras la causa de la alarma.

—¿Puedo cogerlas? —preguntó Holly.

—Es preferible que no lo hagas —opinó Jane, mirando a las gaviotas padres—. No conviene que se asusten más.

Holly se puso en pie con cautela y, al instante, los polluelos empezaron a picotear sus sandalias rojas.

Cuando ella y Pam se echaron a reír a carcajadas, las demás gaviotas salieron de sus nidos, dando roncós gritos.

—Cuando las oigáis gritar así, es que algo las inquieta —dijo Jane.

De regreso, la muchacha fue explicando que a las gaviotas les atraía el color rojo.

—¿Habéis visto cómo los polluelos picotean el pico de su madre? —preguntó—. Es porque les atrae una marquita roja que ven en el pico. Cuando picotean, la madre les deja en el pico un bocadito de comida.

—Pues yo también tengo hambre —anunció Sue—. ¿Puedo comer algo?

Riendo, Jane contestó que sí. Cuando llegaron a su tienda, la joven cortó en rodajas varios tomates maduros, añadió lechuga e hizo bocadillos para todos.

—¡Huuuum! ¡Qué rico! —dijo Holly—. A mí ponme montones de mayonesa.

Veinte minutos más tarde, y gritando a todo pulmón, llegaba Ricky con una gaviota. Tras él iban los demás chicos.

Jane y Pam salieron de la tienda para encargarse de pintar al pájaro. Cuando volvieron, encontraron a Sue profundamente dormida. A su lado también dormitaba Holly.

Jane se llevó un dedo a los labios, indicando a los chicos que no alborotasen.

—La caminata y observación de las gaviotas las ha dejado agotadas —dijo—. ¿Queréis comer algo?

—Ya hemos comido —replicó Ricky—. Hemos vuelto temprano porque nos marchamos otra vez.

—¿Podemos salir a explorar ahora? —preguntó Pete.

—Si alguien se queda cerca de las tiendas... —repuso Jane, mirando a las pequeñas durmientes.

—Bill y yo vamos a estar trabajando aquí —dijo Gary—. ¿Adónde queréis ir?

—Al lugar en donde vimos al hombre haciéndonos señas anoche —repuso Pete.

Él y Pam, seguidos de Jane y Ricky, corrieron playa adelante. Cuando llegaron a los peñascos, había subido la marea y grandes olas se estrellaban en las rocas. De repente, Pam gritó:

—¡Aquél es el lugar!

Ahora pudieron ver que el hombre había estado encaramado en lo alto de unas cavernas gigantescas, que parecían cuencas de enormes ojos en lo alto de la escarpadura.

—¡Dios mío! Entrar por ahí tiene que asustar, incluso durante la marea baja —dijo Jane.



A aquella hora se hacía imposible entrar en las cavernas, que gorgoteaban y aparecían rodeadas de espuma, producida por las olas que se estrellaban en ellas.

En vista de que no podían explorar las cavernas, los cuatro dieron media vuelta.

Cuando se aproximaban al campamento, vieron a Sue y Holly jugando en la orilla, mientras Bill y Gary nadaban cerca. Con un alegre grito indio, Ricky corrió hacia ellos. Cinco minutos más tarde todo el mundo estaba en el agua.

Caía ya el atardecer cuando, al fin, los Hollister salieron a secarse al sol. Estaban poniéndose las blusas y los pantalones cortos, cuando apareció «Negrito» por un lado de una duna, ladrando alegremente. Tras él llegaban Indy y Emmy, cargados con una gran caja de cartón.

—¿Qué os parece si preparamos una cena al aire libre? —propuso Emmy.

Le respondió un coro de sonoros síes.

Un extremo y otro de la alargada playa aparecían desiertos, mientras Pete encendía la hoguera. Sus hermanas, entre tanto, entraron en la tienda de Jane, para ponerse algunas ropas de abrigo que Emmy les había llevado.

Más tarde, mientras se repartían las chirriantes y sabrosas salchichas de Frankfurt, Pam pensó en sus amigos de Shoreham, lamentando que no estuvieran allí todos, acompañándoles en aquella apetitosa merienda-cena.

Después de la puesta del sol, cuando ya la hoguera se consumía, empezaron a aparecer por el oeste espesas nubes. Emmy dijo que era ya hora de regresar a la posada. Jane pudo adivinar, por la expresión de los ojos de Pam, que ésta deseaba quedarse a pasar la noche en la tienda.

—¿Podría quedarse Pam conmigo? —preguntó a Emmy.

—¡Y yo también! —gritó Holly, sin dar tiempo a que Emmy hubiera contestado.

—¡Y yo! ¡Y yo! —dijo Sue.

—Pam puede quedarse, si lo desea —repuso Emmy—. Pero, si os quedáis también vosotros dos, diablejos, ¿quién va a hacerme compañía a mí esta noche?

Tanto Holly como Sue se apresuraron a dar un abrazo a Emmy. Entonces fue Gary quien habló para decir:

—¿Puede quedarse Pete con Bill y conmigo?

Cuando Indy asintió, Ricky quedó algo mohíno, pero en seguida le aseguraron que él tendría oportunidad de quedarse en otra ocasión.

Una vez que los otros se hubieron ido, Pete, Pam y el grupo de capturadores de gaviotas se sentaron en torno a la moribunda hoguera. Las nubes estaban cada vez más bajas, y pronto una blanca

niebla se extendía sobre el agua.



—Ahora será mejor que no contemos historias de fantasmas — dijo Pam, mirando, muy inquieta, hacia la blanca neblina.

Bill se esforzó por reír, pero no lo consiguió. Tragó saliva y murmuró:

—Ésta sería una buena noche para que... para que...

Mientras hablaba, a los oídos de todos llegó el eco acompasado de cascos de caballo.

Y luego, entre la niebla, apareció súbitamente la cabeza de un caballo blanco.

Las ascuas de la hoguera proyectaban su trémula claridad sobre el animal.

Pam contuvo una exclamación.

¡En medio de la testuz del animal se veía un largo cuerno de forma cónica!

UNA VOZ EN LA NIEBLA



Al ver el caballo fantasma, Pam y Jane dieron un grito. Eso asustó a la extraña bestia, que desapareció en la niebla.

—¡Hay que seguirle! —gritó Pete.

Bill y Gary corrieron a su tienda en busca de linternas. Pero el haz luminoso tan sólo servía para dibujar blancos manchones sobre la espesa niebla. Los perseguidores corrían tanto como podían, esperando que, de un momento a otro, apareciese otra vez el caballo fantasma.

Una serie de huellas de herraduras llevaban, directamente, a la orilla del agua. Cuando Bill y Gary enfocaron sus linternas en la arena húmeda, las olas ya habían empezado a borrar las huellas.

Los jóvenes escucharon. Todo estaba silencioso. Hablando en susurros, volvieron a sus tiendas.

¿De quién era aquel caballo y dónde lo guardaban?

—Ese cuerno es postizo —dijo Pete.

Bill recordaba una vieja historia sobre un unicornio.

—Era un caballo mitológico, con un cuerno en el centro de la cabeza —aclaró.

Para entonces Pam había empezado a estremecerse, a causa del

aire húmedo de la noche. Y se sintió muy contenta al poder deslizarse en el saco de noche extra que había en la tienda de Jane.

—Me alegro de que, por la noche, se acaben las emociones —dijo, antes de quedar profundamente dormida.

Pero despertó sobresaltada. Por encima de su cabeza vio un pedazo anaranjado de la tienda de campaña y oyó voces de hombre a lo lejos.

—¿Qué es eso, Jane?

Su compañera se sentó de golpe y entreabrió la lona. Ya había luz de día y seguía viéndose niebla. Continuaban oyéndose las voces de hombres, mientras las niñas se vestían apresuradamente. Los chicos habían hecho lo mismo y salieron en dirección a la orilla del agua.

—Tened cuidado —advirtió Bill, en un cuchicheo—. Hay una vieja áncora que sobresale en la arena, aquí cerca. No tropecéis con ella.

—Debe de haber alguien en aquella embarcación de allí —dijo Pete.

—Pero estamos a salvo, mientras dure la niebla —replicó Jane—. Esperad. Tengo una idea.

Y llevando del brazo a Pam, volvió con ella a la tienda.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Pam.

—Esto —contestó Jane, entregando a Pam un pincel. Luego ella tomó otro. A toda prisa vertió pintura roja en un cubo que llevó a donde estaban los chicos—. Si alguien quiere hacemos daño, se va a encontrar con esto —dijo la muchacha, hundiendo el pincel en el líquido carmesí.



Los chicos rieron.

La expresión batalladora de Jane se transformó, de pronto, en sorpresa, cuando una ráfaga de viento hizo desaparecer la niebla.

—¡Gaviotas purpúreas! —exclamó Gary.

No lejos de la orilla había una lancha encallada en un banco de arena. Un hombre que estaba cerca de la cabina sacudía la mano, gritando:

—¡Ayúdenme! ¡Necesito ayuda!

—¿Quién está con usted? —le preguntó Pete, con cautela.

—Nadie.

—Hemos oído voces.

—Era mi radio —repuso el hombre—. Tengo que llevar esta embarcación costa abajo. No tiene ancla. ¿Podéis arrojarme una cuerda para que no siga yendo a la deriva? Necesito llegar a la orilla.

Bill desapareció para volver a los pocos momentos con un gran rollo de cuerda. Ató uno de los extremo a la medio enterrada ancla y lanzó con fuerza el otro extremo al agua. El de la barca agarró en el aire el cabo de cuerda y lo ató a la embarcación. Luego avanzó, remando con las manos, hasta la playa.

—Tiene un aspecto horrible —cuchicheó Jane a Pam.

Empezando por sus sucios calzones y la descolorida camiseta, todo en aquel hombre era desaseo y dejadez. El cabello rubio le caía hasta las orejas y sus pupilas claras miraron a los niños a través de los párpados casi cerrados. Esbozó una sonrisa.

—Acampadores, ¿eh? —dijo, ladeando la cabeza—. ¿Dónde están papá y mamá?

—Trabajamos para la Sociedad Audubon —replicó Bill.

Los ojos del marinero se posaron en el cubo de pintura.

—Ya veo. Pintores de gaviotas. Entonces, deben de haber huevos de gaviota por aquí.

Sin más, echó a andar a lo largo de la playa, se inclinó y pronto volvió con una docena de huevos de gaviota en sus grandes manos.

—Será mejor que deje esto —ordenó Gary.

Bill se acercó, indignado, al hombre, pero Jane se apresuró a agarrarle por un brazo.

—Te lo ruego, no provoques conflictos. Podrían resultar perjudicados los Hollister.

El desconocido no hizo el menor caso de nadie, y se encaminó a la hoguera. Antes de que los otros hubieran podido pronunciar una palabra, cascó los huevos en una sartén. Las cenizas de la hoguera, encendida por la noche, aún despedían alguna chispita y proporcionaron el calor suficiente para freír los huevos.

Al encontrar cerca una cuchara, el intruso la secó, frotándola sobre sus calzones, y con ella engulló avariciosamente su ilegal desayuno.

—Pete, ¿qué hacemos? —siseó Pam a su hermano.

—Creo que lo mejor es dejarle marchar.

El hombre, que oyó los cuchicheos, sin volver siquiera la cabeza, dijo:

—Lo que os conviene es marcharos de esta isla. No es saludable.

Mientras los demás miraban a tan intempestivo invitado, Pam se

encaminó a la vieja ancla, junto a la que Jane había dejado el cubo de pintura. A toda prisa, embadurnó de pintura roja la cuerda, y volvió a la hoguera.

Para entonces la marea había subido un poco, libertando a la embarcación. Cuando el hombre hubo rebañado los restos de los huevos, arrojó al suelo la cuchara y, a grandes zancadas, se dirigió al ancla.

Desató la cuerda y la enrolló en su mano, acercando así la barca a la playa.

—Gracias por el desayuno —dijo, sarcástico, echando a andar por el agua, para subir a su embarcación—. Y gracias por la cuerda, también. Es, justamente, lo que necesitaba.

Los jóvenes le observaron, muy tranquilizados, mientras subía a la barca y ponía en marcha el motor. Mientras la barca marchaba en línea horizontal a la costa, Pam se fijó en que el hombre de la motora «El Brujo».

Bill se echó las manos a la cabeza, exclamando:

—¡Cuántas cosas ve en la vida un pintor de gaviotas!

—¿Por qué has pintado la cuerda? —preguntó Jane a Pam—. Té he visto hacerlo, aunque creo que nadie más se ha dado cuenta.

—Tuve la corazonada de que se la llevaría. Papá siempre dice: «Dale a uno bastante cuerda y le verás enredarse en ella».

—Espero que volvamos a ver a ese hombre —dijo Gary—. Me gustaría poder darle una lección.

—Yo te ayudaré —afirmó Bill—. Ese hombre sabe de sobra que está prohibido por la ley destruir los nidos de gaviota.

Después de desayunar tostadas, tocino y agua fresca del termo, Pete y Pam ayudaron a los acampadores a asear sus tiendas, antes de ponerse en camino hacia la Posada del Langostino.

—Volved pronto —les invitó Bill—. Y no olvidéis hablar a Indy de nuestro visitante de hoy.

—¿Crees tú que ese hombre tiene algo que ver con el misterio? —preguntó Pam, mientras caminaba por la arena, junto a su hermano.

Pete se encogió de hombros y murmuró:

—Puede ser. Al menos nos ha advertido que nos vayamos de la isla.

—Sí. Y es raro que estuviera encallado tan cerca del sitio en que vimos el caballo fantasma.

Los dos hermanos siguieron haciendo suposiciones sobre el misterio hasta que estuvieron cerca de la posada. De pronto, Pam señaló al frente, diciendo:

—¡Mira! ¡Corren a nuestro encuentro!

Pete se llevó una mano a la frente, para protegerse del sol y mirar. Y así pudo ver a Ricky, Holly y «Negrito» que corrían en atropellada confusión detrás de otra persona.

—No parece que sea Indy —dijo el chico—. ¡Zambomba! ¡No, no es Indy! ¡Son Ricky y Holly que persiguen a alguien!



Cuando el confuso grupo de corredores estuvo más cerca, Pam gritó:

—¡Si es el hombre flaco que nos trajo el telegrama!

—Los pequeños quieren alcanzarle. ¡Eh, deténgase! —gritó Pete.

Pero el hombre flaco no les hizo caso alguno. Siguió corriendo en dirección a los dos Hollister mayores, con «Negrito» ladrando a pocos palmos de sus talones.

En ese momento apareció Indy, corriendo a más y mejor detrás de los dos Hollister pequeños.

—¡Agarradle! ¡Detenedle! —gritaba.

Pete se lanzó de cabeza hacia los mugrientos pantalones del fugitivo. Los dos cayeron y rodaron por la arena.

LA CUADRA MISTERIOSA



Mientras Pete luchaba por impedir que el hombre se levantara, «Negrito» se presentó a la carrera y llenó de lametones el rostro del desconocido.

—¡Socorro! —gritó el hombre flaco, despavorido—. ¡Quítenme a esta fiera de encima!

Pam agarró a «Negrito» por el collar y le sostuvo a un lado, mientras Indy se acercaba, corriendo. Entre él y Pete ayudaron al detenido a ponerse en pie.

—¿Quién es usted? —preguntó el chico.

—¿Y por qué corría así? —quiso saber Indy.

El hombre tenía los ojos enloquecidos de miedo, viendo al perro que daba tirones y sacudía la cola, ansioso por llegar a su lado.

—El perro me perseguía —dijo.

—«Negrito» sólo jugaba —declaró Holly.

—Y nosotros queríamos hacerle unas preguntas sobre el telegrama —añadió el pecoso.

—No sé nada sobre eso. Yo sólo me encargué de entregarlo.

El hombre dijo ser Sam «El adormilado», pescador de almejas. Y mirando con aire de reproche a Pete, declaró:

—Yo no ando por el mundo haciendo daño a la gente.

—Si le he hecho daño, lo siento de verdad —se disculpó el chico.

Y confesó que, como eran tantos los misterios que había en aquella isla, había pensado que Sam «El Adormilado» podía ser cómplice de los enemigos de los Hollister.

El hombre explicó que él se dedicaba a repartir algún telegrama o a hacer trabajos a destajo en Cliffport, además de pescar almejas.

—Hay un buen lugar para encontrarlas, cerca de la vieja posada —dijo, ahora en tono más alegre.

—Sentimos mucho haberle perseguido —dijo Holly, ofreciéndose luego muy complaciente—. ¿Podemos ayudarle a buscar almejas?

Sam «El Adormilado» dijo que sí, sonriendo tímidamente, y se volvió a Indy para preguntar:

—¿Pone usted alguna objeción?

—Pueden ir —dijo Indy—. Pero, antes de marcharse, nos podrá usted decir algo sobre el telegrama. ¿Era falso?

—Se lo digo sinceramente —contestó Sam, cruzando los dedos índice y corazón—. Me lo entregó el empleado de telégrafos de Cliffport.

Pete e Indy asintieron, convencidos de la inocencia de Sam. Luego todos se encaminaron por la orilla. Pam sujetaba con fuerza a «Negrito».

Ella, Pete e Indy se detuvieron en la posada, mientras Holly y Ricky seguían adelante, en compañía del buscador de almejas.

A poca distancia vieron una pequeña barca, descansando en la arena, y cerca un cubo a medio llenar de almejas.

Sam «El Adormilado» se metió en la barca para buscar otro tenedor especial que dio a Ricky. Además, sacó un viejísimo sombrero de paja que puso en la cabecita de Holly.

La niña se retorció las trencitas, mientras le daba las gracias, y echó a correr luego playa arriba y playa abajo, chapoteando alegremente, con los pies desnudos.

Ricky y Sam se pusieron al trabajo de despegar almejas de las rocas. Iban cayendo en el cubo almejas y más almejas. Al poco rato se presentó Holly para verles trabajar.

—¿Es verdad que está usted adormilado? —se atrevió a preguntar Holly al flaco Sam.

El hombre volvió hacia la niña sus entornados párpados.

—La verdad, yo creo que sólo lo aparento.

Y dijo que lo cierto era que se levantaba todos los días muy temprano.

—Ah. ¿Y ha vivido usted aquí mucho tiempo?

—Toda mi vida —repuso Sam «El Adormilado»—. Siendo muy pequeño ya solía venir aquí a buscar almejas.

—Así, ¿usted nació aquí? —inquirió Ricky, moviendo frenéticamente los dedos de un pie, entre los que se le había metido arenilla.

Sam asintió.

—Entonces, usted lo sabe todo sobre la isla Wicket-ee-nock... ¿a que sí? —preguntó el pecoso.



Cuando Sam repuso que sí, Ricky le preguntó si quería ayudarles a resolver el misterio.

—¿Del caballo fantasma? —preguntó el hombre—. Eso no, hijo. No me gusta tratar con espectros.

—Pero si es sólo un caballo viejo que se habrá perdido —afirmó, muy seria, Holly. Y empezó a saltar alegremente por la arena, gritando—. ¡Wicket-ee-nock, el caballo fantasma vive en aquella gran roca de color!

Sam «El Adormilado» dirigió una mirada temerosa a la gran cuadra blanca, distante de ellos.

Holly se echó a reír, diciendo:

—No se asuste. Yo sólo he dicho: ¡Wicket-ee-nock, Wicket-ee-nock, el caballo fantasma vive en aquella gran roca de color!

Ricky seguía buscando más almejas, pero ahora el sol le azotaba sin compasión en la cabeza descubierta. El exceso de claridad hacía que las pecas apareciesen de un extraño color verdoso, en su naricilla, que iba poniéndose muy roja.

—Ya habéis tomado bastante sol —dijo Sam «El Adormilado»—. Además, yo ya tengo suficientes almejas. Será mejor que vuelva a Cliffport.

Holly devolvió el sombrero de paja al hombre, que llenó de almejas las manos de los dos pequeños y les sugirió que con ellas Emmy les hiciera un caldo. Ellos le dieron las gracias y volvieron, corriendo, a la posada.

Al llegar al porche vieron a Sue que, con pantaloneros cortos y blusa sin abrochar, perseguía con los brazos extendidos a «Sedosa», la cual revoloteaba por encima de su cabeza.

—Sue no va a poder cazar al búho —comentó Ricky, mientras su hermana y el ave desaparecían por una esquina de la posada.

—¡Emmy, traemos almejas para hacer sopa! —gritó Holly, llegando al porche.

—¡Magnífico! —dijo Emmy, presentándose con un recipiente en el que los niños echaron los moluscos.

Después de lavar bien las almejas, Emmy puso un poco de agua en el fondo de la cazuela y colocó ésta sobre el fuego encendido al aire libre.

—El caldo de almejas bien frescas tiene un sabor delicioso —dijo

—. Lo tomaremos con los bocadillos.

Ya Ricky y Holly aguardaban para comer, cuando se presentaron Pam y Pete, que venían de dar un paseo. Sentados en las escaleras del porche, hablaron a los pequeños del caballo fantasma que habían visto la noche anterior. Indy y Emmy ya se habían enterado de todo, mientras Holly y Ricky estuvieron buscando almejas.

—¿Y no os asustasteis? —preguntó Holly.

—Un poco —admitió su hermana.

—Lo que yo quisiera es estar allí la próxima vez que llegue —dijo Ricky, valerosamente.

Media hora más tarde Emmy llamaba a todos a comer. Y todos se presentaron, a excepción de Sue.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Emmy.

Holly dijo que la había visto persiguiendo al búho.

—¡Vaya por Dios! —murmuró Pam—. Está loca con ese pájaro.

Ricky recordaba que Sue pasó corriendo hacia la parte posterior de la posada.

—A lo mejor está en la orilla. Será mejor ir a buscarla.

Emmy se apresuró a tapar bien la comida y Pete fue a buscar los gemelos de Indy.

—Nos separaremos en abanico —propuso Indy.

Y todos echaron a andar, entre las dunas, llamando a la pequeña. No había la menor huella de Sue. Pete se acercó los gemelos a los ojos y miró a todas partes. Todo lo que pudo ver fue a Jane, Bill y Gary colocando trampas de gaviotas en el extremo sur de la isla. Al norte no había más que el acantilado rocoso y un trecho arenoso, invadido por la marea.

Aunque luchaba por disimularlo, Emmy estaba muy preocupada, y Pam, dándose cuenta de ello, le dijo:

—No te preocupes, Emmy. Sue ya sabe que no debe meterse en el agua, como no vaya alguien con ella.

Todos corrieron al acantilado. El sol brillaba, deslumbrador, sobre la blanca cuadra, que todos podían ver por encima de sus cabezas.

—Confío en que podremos cruzar estas rocas antes de que suba la marea y nos lo impida —dijo Pete, apretando el paso.

Pero cuando llegaron a los peñascos, el agua ya se estrellaba en

ellos, levantando montañas de espuma.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ricky a gritos, para que le oyeran—. ¡No podemos dar la vuelta a toda la isla, buscando a Sue!

—Pero podemos nadar alrededor de esas rocas —propuso Pete.

—No —contestó Indy—. El agua está muy embravecida y nos llevaría mucho tiempo.

—Pero si volvemos no vamos a ganar nada —objetó Holly.

—Podríamos trepar por las rocas, ¿no os parece? —dijo Pam.

Indy dijo que sí.

—Dejad que lo hagamos Pete y yo. Los demás esperad aquí.

Pete se encaminó al lateral del acantilado y levantó la vista hacia la imponente formación rocosa.

—Tú ve delante —dijo Indy—. Yo te seguiré.

Pete, calzado con zapatos de lona, encontró un pequeño espacio en donde apoyar el pie, e inició la ascensión. Una vez que bajó la vista, comprobó que Indy iba pisándole los talones.

—Sigue así —dijo el indio—. ¡Lo estás haciendo muy bien!

A mitad de camino, Pete se detuvo, buscando un asidero para sus manos. Respiraba afanosamente. Pero encontró un hueco en donde hundir los dedos y continuó subiendo.

Por fin sus ojos estuvieron al nivel de la cima de las rocas y, a poca distancia, vio la blanca cuadra. En pie junto a ella y con sus manos gordezuelas enlazadas en la espalda, se encontraba Sue.

Rápidamente, Pete llegó a lo alto y, un momento después, Indy hacía lo mismo.

—La hemos encontrado —anunció Indy a los de abajo—. ¡Vuelve, Sue!

—¡Sue! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Pete.

La chiquitina giró sobre sus talones y señaló el tejado de aquella cuadra o granero.



Bajo el alero, en uno de los tablones, había un agujero y, sentada en él, se veía a «Sedosa», el autillo.

Estaban todos mirándola, cuando el ave emprendió el vuelo y se metió en el edificio. Sin titubear ni un momento, Sue corrió a la entrada de la fachada.

—¡Espera! —gritó Pete, corriendo tras la pequeña—. ¡No se nos permite entrar en esa cuadra!

Pero Sue no le prestó atención. Por encima de todo quería recuperar al autillo.

Acababa Indy de echar a correr detrás de Pete, cuando la señora Franklin abrió la puerta de su casa. También ella corrió hacia la cuadra. Pero todos llegaron demasiado tarde. Sue, empujando con ambas manos, había abierto y desapareció en el interior de la cuadra.

La señora Franklin dejó caer los hombros, con angustia, mientras Pete decía:

—Lo sentimos mucho. Pero Sue no quería hacer ningún daño.

Indy también pidió disculpas y explicó que Sue sólo estaba buscando al búho.

En aquel momento Sue apareció de nuevo, con «Sedosa» en su hombro y parpadeando a la luz del sol.

—¡Qué horror! —se lamentó la señora Franklin—. Ahora ya conocéis nuestro secreto.

La señora miró a Sue, cuya carita resplandecía como la de un ángel.

—¿Su secreto son los caballos blancos? —preguntó, con vocecilla inocente—. Pues a mí no me parecen fantasmas.

UN PÁJARO PELIGROSO



La señora Franklin movió tristemente la cabeza.

—Mi marido va a ponerse muy furioso cuando sepa que habéis descubierto nuestro secreto.

Sue cogió la mano de la mujer entre las suyas, tan pequeñas y cariñosas, y prometió:

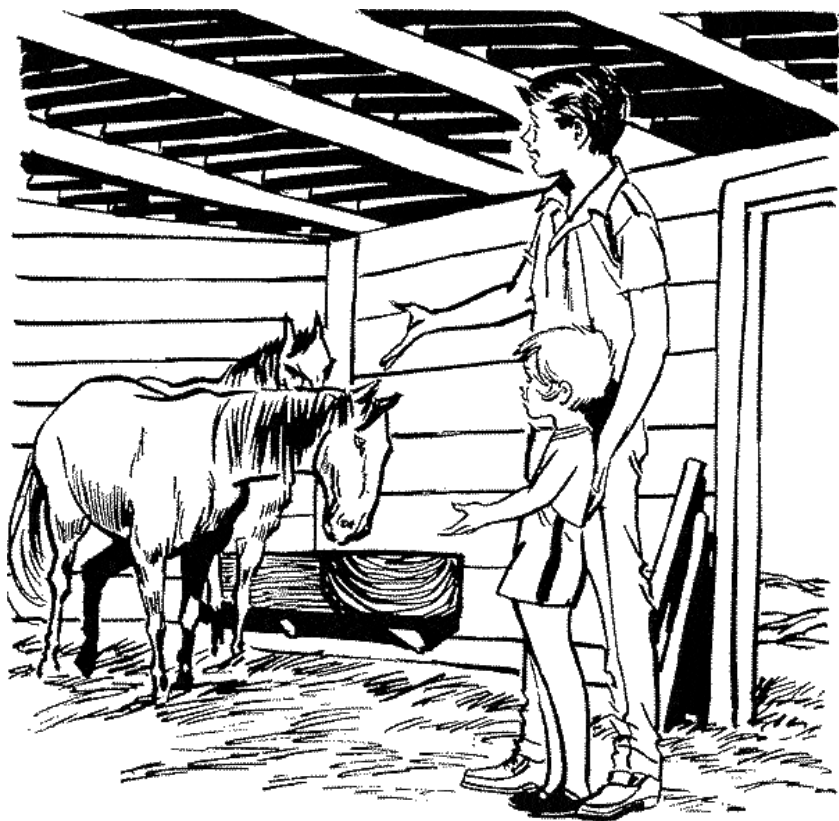
—No se lo diremos a nadie.

El rostro de la señora Franklin se tornó más dulce.

—Hijita querida —dijo, acariciando la cabeza de Sue. Y volviéndose a Pete e Indy, añadió—: Puesto que ya lo saben, bien puedo mostrarles a «Franz» y «Josef».

Con «Sedosa» todavía acomodada en su hombro, la pequeña siguió a Indy y la señora hasta el interior. Pete fue detrás y quedó perplejo al contemplar el interior.

En el centro había un gran aro, como el que rodea la pista de un circo, y al fondo dos grandes pesebres. En cada pesebre, un hermoso caballo blanco.



La mujer se acercó a los grandes animales, saludando:

—Hola, «Franz». Hoy tenemos compañía, «Josef».

Y acarició el flanco de los animales, que se movieron, inquietos.

—¡Zambomba! ¡Son preciosos!

—Nunca había visto unos caballos tan hermosos —declaró Indy.

La señora Franklin les explicó que eran caballos de la raza «lipizzaner», famosos en Europa desde hacía cuatro generaciones.

—«Franz» y «Josef» fueron importados de Viena —dijo—, y no queremos que la gente sepa que están aquí.

—¿Por qué? —preguntó Sue.

—Si sabéis guardar el secreto, os lo diré —contestó la señora Franklin.

—¿Tampoco se lo puede decir a Pam y Ricky, ni a Holly y Emmy? —preguntó la pequeña.

—¿Prometerán no decirlo? —preguntó, por su parte, la mujer.

—Lo prometemos todos —dijo Pete.

La señora Franklin les explicó, entonces, que los caballos habían sido llevados allí por un mozo de cuadra, y entre ella y su marido les estaban entrenando para que trabajasen en el circo.

—No queremos que ningún otro circo sepa que tenemos este número.

—¿Es que podrían copiar los equilibrios de estos caballos? —preguntó Pete.

La señora Franklin contestó, con una sonrisa:

—Eso no podrían hacerlo. Los «lipizzaner» efectúan equilibrios muy difíciles. Están en una escuela especial, muchos años, para aprenderlos. Pero podrían acercarse espías a copiar lo que mi marido y yo hacemos. Por eso nos interesa guardar el secreto.

—¿Veis? Ya os «dici» que no eran fantasmas —declaró Sue.

—No. Claro que no —dijo la mujer.

Siguió diciendo que el último grupo de buscadores de gaviotas le había hablado del caballo fantasma, pero que ella nunca lo había visto. Cuando Pete aseguró que él sí lo había visto, la señora se mostró atónita.

—No sé nada en absoluto sobre este misterio —declaró.

—Entonces, ¿fueron sus caballos los que oímos cabalgar la otra noche? —concretó Indy.

—Sí. Tenemos que sacarles a hacer ejercicios cuando oscurece. Hace algunas noches, uno de ellos se escapó, hacia la puesta del sol. Espero que nadie le viera.

Indy sonrió y dijo:

—Ricky y Holly le vieron..., desde la otra orilla.

—Pero ¿cómo transportaron a los dos «lipizzaner» a la isla Wicket-ee-nock? —preguntó Pete, admirando a los dos bellos ejemplares.

Por la señora Franklin se enteró de que los animales habían sido llevados a la isla por el capitán Wade y Cadwallader Clegg, durante la noche.

—Suponemos que esos dos hombres son las únicas personas que conocen la existencia de los caballos —continuó la señora Franklin con aspecto de preocupación—, pero me temo que hay un espía en la isla. Alguien ha estado inquietando a «Josef» y «Franz» por la

noche. Les hemos oído piafar y relinchar pero, al llegar aquí, quienquiera que hubiese entrado, ya se había ido.

—Puede que fuese el hombre barbudo —dijo Pete.

—Tal vez. El caso es que los animales se ponen nerviosos y resultan muy difíciles de manejar. Temo que nuestro número no vaya a estar preparado a tiempo.

—¿Cuánto tiempo les queda? —preguntó Pete.

—Debemos unirnos al circo antes de que transcurra un mes.

—Me gustaría poder ayudarla —dijo el muchachito.

—Y puedes ayudarnos, guardando nuestro secreto. A cambio, nosotros os podemos enseñar a entrenar caballos. Mi marido ha salido en la embarcación para traer provisiones de la otra orilla. Pero, cuando él vuelva, veremos lo que dice sobre eso...

Mientras salían de la cuadra, «Sedosa» escapó del hombro de Sue para volar a la posada.

—Será mejor que volvamos ya —dijo Indy, muy tranquilizado ya—. La comida nos espera.

Los tres dijeron adiós a la señora Franklin y corrieron al camino. A mitad de trayecto se encontraron con el resto del grupo, que llegaban desde la orilla del agua.

—¡Sabemos un secreto! ¡Sabemos un secreto! —canturreó Sue, bailando alegremente.

—¡Dímelo! ¡Dímelo! —suplicó Holly.

—Muy bien —dijo Pete—. Siempre que prometáis no decirlo.

—Prometido. Palabra de honor —dijo Holly, levantando la mano derecha.

Cuando los demás se enteraron de lo que Sue había descubierto, casi no podían creerlo.

—¡Canastos! ¡Menudo secreto! —exclamó Ricky.

—Pero acordaos de no decírselo a nadie —advirtió Pete.

—¿Ni siquiera a Bill, a Jane y a Gary? —preguntó Holly.

—A nadie.

—De acuerdo. Palabra de muda —sonrió Emmy.

Y todos juntos se dirigieron a la posada.

—Pero todavía queda el misterio del caballo fantasma —dijo Pam.

—Puede que sea él quien asusta a los «lipizippis» durante la

noche —dijo Sue.

—«Lipizzaners» —le rectificó Pam.

—Qué palabra tan feota —rezongó Sue, aunque logró repetirla correctamente.

Cuando los aventureros llegaron a la posada, «Negrito» salió al porche a recibirles. Emmy se apresuró a calentar el caldo y sirvió los bocadillos. Mientras comían, los niños hablaron del misterio.

—Puede que hayan espías de circo en la isla —dijo Pam—, pero no sé para qué quieren el caballo fantasma.

—Puede que de ese modo piensen asustar a todo el mundo y robar a «Franz» y «Josef» —opinó el mocoso.

—No —repuso Pete—. No podrían sacarlos de las islas sin que les vieran.

—Apuesto lo que queráis a que el hombre de la barba es el espía —dijo Ricky.

—He estado pensando que tiene acento extranjero —comentó Pete—. ¡Puede que sea austríaco!

—Si lo es —intervino Indy, sacudiendo la cabeza—, eso enreda el misterio todavía más.

—Lo que a mí me gustaría ahora sería enredar en una trampa alguna gaviota —declaró el travieso Ricky.

—Puedes probar —concedió Emmy—. Lo que haremos ahora Sue y yo es echar una siestecita.

—Igual que «Sedosa» —añadió Sue, mirando al autillo en lo alto del letrero.

—Pues yo me iré con «Negrito» a pescar —decidió Indy—. He encontrado una vieja caña con hilo y todo, detrás de la posada. Puede que encontremos pescado fresco para la cena.

—Recordad todos —advirtió Emmy, a los buscadores de gaviotas—. ¡Ni una palabra sobre los «lipizzaners»!

Pete, Pam, Ricky y Holly corrieron al campamento de los buscadores de gaviotas. Cuando llegaron a la tienda, Ricky propuso:

—Vayamos a cazar pájaros con la caña de pescar. Haremos un lazo corredizo en el hilo, luego de quitar el anzuelo.

Bill entregó a los chicos una caña e hilo, y Pam y Holly se ocuparon de colocar una trampa cerca de un nido.

Sus hermanos las dejaron atrás para trepar entre las rocas,

donde encontraron un nido en el que había tres grandes huevos. A poca distancia de sus cabezas las gaviotas gritaban y planeaban pero ninguna iba a posarse en aquel nido. Diez minutos más tarde, los chicos oían un grito de Holly:

—¡Hemos atrapado una!

Poniéndose de rodillas, los dos chicos miraron hacia sus hermanas. Pam acababa de sacar de la trampa una gaviota de buen tamaño.

—¡Zambomba! ¡No podemos permitir que las chicas lo hagan mejor que nosotros! —declaró Pete.

Mientras hablaba, se vio planear una enorme sombra sobre ellos.

—¡Escóndete! —ordenó Pete.

Y tanto él como el pecoso se tendieron en tierra, quedando ocultos entre las altas hierbas. Con gran batir de alas, el enorme pájaro fue a posarse en el nido, como pudiera haberlo hecho un helicóptero negro.

—¡Es una gaviota de lomo negro! —siseó Pete—. Más vale que no intentemos cazarla.

—¿Por qué no?

—Pam me ha dicho que son muy peligrosas.

Las manos de Ricky seguían sosteniendo con firmeza la caña. El pequeño estaba dispuesto a entrar en acción.

—Pero, Pete, las chicas han capturado una...

—No es una de lomo negro.

Estaban los dos muchachos observándola, cuando la enorme gaviota plegó sus alas y se quedó quieta.

Pensar que iba a perder tan espléndida pieza era más de lo que Ricky podía soportar.

Dio un rápido tirón de la caña y el lazo corredizo apresó al pájaro por las patas.

Con un grito ronco, la gigantesca gaviota sacudió las alas para iniciar el vuelo, con tal fuerza, que a punto estuvo de arrancar la caña de manos del pecoso.

El ave siguió ascendiendo, hasta que el hilo quedó tenso. Luego, de manera inesperada, se aflojó la tensión.



—¡Cuidado! ¡Viene hacia ti! —advirtió Pete.

La enorme gaviota descendía, en picado, hacia la nuca de Ricky. Pete dio un empujón a su hermano y el pico del pájaro mordió tan sólo la camisa del pequeño. La gaviota se remontó en el aire, sólo para prepararse para un nuevo ataque. Descendía de nuevo, cuando Pam y Holly corrieron hacia sus hermanos.

—¡Vamos a ayudarlos! —gritó Pam corriendo con toda la rapidez posible, al tiempo que se esforzaba por no dejar en libertad a la gaviota que ellas habían apresado.

—¡Vete! —chilló Holly, nerviosamente, sacudiendo las manos ante la enfurecida gaviota gigante.

Ricky se arrodilló en la hierba y se cubrió la cabeza con las manos, mientras Pete gritaba y sacudía los brazos, para espantar a la belicosa gaviota.

Luego de soltar otro de sus roncós gritos, el pájaro describió un

giro y se remontó, sacudiendo de sus patas el hilo de la caña.

—¡Canastos! ¡Muchas gracias!

Los cuatro se encaminaron a la tienda, en donde Jane estaba pintando de rojo otra gaviota. Pete siguió hasta la playa, para ayudar a Bill y Gary. Los otros tres contaron a Jane lo sucedido.

—Has tenido mucha suerte de que no te haya herido, Ricky —dijo la muchacha.

Después de teñir a su presa, Pam y Holly la metieron en la jaula, para que se secase. Estaba Holly cerrando la portezuela, cuando se le ocurrió mirar hacia la orilla.

—¡Mirad! ¡Hay una gaviota picoteando algo rojo!

—¿Dónde? —quiso saber Pam.

Su hermana señaló un trecho pedregoso, acariciado por las olas. Las dos niñas se acercaron a investigar y la más pequeña se agachó a recoger una hoja de papel, ilustrada en brillantes colores.

Representaba un escudo de armas. Estaba empapado en agua y picoteada, pero se mantenía el colorido en toda su intensidad.

«Debe de haber caído aquí recientemente», pensó Pam.

—¿Qué es? Dejádmelo ver —pidió Ricky, corriendo al lado de Holly.

El pecoso cogió el empapado papel, y contempló la coraza roja, con dos cabezas de caballo y una espada cruzada entre ellos.

Ricky estrujó el papel en su mano y se disponía a echarlo al agua, cuando Pam exclamó:

—¡Espera, Ricky! ¡No hagas eso! ¡Puede ser una pista!



UN MONSTRUO AMISTOSO



Ricky pasó el chorreante papel a Pam, y ella lo extendió sobre una roca, para dejarlo secar al sol. El pelirrojo y Holly corrieron a unirse a los buscadores de gaviotas, pero la hermana mayor se quedó junto a la roca, cuidando de que ningún pájaro picotease el rojo escudo de armas.

Una vez que el papel estuvo seco, Pam se lo metió en el bolsillo y fue a buscar gaviotas con Holly. Durante el resto de la tarde pensó con frecuencia en aquel escudo de armas.

¿Tendrían algo que ver aquellas cabezas de caballo con los dos «lipizzaner» que vivían en la isla? ¿Existiría alguna relación entre aquello y el caballo fantasma?

Para entonces, Pam se había convertido en tan experta capturadora de gaviotas, que entre Holly y ella se las arreglaban perfectamente. Las dos elegían los salientes rocosos y trabajaban en equipo.

Estaba ya muy bajo el sol en el cielo cuando oyeron, distante, el claxon de la furgoneta. Las dos hermanas se apresuraron a ir a la tienda para devolver la trampa. Ricky y Pete estaban dejando la última gaviota capturada en la jaula de secado.

—Me marchó corriendo —anunció Holly—. Estoy muerta de hambre.

Pam esperó a los chicos y, de camino a casa, mostró a Pete el escudo de armas. El chico estuvo de acuerdo en que podía tratarse de una pista.

—Ojalá pudiéramos ir a una biblioteca para consultar un libro sobre escudos —dijo.

Cuando llegaron a la posada, Emmy tenía una gran olla de judías estofadas que humeaba en el fuego, y pescado fresco, friéndose en la sartén. «Negrito», sentado pacientemente, aguardaba su parte de la pesca de Indy.

—Vaya día tan atareado que hemos tenido —dijo Emmy, mientras cenaban.

Tan cansados y tostados por el sol estaban los Hollister, que apenas podían mantener los ojos abiertos. Hasta el mismo Ricky permanecía muy quieto y tenía los ojos entrecerrados como los de Sam «El Adormilado».

—Conviene que nos acostemos pronto esta noche —opinó Indy.

Al oscurecer, «Sedosa» volvió a marcharse y Pam entró en la casa con Sue. Ahora la chiquitina ya estaba convencida de que aquel pájaro sabía cuidar de sí mismo. Pam se encargó de meter a la pequeñita en la cama. Cuando se durmió, ya todos los demás estaban preparados para acostarse. Mientras Holly se metía entre las sábanas, Pam se cepilló el largo cabello.

—¡Aaah! —murmuró Pam, disimulando un bostezo.

¡Se deslizó entre las sábanas, pero..., de pronto, sus pies no pudieron bajar más!

—Aquí ocurre algo —dijo, al tiempo que Holly se sentaba en su cama, observándola con extrañeza.

De nuevo probó Pam a estirar las piernas en la cama. Al fin exclamó:

—¡Alguien me ha hecho la «petaca»!

Deshizo inmediatamente la cama, comprobando que las sábanas estaban dobladas a mitad del catre, y era eso lo que le impedía entrar.

—¿Lo has hecho tú, Holly? —preguntó Pam, mirando a Holly, que sacudía las trencitas.

—No. Palabra.

—¿Seguro que no, diablillo con trenzas?

Holly escondió la cara entre las manos, disimulando la risa.

—No. No lo he hecho yo. Puede que haya sido Ricky.

—No le habría quedado tan bien —opinó la hermana mayor.

Y se acercó a Holly para hacerle cosquillas hasta obligarla a gritar. Luego arregló su cama y se estiró, cómodamente, entre las sábanas frescas.

A la mañana siguiente, al despertarse, Pam vio que Holly se estaba vistiendo a toda prisa. Sin decir nada, volvió a entornar los ojos y observó a Holly que salió de puntillas para no despertarla.

Sonriendo, Pam saltó de la cama y se vistió. Primero hizo su propia cama y luego preparó la «petaca» en la cama de Holly.

Satisfecha, salió a la fachada de la posada, donde Indy y Emmy estaban preparando el desayuno.

Después de comerlo, los niños acudieron a cumplir con sus quehaceres. Cuando terminaron ya había pasado el tiempo suficiente para poder bañarse. De modo que se encaminaron a la playa, para zambullirse en el agua fresca y salada.

—¡Por allí vienen Indy y Emmy! —anunció Ricky, con entusiasmo.

Indy y Emmy se movían en el agua, con largas y ágiles brazadas. Cuando Indy pasó por su lado, Ricky le salpicó. Indy correspondió con otra rociada de agua y, poco después, todos los bañistas batallaban entre sí lanzándose agua.



Sue abrió la boca, para decir algo, pero recibió un gran impacto de agua en plena cara. Empezó a toser y escupir, pero señalaba con insistencia a lo lejos. Entonces se interrumpieron las salpicaduras y todos miraron hacia donde la pequeña señalaba.

Remando rápidamente hacia ellos vieron a Sam «El Adormilado».

Mientras Pam daba unas palmadas en la espalda de Sue, para que dejase de toser, Pete fue al encuentro del buscador de almejas.

—Hola, «Adormilado» —saludó—. ¿Viene usted a buscar más almejas?

El hombre de los párpados entornados detuvo los remos, y se situó junto a los nadadores.

—Tengo noticias —dijo.

—¿Otro telegrama? —preguntó Pam.

«Adormilado» movió negativamente la cabeza.

—La motora de salvamento sacará hoy a flote el transbordador.

—¡Estupendo! —exclamó Ricky—. ¿Podemos remar con usted para ir a verlo?

—Sí. Pero en mi lancha sólo tengo cabida para cuatro de vosotros.

Los niños arrastraron a la playa la embarcación del flaco Sam, al que asaetaron a preguntas. Una embarcación especial de salvamento llegaría al canal hacia las dos, para remolcar al transbordador, usando una gran grúa. Todos querían presenciarlo, pero se decidió que Sue se quedaría en tierra con Indy y Emmy.

Un submarinista, les explicó Sam «El Adormilado», se encargaría de atar las maromas a la embarcación sumergida. Entonces la grúa levantaría al transbordador.

Los Hollister estaban deseando que llegase la hora de salir. Para que la espera les resultase menos larga, los tres más pequeños ayudaron a Sam a llenar cubos de almejas. Los dos mayores fueron a reunirse con los buscadores de gaviotas.

Cuando volvieron para comer, Pam y Pete encontraron una gran cazuela de almejas, hirviendo en el fuego de la entrada. Sam «El Adormilado» estaba sentado en las escaleras del porche, con Sue a su lado.

—Hemos ayudado a buscar la comida —informó la pequeñita, con gran orgullo.

Cuando Emmy estaba sirviendo las humeantes y sabrosas almejas, apareció Indy por la esquina de la casa.

—He atado a «Negrito» en la parte de atrás —dijo a Sam—, para que pueda usted comer tranquilo.

En cuanto terminaron, Pete, Pam, Ricky y Holly fueron a ponerse blusas y pantalones cortos, y volvieron a la barca de remos.

—Podíamos salir ya a esperar que llegue la barca de salvamento —propuso Pete.

Con permiso de Sam, los Hollister empujaron la barca al agua y el buscador de almejas remó lentamente hacia el centro del canal. Cuando giraban en torno al mástil de la embarcación hundida, oyeron un silbido distante. Atisbando a lo lejos de las centelleantes aguas, vieron aproximarse una gran motora, que remolcaba una gabarra.

Sam retrocedió un trecho, y los Hollister aplaudieron, viendo

cómo la motora y su remolque anclaban junto al hundido transbordador.

Entre la tripulación, Pete vio al capitán Wade.

—Tiene en gran estima a la «Sirena» —dijo Sam— y quiere estar presente cuando la saquen del agua.

—¡Canastos! ¡Esta grúa podría levantar a una ballena! —calculó Ricky, mirando la imponente estructura que iba sobre la gabarra.

—Mirad. El buzo se está preparando —dijo Pam.

En cubierta, un hombre se encajaba un traje impermeable. Un casco marrón, en forma de globo, quedó colocado sobre su cabeza y ajustado en torno a su cuello.

Mientras dos hombres controlaban el tubo que salía del casco, el buzo saltó por la borda y desapareció bajo un círculo de burbujas. Luego, la grúa bajó un largo cable al agua. Iba pasando el tiempo y la tripulación de salvamento iba y venía, muy afanada.



De repente, Ricky exclamó:

—¡Esas burbujas se acercan a nuestra barca!

Pete se inclinó por la borda y vio parte del casco de cobre del buzo, brillando ligeramente bajo el agua. De pronto... ¡BUFF! El casco salió del agua. A través de la placa de cristal delantera, el buceador sonrió e hizo un guiño; luego se sumergió tan rápidamente como apareciera.

Los Hollister rieron y Holly dijo:

—Parece un monstruo marino de los buenos.

Mientras hablaba, las burbujas se desviaron hacia la gabarra. Unos minutos más tarde el submarinista era subido a bordo y le libraban del casco.

Sam «El Adormilado» remó, aproximándose, y el buzo sonrió y gritó:

—Sentiría haberos asustado. Sólo quería deciros «hola».

—Retírense ahora —gritó el hombre desde la gabarra—. Vamos a izar el transbordador.

Sam y Pete empuñaron los remos y remarón rápidamente. Estaban a considerable distancia cuando empezaron a oírse chirridos y sacudidas. El cable de la grúa se puso tenso y, al propio tiempo, el mástil del transbordador empezó a elevarse sobre las aguas. La embarcación sumergida empezó a subir, a subir. Hasta que los niños pudieron ver que estaba suspendida de un grueso cable. Por fin, todo el transbordador quedó en el aire, para ser descendido, luego, hasta la gabarra.

—¡Hurra! —gritó Pete.

Ricky dejó escapar un estridente y largo silbido y las niñas aplaudieron.

Las embarcaciones de salvamento se dirigieron, lentamente, a la orilla. Sam «El Adormilado» remó muy cerca de la gabarra, mientras los Hollister charlaban con la tripulación. Y así se enteraron de que el transbordador quedaría sobre la gabarra, mientras se efectuasen las reparaciones. Luego podría volver a hacer la ruta de costumbre.

Ya estaban lo bastante cerca de Cliffport para poder reconocer a la gente que se encontraba en el muelle. Entre ella vieron al «Hombre de las Nieves», que saludó a los niños.

—Vamos a tierra y tomemos un helado —propuso Ricky.

Pete estuvo de acuerdo con el pecoso.

—Y podríamos hacer averiguaciones sobre el telegrama, si a usted no le importa esperarnos —dijo a Sam.

—Id, id —contestó «El Adormilado» y les indicó dónde se encontraba la oficina de telégrafos.

Pam se ofreció a llevarle una barrita de helado, pero el buscador de almejas dijo que no le gustaba el helado.

Mientras los niños desembarcaban, el «Hombre de las Nieves» acudió a recibirles con su carrito.

—Cuatro bastoncitos, servidos al instante —dijo.

Mientras Pete pagaba, el «Hombre de las Nieves» añadió:

—Os habrá alegrado que saquen el transbordador. Ahora podréis volver a vuestra casa muy pronto.

Holly quedó como paralizada, con la barrita de helado inmóvil en su boca.

—¡Oh! ¡Me había olvidado de eso! —confesó.

—Es que no queremos marcharnos. Lo estamos pasando muy bien —añadió el pecoso.

—He oído decir que ocurren cosas muy singulares por allí —murmuró el hombre de los helados, en voz baja—. Puede que no sea un lugar muy seguro.

—¿Se refiere usted al caballo fantasma? Eso no nos asusta —dijo Ricky—. Creemos que debe de ser sólo...

El pequeño interrumpió sus explicaciones cuando Pete le dio un codazo de advertencia.

—Vamos —se apresuró a decir Pete—. Tenemos prisa.

Los niños se despidieron del «Hombre de las Nieves» y se alejaron.

—¡Canastos, Pete! No he hecho nada malo —masculló Ricky.

Pero su hermano mayor, muy severo, declaró:

—Un detective no debe hablar tanto.

Mientras se alejaban del muelle, Ricky iba cabizbajo y abatido, pero cuando llegaron a la oficina de telégrafos había vuelto a recobrar la alegría.

Al entrar, vieron a un joven empleado tras el mostrador. Pete se presentó, antes de preguntarle cómo se había recibido el telegrama en aquella oficina.

—Lo puso un hombre, desde una cabina telefónica, aquí, en Cliffport.

Cuando salían de la oficina telegráfica, se encontraron con el «Hombre de las Nieves», en la puerta.

—Vaya... ¿Así que habéis puesto un telegrama? Habrá sido para papá y mamá, diciendo que ya volvéis a casa —dijo.

—No —contestó Ricky; pero, sintiendo fijos en él los ojos de Pete, no dio más explicaciones.

La cara redonda del vendedor de helados reflejó un gran asombro.

—¿Así que no habéis teleografiado a nadie? —soltó una risilla y añadió—: Pues bien; creí que habíais venido a enviar un telegrama.

—Ahora tenemos que irnos —dijo Pete—. Hasta la vista.

Los demás hermanos también dijeron adiós y se marcharon.

—Tiene unos helados muy ricos, pero es un metomentodo —comentó Holly.

En el muelle encontraron a Sam, que les aguardaba, paciente, en su bote. Pete le ayudó a remar hasta Wicket-ee-nock.

Cuando la proa de la embarcación tocó la arena, los cuatro Hollister saltaron fuera y dieron las gracias al hombre. En seguida corrieron a la Posada del Langostino, para dar las noticias.

—¡Qué tarde tan emocionante! —dijo Emmy—. Tengo un mensaje para vosotros.

La bonita hermana de Indy les dijo que, aquella tarde, les había visitado el señor Franklin.

—Y nos ha invitado a todos a ir a la cuadra, esta noche, después de cenar.

Al terminar la cena, Pam ató al perro en el porche.

—Te dejamos aquí, «Negrito» —le explicó—. Podrías poner nerviosos a los caballos.

Pam le dio una cariñosa palmada y fue a reunirse con los otros, que ya se dirigían a la playa.

—Me alegro de que los Franklin no nos consideren antipáticos —comentó Holly, cuando se acercaban a la gran cuadra.

Al llegar, encontraron la puerta entreabierta. Indy la empujó, abriéndola de par en par. Lo que se apareció a sus ojos fue un espectáculo inesperado. ¡Nunca habían visto nada igual!

UN CHUBASCO INESPERADO



Los dos caballos se encontraban en el centro de la pista, erguidos sobre las patas traseras. El señor y la señora Franklin los conducían. Pero ¡qué distintos estaban ahora los dos!

Los domadores de caballos no llevaban ahora los pantalones de trabajo. La señora, sentada de lado, lucía un lindísimo traje de terciopelo azul, con cuello de encaje. El cabello se lo había recogido en rizos en lo alto de la cabeza, y un elegante sombrero, con una gran pluma blanca, completaba su atavío. El marido llevaba blancos calzones de montar y chaquetilla escarlata. Sus botas resplandecían y el sombrero llevaba un adorno de galón de oro.

Mientras los niños Hollister contenían un grito de sorpresa, los caballos bajaron al suelo los cuartos delanteros e iniciaron un trote lento y uniforme. Pam empezó a aplaudir y los demás la imitaron.

Por fin, los caballos doblaron una rodilla y los Franklin desmontaron.

—¡No nos habían dicho que eran ustedes artistas de circo! —dijo Pete.

Sonriendo, mientras acariciaba la cabecita de Sue, la señora repuso:

—Nunca nos lo habéis preguntado.

—¡Canastos! ¡Parecen ustedes otros! —razonó Ricky.

Pam miró reprobativa a su hermano, por haber hecho un comentario tan poco diplomático. Ricky, entonces, se apresuró a añadir:

—Bueno... Ya saben lo que quiero decir... Llevan unos vestidos tan elegantes...

—Claro, claro —contestó la señora Franklin, explicando que se habían puesto los vestidos para el ensayo general en honor de los Hollister.

El señor Franklin, muy atractivo con su uniforme, les habló de los hermosos caballos: Los «lipizzaner» nacen de color amarronado o a pintas negras.

Luego, gradualmente, esos colores se van haciendo más suaves, pero a veces no llegan a adquirir el blanco purísimo hasta que alcanzan los siete años de edad.

—Entonces, a estas horas yo sería un «lipizzaner» blanco —calculó Ricky, con orgullo.

Y Holly añadió:

—A veces saltas igual que un caballo.

—Ahora, permitid que os mostremos algunas de las cosas que «Franz» y «Josef» han aprendido —ofreció la señora Franklin—. Les vais a ver haciendo la empinada, es decir, el balancín, sobre las patas traseras.

Los niños observaron, embelesados, mientras el matrimonio Franklin efectuaban otros números con los caballos. Primero fue el paso español, un airoso trote, con movimiento de los codillos. Después los caballos levantaron del suelo sus patas delanteras y se balancearon sobre los cuartos traseros, mientras los Hollister, Indy y Emmy aplaudían.

—Esto ha sido la levada —anunció el señor Franklin—. Ahora, la última y más difícil hazaña es la cabriola.

Consistía aquello en un salto sorprendente. Los caballos, permaneciendo horizontalmente sobre el suelo, ascendían hasta una altura de un metro y medio. Y volvían a tierra, sobre las cuatro patas, en el lugar exacto en donde estuvieran.

—Opino que están más que preparados para el circo —dijo Indy,

una vez que los Franklin hubieron concluido su actuación.

—Eso espero —replicó el hombre—. Pero los caballos continúan muy inquietos. Algo les molesta.

—Es cierto —concordó la mujer—. Esperemos que esto no estropee nuestra actuación.

—Seguramente será ese fisgón que anda por aquí —opinó Ricky, y declaró, muy decidido—: Pero nosotros estaremos cerca, para proteger los caballos.

Después de dar las gracias a los Franklin por la magnífica exhibición, los visitantes abandonaron la cuadra. Pete, que iba delante, al mirar hacia el mar prorrumpió en una exclamación. Acababa de ver la cabeza de un hombre, que había desaparecido tras un saliente del borde del acantilado. Pete corrió hacia allí, pero el espía estaba lejos de su alcance y descendía por las rocas. El hombre levantó la vista y sus ojos se encontraron con los del muchacho, por un momento.

¡Era el forastero de la barba!

Inmediatamente, Pete empezó a perseguirle. En su prisa, dio un resbalón y bajó de improviso varios palmos, antes de poder sujetarse a un pequeño repecho rocoso.

—¡Socorro! —gritó Pete.

Intentó buscar apoyo con los pies, pero no encontró otra cosa que un hueco en la roca, para poner un pie.

Levantó la cabeza y vio el rostro de Indy.

—¡Sujétate lo mejor que puedas! —gritó Indy, antes de marchar corriendo.

Transcurrido un breve tiempo, que a Pete le pareció todo un año, Indy volvió con una cuerda. Ya llevaba un lazo corredizo, que arrojó en torno a los hombros de Pete.



De repente notó un tirón y el chico se vio levantado poco a poco.

Cuando Pete, lleno de arañazos y magulladuras, llegó a lo alto de la escarpadura, vio que el «lipizzaner» al que llamaban «Franz» estaba tirando del otro extremo de la cuerda.

—¡Señor, qué susto nos has dado! —dijo la señora Franklin.

—Yo... Yo también me he llevado un susto —admitió Pete, aunque en seguida aseguró a todos los asustados presentes que no se le había roto ningún hueso.

—¡Hay que ver la cantidad de complicaciones que ha causado ese barbudo! —comentó Emmy.

Pete miró por el borde del acantilado. No había indicio alguno del hombre.

«Yo daré con él», pensó Pete, muy decidido. «Puede que viva en las cavernas de la roca».

De regreso, Pete se mostró muy silencioso. A la hora de

acostarse, Indy le preguntó qué le sucedía, y Pete dijo:

—Indy, ¿podría ir a la otra orilla y alquilar una barca?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Me gustaría dar una vuelta, por el agua, alrededor de toda la isla, para ver si puedo descubrir dónde vive ese intruso.

—Me parece bien, siempre que tengas precaución. Tal vez yo deba acompañarte.

—Puedo arreglármelas solo.

—De acuerdo. Que vaya contigo Pam, pues —decidió el indio.

En aquel momento sonó un grito en el cuarto de las niñas. Luego se oyó preguntar a Holly:

—¿Quién ha hecho la «petaca» en mi cama?

En pijama y sacudiendo las trencitas, la pequeña salió corriendo para enfrentarse a Ricky.

—¡Ricky, has sido tú! ¡Estoy segura! —dijo, poniéndose las manos en las caderas.

—¿Yo? —preguntó Ricky, con la más inocente de las expresiones.

—¡Sí, tú! ¡Y tú hiciste lo mismo con la cama de Pam! Pero a mí no me engañas.

Y mientras volvía a su dormitorio para hacer debidamente la cama, Holly dijo para sí: «Espera esta noche, Ricky».

A media mañana, los niños volvían a estar nadando. Holly fue la primera en salir del agua para ir, directamente, a la posada. Minutos después salía del dormitorio de los chicos, muy complacida y risueña.

«Esto le enseñaré», pensó.

Después de comer, ella y Ricky marcharon a trabajar con los buscadores de gaviotas. Pete habló, entonces, con Pam de sus planes de alquilar una embarcación.

—Pero ¿cómo iremos a la otra orilla? —preguntó Pam.

Pete dijo que había visto a Sam «El Adormilado», buscando almejas en la playa.

—A lo mejor él nos lleva.

Cuando hablaron con Indy, éste les dio dinero suficiente para que alquilaran una motora.

Pete y Pam corrieron a la playa y encontraron al flaco Sam

ocupado en cargar los cubos de almejas en la lancha. El hombre dijo a los niños que le encantaba llevarles en su compañía.

Cuando el almejero les dejó en Cliffport, la primera persona a quien vieron los Hollister fue al «Hombre de las Nieves».

—¡Vaya! ¡Otra vez por aquí! —exclamó, empezando a buscar en el interior del carrito de helados—. Tomad. Yo os invito.

—No debe usted regalar los helados —dijo Pam.

—Vosotros sois mis amigos favoritos —dijo el hombre.

Pero, a pesar de todo, Pam se empeñó en pagar el importe de las dos barritas de helado.

—¿Cómo va el misterio? —preguntó el vendedor, mientras los dos hermanos saboreaban el helado.

—Sin novedad —contestó Pete.

—Nos gustaría alquilar una motora —dijo Pam, deseando cambiar de conversación.

—Ahí tenéis el lugar que os interesa —repuso el «Hombre de las Nieves», señalando un cobertizo, dedicado al alquiler de barcas, junto al muelle.

—Gracias —dijo Pete.

Y su hermana y él se encaminaron al muelle. El cobertizo de alquiler de barcas estaba construido sobre el agua y rodeado de una pasarela. Allí, amarradas, se veían toda clase de embarcaciones pequeñas, mecidas por el agua. Pete vio que las que tenían motor «fuera borda» estaban colocadas boca abajo y protegidas con plásticos. Cada embarcación tenía un número pintado en la proa.

Los dos hermanos bajaron varios peldaños hasta una puerta donde se leía: Oficinas. Un joven rubio, sentado en una silla, tenía los pies apoyados en la mesa.

—Queríamos alquilar una embarcación —dijo Pete.

—El propietario ha salido —dijo el hombre, poniéndose en pie.

Pete y Pam le miraron, muy sorprendidos.

—Usted es el hombre de la barca que se atascó en el banco de arena, en Wicket-ee-nock —dijo Pete—. ¡Y el que se comió los huevos de gaviota!

Los azules ojos del joven miraron fríamente a los niños.

—¿Qué estáis diciendo? —masculló, echando a andar delante de ellos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Pete, sin apartarse de él.

—Sois muy entrometidos. Me llamo Scally. ¿Qué tipo de embarcación queréis?

Pete dijo que una de tamaño mediano, con un buen motor fuera borda.

—Tomad la número doce —aconsejó el hombre.

Pete le pagó, por adelantado, el alquiler de dos días. Luego subió a la barca, descubrió el motor y pudo comprobar que era el mismo tipo que usaban para sus paseos por el Lago de los Pinos en Shoreham.

—¿Sabéis ponerlo en funcionamiento? —preguntó Scally.

—Sí —dijo Pete—. ¿Puede proporcionarnos un bidón más de gasolina?

—Un momento.

El hombre desapareció en la oficina para volver al poco con una lata que entregó a Pete.

—Gracias —dijo el chico.

Cuando Pam hubo soltado las amarras, Pete empujó la barca aguas adentro, puso en marcha el motor y se puso en camino por el canal que llevaba a Wicket-ee-nock.

—¡Zambomba! ¡Qué bien se va! —dijo Pete, mientras el motor, rugiendo con fuerza, llevaba a la embarcación hacia delante, derecha como una flecha.

Cuando estuvieron cerca de la orilla de la isla, Pete giró al sur, navegando a unos treinta metros de la orilla. Cuando pasaron por la punta más meridional, los buscadores de gaviotas Ricky y Holly les dijeron adiós con la mano. En la parte de la isla que daba al océano abierto, el oleaje era más fuerte y la motora sufría considerables sacudidas.

Al pasar ante las rocas del pie de la escarpadura, los dos hermanos miraron con atención, por si advertían indicios de que alguien viviese en las cavernas. Pero no vieron más que las grandes bocas de las cuevas, al pie de las cuales se estrellaban las olas.

—Estamos demasiado lejos para poder ver bien —dijo Pete—. Nos acercaremos más al acantilado.

Hizo girar la embarcación, y tomó rumbo sur, otra vez. Ahora iban con más lentitud, pero seguían sin poder ver el interior de las

cuevas. Miraron entre las altas rocas, sin lograr distinguir ni una tienda de campaña, ni un simple cobertizo.

Los niños estaban tan interesados escudriñando la orilla, que no se dieron cuenta de que el cielo, repentinamente, se tornaba oscuro. Hasta que Pete no viró de nuevo hacia el norte, acercándose todavía más a las rocas, no se dio cuenta de que empezaban a caer algunas gotas, que le humedecieron las mejillas.

—¡Mira, Pam! ¡Se aproxima un aguacero!

Aún no había terminado Pete de hablar cuando el motor dejó escapar una especie de ronquido y se detuvo.

—¡Zambomba! No es posible que nos hayamos quedado ya sin gasolina.

Pete se apresuró a desenroscar la tapa del depósito. ¡Estaba vacío! No hubo más remedio que recurrir al bidón de repuesto, cuyo contenido vertió en el depósito. En seguida probó a poner el motor en marcha. Pero no le fue posible.

—¡Pam! —gritó el muchachito, viendo que la embarcación empezaba a zozobrar en el mar embravecido—. ¡Era sólo agua lo que había en el bidón!

—¡Qué malo es ese Scally! —exclamó la niña.

La lluvia empezó a caer, a cántaros, sobre la barca.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pam, mientras la lluvia empapaba su cabello.

—Conducir hacia la orilla con toda la rapidez posible.



Y Pete se incorporó a medias en la motora, con una mano en el timón, buscando un refugio entre las rocas.

La pequeña embarcación sufría vaivenes, cada vez más violentos, a medida que se aproximaba a la orilla. ¡Y Pete empezó a pensar que por allí sólo había rocas, rocas, rocas!

De repente, como surgido de la nada, apareció un hombre entre los peñascos, bajo las cuevas. Llevaba una gabardina con el cuello levantado y un sombrero amarillo, impermeable también, con el ala inclinada hacia abajo. El hombre indicó a Pete que siguiese hacia la derecha.

—¿Quién es? —preguntó Pam, por encima del fragor de las olas.

—Tampoco yo puedo verle la cara —contestó Pete, a gritos—. ¡Llueve tanto!

—Será mejor hacer lo que nos dice —opinó Pam.

Sin embargo, los dos hermanos se estaban haciendo la misma pregunta: «Aquel desconocido, ¿quería salvarles o ayudarles a que

se estrellasen contra las rocas?».

—¡Tendremos que remar con las manos, Pam!

Los dos se arrodillaron en la parte izquierda de la motora y remaron lo mejor posible con ambas manos. La embarcación iba virando, siguiendo las indicaciones del desconocido. Una gran ola empujó la motora, lanzándola directamente a la orilla rocosa.

TRES GOLPES DE MALA SUERTE



Saltando literalmente sobre las olas, la embarcación pasó entre dos salientes rocosos, para ir a detenerse sobre un trecho arenoso.

Pete y Pam saltaron a tierra, arrastraron la motora hasta la protección de un repecho de piedra y se agazaparon allí.

Las grandes olas levantaron montañas de espuma al romperse. A veces llegaban a la altura de la cintura, y a los Hollister les resultaba difícil impedir que la barca fuese arrastrada hacia el mar embravecido.

Sin embargo, poco a poco, la tempestad se apaciguó. Una especie de grieta blanca se abrió entre las oscuras nubes. Cesó el soplo del viento. Las olas se apaciguaron y, diez minutos más tarde, no hacían más que lamer los pies de los jóvenes marinos. Tanto Pam como Pete estaban chorreando y temblaban.

—¡Zambomba! ¡Qué poco faltó para el desastre!

—Nos ha salvado ese hombre, indicándonos la dirección hacia tierra —declaró Pam.

Pete se estremeció, al pensar en lo que podía haberles ocurrido.

—En las rocas, esta embarcación se habría cascado igual que un huevo —dijo—. Oye, ¿crees que habrá sido otra vez el hombre

misterioso?

—No lo sé.

Escudriñaron las cercanas rocas, pero no vieron al hombre por parte alguna.

—¡Mira!

Pam señalaba un objeto amarillo en una hendidura de las rocas. Pete lo sacó.

—Es el sombrero impermeable de ese hombre.

Los Hollister imaginaron que el sombrero había sido encajado en aquel hueco, a propósito. Y en seguida Pete dijo:

—Mira por qué. —Dentro del sombrero había una nota humedecida, escrita a lápiz, que decía así: «Hollister, estáis en peligro. Volveos a casa».

Pete dio un silbido.

—Tiene gracia. Primero nos salva, y luego nos quiere asustar. ¿Quién podrá ser?

—No creo que sea demasiado malo —razonó Pam—. Pero ¿dónde se habrá escondido? ¿Y por qué?

Las olas habían retrocedido ya bastante y quedaba una franja de arena entre las rocas y el agua.

Pete y Pam dejaron atrás las escarpaduras y situaron en la playa la embarcación que llevaban arrastrando, donde las olas no pudieran alcanzarla.

Luego se dispusieron a ir a la posada a pie, sin olvidar llevarse el sombrero amarillo. No habían hecho mucho recorrido cuando vieron a Indy, Emmy y los demás que corrían, por la orilla, a su encuentro. Ricky y Holly habían informado de haber visto a los hermanos mayores en la motora.



—... Y al iniciarse la tormenta, nos sentimos terriblemente preocupados —dijo Emmy, dando un fuerte abrazo a Pam.

Mientras Pete iba contando todo lo que les había sucedido, Indy se fue indignando por momentos.

—¡Qué sucia jugarreta! ¡Daros agua en lugar de gasolina!

—Pudo haber provocado una desgracia —añadió Emmy—. Gracias a Dios que estáis los dos a salvo.

Los mayores quedaron muy confundidos al saber del desconocido que les había dejado una nota en el sombrero.

—¡Carambola! ¡Cuánto debe de saber sobre nosotros! —comentó Holly—. ¿Y qué haremos con la motora?

Se decidió dejar la embarcación alquilada en donde estaba, hasta la mañana siguiente.

—Podemos echar un poco de combustible de la furgoneta y poner el motor en marcha —dijo Indy—. ¡Tengo algunas cosas que

decirle a ese Scally, cuando le vea!

Aquella noche, Holly sorprendió a todos siendo la primera en ir a acostarse. Cuando Pam se retiró, Holly tenía una sonrisa verdaderamente angelical a la luz de la vela. Pero Holly no dormía. Escuchaba con atención, esperando oír las exclamaciones de Ricky, en la habitación inmediata.

Ya el pecoso acababa de ponerse el pijama y se metía entre las sábanas. Una mirada de asombro apareció en sus ojos, pero no pronunció ni una palabra.

Desde su cama, Pete le observaba y, sonriendo, preguntó:

—¿La «petaca»?

La expresión de la carita de Ricky hizo que el hermano mayor prorrumpiese en carcajadas.

Ricky no dijo una palabra. Pero entornó los ojos, mientras una soberbia idea cruzaba por su mente. Le habían embromado y pensaba hacer algo como desquite, pero no en aquellos momentos. Ricky arregló las sábanas, se acostó y quedó dormido antes que Holly.

A la mañana siguiente, Pete vio que Ricky haraganeaba por la habitación. Cuando el hermano mayor empezó a hacerse la cama, Ricky le dijo:

—No te molestes. Deja que hoy la haga yo.

—Muy bien. Si tú quieres...

En cuanto Pete salió, Ricky le hizo la «petaca» en la cama, murmurando:

—¡Lo que sirve para gastarme una broma a mí, también será bueno para él!

Mientras las niñas ayudaban a fregar los utensilios empleados en el desayuno, Pete y Ricky se dirigieron a la furgoneta, con Indy.

—¿Cómo introducirás la gasolina? —preguntó Pete.

Y Ricky añadió:

—Nos hará falta una pequeña manguera, ¿verdad?

Antes de que el hombre tuviera tiempo de responder, Pete hizo castañetear los dedos.

—¡Yo sé dónde podemos encontrar una!

Dejando a Indy más que sorprendido, Pete levantó el capó del vehículo y señaló un pequeño tubo que comunicaba un depósito de

agua con los limpiaparabrisas.

—Podemos usarlo, y luego dejarlo en su sitio —dijo Pete.

—Muy buena idea —dijo Indy.

Y Ricky, secretamente, admiró el ingenio de su hermano.

En pocos minutos, Indy extrajo combustible suficiente para la motora. Entonces Pete colocó el tubo en su lugar y bajó el capó.

—¡Volveremos pronto! —dijo Indy, saliendo de la posada.

Él y los dos chicos corrieron a la orilla del océano, cargados con el bidón de gasolina. Pero cuando llegaron al lugar en que dejaran la motora, los tres miraron a su alrededor con perplejidad. ¡La embarcación había desaparecido!

—¿Quién puede habérsela llevado? —preguntó Pete.

—Este misterio empieza a ponerme los nervios de punta —afirmó Indy, muy inquieto.

Ricky comentó:

—Ahora tendremos que pagar lo que valga la motora.

—De eso ya hablaremos. Scally tendrá que explicarse, primero.

Cuando volvieron a dar a los otros la desagradable noticia, había llegado Sam «El Adormilado», y estaba buscando almejas en su trecho predilecto, no lejos de la posada.

—¡El hombre que buscábamos! —exclamó Indy, yendo a su encuentro—. Nos gustaría que nos llevase a Cliffport, Sam.

—De acuerdo.

—Primero le ayudaremos a buscar almejas —se ofreció Indy.

Los Hollister buscaban con tanto interés y alegría, que era como si las almejas brotasen de la arena por su propia cuenta. Cuando dos cubos estuvieron llenos de moluscos, Pete, Pam y Holly entraron en la embarcación de Sam, con éste e Indy. Ricky, Emmy y Sue se quedaron con los buscadores de gaviotas.

—Os hablaré de Scally y de la jugarreta que nos ha gastado —prometió Pete.

Cuando Sam «El Adormilado» empezaba a remar, Emmy gritó:

—¡Un momento! —De su bolsillo sacó una tira de papel que entregó a Indy—. Es una lista de comestibles que necesitamos. Y no os olvidéis del tocino.

Al principio, Indy ayudó a «Adormilado» a remar. Luego, Pete y Pam les relevaron. Al llegar al muelle, Indy dijo:

—Estaremos preparados para volver con usted, dentro de una hora, Sam.

—Muy bien. Venderé mi mercancía y me reuniré aquí con ustedes.

Indy y los tres Hollister marcharon marcialmente hacia la oficina del cobertizo donde alquilaban embarcaciones. Pero la oficina estaba cerrada y no se veía a Scally por ninguna parte.

—¡Debemos informar de esto a Cadwallader Clegg! —afirmó Indy.

Y todos emprendieron la marcha, camino arriba. Llegaron cansados, acalorados y sedientos, sólo para llevarse una nueva desilusión. En la puerta de Cadwallader encontraron un letrado que decía:

«He salido de pesca. Vuelvan mañana».

—¡Uff! ¡Vaya día! —se quejó Pete.

—¡Con qué gusto me tomaría una barrita de helado! —dijo Holly, cuando emprendían el regreso a la población.

—Hoy no hemos visto a nuestro amigo, el «Hombre de las Nieves» —advirtió Pam, mientras se acercaban al pie de la colina.

—Puede que no salga tan temprano —fue la respuesta de Pete.

Cuando llegaron a la calle Mayor, Pam dio a Indy un golpe en el brazo, diciendo:

—Holly y yo queríamos hacer un recado en la biblioteca. Nos encontraremos en el embarcadero.

—De acuerdo. Pete y yo nos ocuparemos de comprar las provisiones.

Pete preguntó a sus hermanas si iban a pedir algún libro.

—No —contestó Pam—. Vamos a hacer preguntas sobre una pista.

Las dos niñas se tomaron de la mano y cruzaron la calle hacia un edificio pequeño, de una sola estancia, con un letrado que decía:

«BIBLIOTECA PÚBLICA»

El interior olía a madera barnizada y a libros nuevos. Pam respiró hondo y dijo a su hermana:

—Me gustan las bibliotecas.

Sus palabras fueron oídas por una joven, sentada a un escritorio.

—Celebro que os gusten las bibliotecas —dijo—. ¿Puedo servirlos en algo?

—Gracias —dijo Pam—. Estamos buscando algún libro sobre escudos de armas... Ya sabe...; los que tenían los reyes y los caballeros antiguos.

La bibliotecaria sonrió.

—Eso se llama heráldica.

Pam buscó en su bolsillo, para encontrar la ilustración que habían encontrado en Wicket-ee-nock.

—Sí. Desde luego, esto es un escudo de armas, pero lamento no tener ningún libro sobre ese tema —dijo la joven bibliotecaria.

Pam quedó desencantada, pero la joven añadió:

—No te entristezcas. Si vuelves dentro de unos días, podré proporcionarte un libro.

—¿De dónde? —preguntó Holly.

—De la biblioteca de Boston. Telefonaré allí, inmediatamente, para que me envíen un libro sobre heráldica. En seguida me lo mandarán.

Pam y Holly dieron las gracias a la amable bibliotecaria y marcharon a reunirse con Indy y Pete. Por el camino buscaron al «Hombre de las Nieves», pero no pudieron verle.

En el embarcadero encontraron a su hermano y a Indy, que metían un saco de comestibles en la barca de Sam, «El Adormilado». El buscador de almejas no había llegado aún.

—¿Hubo suerte? —preguntó Indy a las niñas.

—No. Hoy no —replicó Pam.

—Éste es el tercer fracaso. Creo que estamos acabados —dijo Pete, sombrío.

—¿Qué os parece si nos tomamos un buen refresco? —propuso Indy.

Cerca encontraron un bar y, mientras bebían, Indy comentó:

—¡Qué bueno resulta remojar el gaznate!

La frase dio a Holly tanta risa que empezaron a salirle burbujas hasta por la naricilla.

Al terminar, Indy dijo:

—Bueno. Puesto que no tenemos otra cosa interesante que

hacer, volveremos a Wicket-ee-nock.

Sam «El Adormilado» había vendido sus almejas y estaba ya a punto para llevarles a la otra orilla.

Los famélicos viajeros llegaron a la hora de comer y estuvieron el resto del día bañándose y ayudando a los buscadores de gaviotas.

Poco antes de la hora de acostarse, apareció la señora Franklin para invitarles a la cuadra, al día siguiente. Estuvo en la posada el tiempo suficiente para tomar un té con Indy y Emmy; luego marchó por la playa, iluminada por la luz de la luna.

Cuando se estaban acostando, Pete exclamó:

—¿Quién ha hecho la «petaca» en mi cama? ¿Has sido tú, Ricky?

El pelirrojo se encogió de hombros, contestando:

—¡Ya sé! Habrá sido Pam.

—¡Eh! ¡Yo no he sido! —protestó la voz de la hermana, desde la puerta inmediata.

A la luz de una vela, Pete se deslizó a la habitación de las chicas y lanzó una almohada a la cabeza de Pam. Al momento salió Holly en defensa de Pam, atacando con otra almohada a Pete. Oyendo el alboroto, Ricky se unió a la lucha.



—¿Qué pasa aquí? —preguntó Emmy, apareciendo, para encontrarse en medio de las almohadas volantes.

—¡Pam me ha hecho la «petaca» en la cama! —dijo Pete.

—Yo no lo he hecho. Pero alguien me lo hizo a mí —replicó la niña.

—¡Y a mí! —anunció Holly.

—¡A mí también! —gritó Ricky.

—Hay que llegar al fondo de este misterio —decidió Indy, presentándose en la escena, ya en pijama—. ¿Quién dio principio a este extraño negocio de la «petaca» en las camas?

Todos los niños mayores aseguraron que ellos no habían sido. Y hasta la chiquitina Sue dejó oír su voccecita chillona, declarando:

—Yo no lo he «hacido».

—Pues «Negrito» no fue. Eso es seguro —dijo Indy.

De pronto, los ojos de Pam brillaron. Acababa de fijarse en la sonrisilla disimulada de Emmy.

—¡Ooh! —exclamó la mayor de los Hollister, llevándose una mano a la boca—. Emmy, ¿has sido tú el diablo travieso que lo empezó todo?

Una sonrisa pueril iluminó la cara de Emmy.

—Debo confesar que sí —contestó.

Y los cinco Hollister prorrumpieron en exclamaciones de asombro.

UNA EXTRAÑA MARCA



Sue saltó de la cama y, echando los bracitos al cuello de Emmy, dijo entusiasmada:

—Como dice mamá, eres una picaresca, Emmy.

A todos les hizo muchísima gracia que Emmy hubiera hecho una broma tan divertida.

—Esto os enseñaré —dijo la joven, riendo—, a no culpar a nadie, mientras no se tienen pruebas.

Cuando, al siguiente día, los Roades y los Hollister llegaron a la cuadra de los Franklin, encontraron a los domadores de caballos ataviados con los vulgares calzones de trabajo.

—Buenas noches —saludó el señor Franklin, desmontando, para acercarse a los visitantes—. No sé qué hacer con «Franz» y «Josef». ¡Están tan nerviosos como mininos recién nacidos!

—¿Les ha molestado alguien durante la noche? —preguntó Pete.

—Eso debe de haber sido —repuso el domador, y agregó que había planeado dar a los niños lecciones de montar aquella mañana.

—Ya veo que estáis vestidos a propósito para ello —dijo la señora, desmontando, también, y aproximándose a los Hollister, que iban todos con pantalones tejanos—. ¿Habéis subido alguna vez a

lomos de un caballo?

—Sí —afirmó Pam—. Y no nos da miedo.

La señora miró los rostros emocionados y alegres de los niños y sonrió:

—Ya me doy cuenta.

Mientras la señora Franklin ayudaba a su esposo a desensillar a los animales, los dos hermosos ejemplares no cesaron de moverse y dar resoplidos.

—Calma, «Franz» —dijo la señora, acariciando al gran caballo y hablándole con cariño a la oreja.

—La dulzura es algo muy importante en la doma de animales —informó a los visitantes el señor Franklin—. Se les debe tratar con firmeza, pero nunca con brusquedad, ni fatigándoles en exceso con el trabajo.

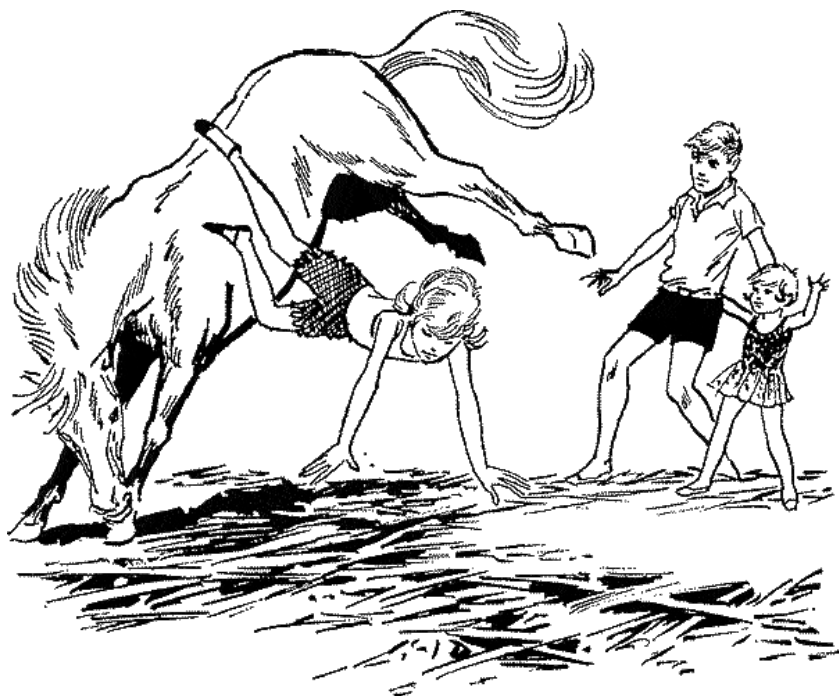
Cuando los «lipizzaners» estuvieron preparados, el señor Franklin montó a Sue y Pam a lomos de «Franz», mientras Indy ayudaba a montar a Pete y a Ricky sobre «Josef».

A una orden de la señora, los animales emprendieron un suave trote por la pista, con la testuz muy erguida.

—¡Canastos! ¡Estoy en un circo! —exclamó Ricky, con incredulidad.

Una vez que hubieron dado varias vueltas, los Franklin detuvieron a los «lipizzaners». Los jinetes se deslizaron a tierra y le tocó a Holly el turno de montar sobre «Josef».

La niña corrió por la pista, saltando feliz sobre el amplio lomo del caballo. Pero, de repente, sin previo aviso, «Josef» retrocedió. Y Holly se vio lanzada al suelo, en medio de los gritos de todos los presentes.



Cuando los Franklin corrieron hacia él, el animal retrocedió, hasta quedar a muy pocos pasos de Holly. Los domadores le tomaron por las bridas y Holly se deslizó por debajo del animal.

—¿Estás bien, Holly? —preguntó Emmy, corriendo en ayuda de la niña.

Holly dijo que sí con la cabeza.

—Claro, estoy bien. Pero he visto algo muy raro, Emmy. ¿Tú sabías que también se marca a los caballos de circo?

—¿Qué quieres decir? —preguntó la señora Franklin.

—He visto una marca en la pata de «Josef»..., por debajo.

Los domadores se miraron, confundidos.

—¿Una marca? ¿Dónde?

Holly se agachó para señalar entre los cuartos delanteros del caballo. Los Franklin también miraron.

—La niña tiene razón —dijo la señora Franklin—. No me habías dicho nada de esto, Amos.

—No me había fijado en ello —repuso el hombre, mirando más de cerca la marca.

Luego, todos los visitantes se acercaron a mirar. Parecía una luna, en cuarto creciente, con una pequeña estrella entre las dos puntas.

—Parece una insignia turca —comentó Pam.

—A lo mejor «Franz» también lleva esa marca —dijo Ricky, inclinándose a mirar al otro caballo—. Sí. Hay una. Pero es diferente.

El caballo se mostró nervioso y la señora le calmó y observó la marca. Se trataba de un triángulo, con un circulito en el ángulo de arriba.

—Otro misterio —dijo la señora Franklin, con un suspiro—. Amos, ve a buscar el libro de los caballos, haz el favor.

El marido fue a la casa y volvió en seguida con un libro negro. Allí estaba escrita toda la historia de «Franz» y de «Josef», desde el día en que nacieron en las montañas de la Europa oriental.

Los Franklin fueron volviendo página tras página, leyendo con sumo interés. Al acabar, la señora dijo:

—No habla para nada de que estos caballos tengan marca.

—Entonces es que las marcas se las han puesto aquí, en América —opinó Pam.

—Pero ¿quién lo habrá hecho? —preguntó Emmy.

La señora Franklin sugirió que podía haberlo hecho Max Stein. Él fue quien trajo los caballos, de Viena a los Estados Unidos.

—El señor Stein permaneció con nosotros varios días y luego, inesperadamente, se marchó —explicó la señora Franklin.

Nada más habían vuelto a saber de él desde entonces.

—Esas marcas no causarán ningún perjuicio ni a «Franz» ni a «Josef» —dijo la señora—, pero me preocupa ver lo nerviosos que están. Pobre Holly... ¡Cuánto me alegra que no te hayas hecho daño!

—Me gustaría coger al merodeador que asusta a nuestros caballos —dijo el señor Franklin—. He estado vigilando por las noches, a la entrada de la cuadra, pero nunca le he visto.

—Permita que nosotros le ayudemos —se ofreció Pete—. Ricky y yo podemos dormir en la cuadra, y dar la alarma si alguien viene.

—Y yo puedo hacer guardia fuera, acostándome en una bolsa de dormir —añadió Indy.

A los Franklin les pareció una buena idea y consintieron en que los detectives de Shoreham pusieran a prueba sus planes aquella misma noche.

Luego, los visitantes dijeron adiós y dejaron a sus amigos, ocupados en entrenar a los bellos caballos blancos.

Aquella tarde, mientras los chicos ayudaban a Indy a reparar la tela metálica de las entradas a la posada, Holly y Pam fueron a ver a los buscadores de gaviotas.

—Ya hemos pillado bastantes por hoy —les dijo Jane—. ¿Os gustaría ver, desde lejos, cómo anidan los pájaros? Podéis usar gemelos.

—Puede que sea divertido —repuso Pam.

—Tened. —Jane les entregó unos prismáticos—. Son muy potentes. —Señaló una duna con vegetación, y añadió—: Aquél es un buen sitio. ¿Por qué no lo utilizáis como puesto de observación?

Las niñas treparon a lo alto y se sentaron allí, con las piernas cruzadas, sobre la hierba. Empezaron a buscar nidos de pájaros. Holly fue la primera en escudriñar las rocas. Luego pasó los prismáticos a Pam.



Cuando las dos hermanas se cansaron de observar a los pájaros, empezaron a contemplar, con los prismáticos, todo el océano que las rodeaba, y la isla.

Estaba Pam mirando las dunas, próximas al canal, cuando prorrumpió en una exclamación:

—¡Me parece que lo he averiguado!

—¿De qué hablas?

—¡Del sitio en que vive el hombre misterioso! —Pam pasó los prismáticos a Holly—. Mira. Al fondo de aquella duna de allí.

—¡Carambola! —gritó Holly—. Creo que tienes razón.

Lo que Holly veía era parte de una techumbre roja, medio oculta por la arena.

Pam propuso:

—¡Vamos! Hay que investigar.

Las niñas corrieron a través de los dos montículos arenosos y, al

llegar a lo alto del tercero, Pam agarró a Holly por el brazo.

—¡Allí es!

Las dos se echaron al suelo y miraron al pie de la duna inmediata. Sobresaliendo un poco, se veía la fachada de una cabaña muy vieja. El resto de la edificación había quedado enterrado en la arena. No conservaba la puerta, pero el umbral quedaba en la sombra.

—¿Crees que el hombre estará allí? —preguntó Holly.

—Sígueme —cuchicheó Pam—. Iremos a ver.

Se deslizaron duna abajo y dieron la vuelta alrededor de la misma. Con el corazón latíéndoles apresuradamente, las niñas se acercaron a un lateral de la cabaña. Unos pasos antes de llegar a la entrada, Pam se detuvo. Ella y Holly escucharon. No había más sonido que el murmullo de las olas en la playa.

Pam cogió un puñado de arena y la arrojó a la fachada de la casa. Las niñas esperaron. A lo lejos se oyó el grito de una gaviota, pero ningún ruido se produjo en la choza.

Ahora fue Holly quien arrojó más arena. ¡Todo continuó silencioso!

Con cautela, las dos niñas se acercaron a la entrada y asomaron la cabeza al oscuro interior. Al entrar, sus pies hicieron crujir la arenilla del suelo. Entre las grietas de la techumbre de madera, se filtraba la arena que caía sobre las niñas.

—¡Mira! —dijo Pam a media voz, señalando un impermeable amarillo—. ¡El hombre que vive aquí es el que nos salvó a Pete y a mí!

—¿Crees que será el hombre barbudo? —preguntó Holly.

Con un encogimiento de hombros, Pam respondió:

—¿Quién sabe?

Las niñas también vieron, en la cabaña, un saco de dormir y una banasta con cinco botes de comida en conserva, colocados en hilera.

—Siento pena de la persona que tenga que vivir aquí —comentó Pam.

—Yo también —concordó Holly—. Todo es muy negro y no para de caerte arena desde el cuello a los pies.

Las dos volvieron a salir, a toda prisa. Y corrieron a reunirse con Jane. Ésta, que se encontraba tiñendo una gaviota, interrumpió su

trabajo para preguntar a las sofocadas niñas por qué habían corrido tanto. Pam se lo dijo, le devolvió los prismáticos y añadió:

—Tenemos que ir a buscar a Pete y a Ricky en seguida. Debemos mantener la vigilancia hasta que el hombre vuelva.

Jane llamó a Bill y a Gary, que se encontraban cerca, poniendo trampas. Los dos quedaron muy impresionados al saber lo que habían descubierto las niñas.

—Debe de ser la cabaña de algún viejo pescador —dijo Gary, y añadió que estaría medio enterrada debido a que las dunas varían de posición a causa del viento.

—Si necesitáis ayuda para sorprender al hombre, podéis llamarnos —se ofreció Bill.

Cuando llegaron a la Posada del Langostino, las dos niñas informaron de su descubrimiento.

—¡Ahora empezamos a llegar a alguna parte, en este misterio! —exclamó Pete, con entusiasmo.

—¡Canastos! ¡Todos a trabajar! —exclamó Ricky.

Indy les aconsejó que estuvieran bien escondidos. Y si el desconocido regresaba a su mísera vivienda, Ricky debía encargarse de acudir para informar a Indy.

—Entonces, yo personalmente le detendré y llegaremos al fondo de este asunto.

Al poco, los emocionados detectives se encontraban ocultos tras las dunas y montoncitos de hierbas altas. Pero la tarde fue transcurriendo lentamente. Los niños vigilaban en vano. Nadie acudía a la cabaña.

—A lo mejor, el hombre se asustó y se ha marchado para siempre —dijo Holly, hablando a Pam a través de unos espesos matorrales.

—Pero no podemos darnos por vencidos —declaró Pam.

Sin embargo, los dos chicos parecían dispuestos a marcharse, al menos de momento, pues se aproximaba la hora de la cena.

—Seguramente el hombre nos ha visto y por eso no vuelve —opinó Pete.

Después de la cena, Pete e Indy se ocultaron tras una duna y estuvieron observando. Pero llegó la noche sin que nadie se hubiera presentado en la cabaña.

—Vamos, Indy —dijo Pete—. Será mejor ir a la cuadra antes de que sea demasiado tarde.

Volvieron a la posada, recogieron a Ricky y, provistos de varias linternas, se encaminaron a buen paso a casa de los Franklin. Al verles llegar, el domador de caballos salió al porche y les acompañó a la cuadra.



Allí, Pete y Ricky se acostaron cómodamente sobre grandes pilas de paja, a un lado de los pesebres. Indy les dio las buenas noches y salió con el saco de noche para acostarse a la entrada de la cuadra.

—Silben, si me necesitan —dijo el señor Franklin, antes de marchar a la casa.

Dentro de la cuadra no había más ruidos que los que producían de vez en cuando los caballos, piafando o resoplando. Por fin, los dos chicos se quedaron dormidos, envueltos en el agradable olor del

heno.

¡De pronto Pete despertó, muy despejado!

Miró hacia los pesebres y vio una luz bajo los flancos delanteros de «Franz». Pete alargó una mano, buscando a su hermano. Ricky estaba allí, a su lado, no en los pesebres. El pelirrojo se sentó, sobresaltado, mientras Pete decía, valerosamente:

—¿Quién anda ahí?

La luz se apagó y todo quedó en la oscuridad. Pete, a tientas, buscó la linterna, pero no pudo encontrarla en seguida. Y sí pudo oír cómo el intruso corría por la cuadra. Luego la puerta golpeó.

—¡Indy, deténle! —gritó Pete.

Él y Ricky corrieron a la salida y casi chocaron con Indy, que entraba.

—¿Le has agarrado? —preguntó el hermano mayor, iluminando con su linterna el espacio más cercano.

—¿Agarrado? ¿A quién?

—A la persona que se había metido en la cuadra. Salió corriendo por la puerta, ¿no? —preguntó Pete.

—Nadie ha pasado por aquí —aseguró Indy.

UNA VIEJA PISTA



—¡Canastos! ¡Pues alguien ha salido corriendo! —declaró el pecoso—. Hemos oído la puerta.

—Yo también. Pero por aquí no ha pasado nadie.

—Entonces, será que hay otra salida —opinó Pete, enfocando el haz de su linterna alrededor de la cuadra.

—Vamos a decírselo a los Franklin —decidió Ricky, dirigiéndose a la puerta.

Pero Pete le detuvo por un brazo.

—No valdría de nada avisarles, ahora —dijo.

Pete opinaba que el matrimonio de domadores estaba ya demasiado preocupado. Indy le dio la razón.

De modo que lo primero que hicieron fue tranquilizar a los caballos.

—Calma, «Franz». No ocurre nada, «Josef» —dijo Indy, acariciando a los hermosos ejemplares.

Entre tanto, Pete explicó lo que había visto y añadió:

—Creo que la cosa es clara. Ese intruso o busca las marcas o las está estudiando, Indy.

—¡Estoy de acuerdo! —contestó Indy, apartándose de los

caballos—. Ahora, lo que hay que hacer es buscar la salida secreta.

Los tres miraron en cada esquina y recoveco, pero no pudieron localizar ningún lugar que diera salida al exterior.

Ricky sintió un cosquilleo de inquietud a lo largo de la espina dorsal.

—¡Canastos! ¡Puede que esa persona esté aún en la cuadra!

Indy tuvo que admitir que era posible.

—Dormiré aquí dentro, contigo, Ricky, y Pete puede hacer guardia fuera —decidió.

Los tres vigilantes durmieron, aunque poco profundamente, el resto de la noche. Despertaron al amanecer, dejaron a los «lipizzaners» y al llegar a la Posada del Langostino encontraron a «Sedosa» preparándose a dormitar sobre el letrero. Ninguno de los ocupantes de la posada se había despertado aún.

—¡Vamos! ¡A despertar, perezosos! —llamó Ricky, entrando como un torbellino en la vieja hostería.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Pam, adormilada.

—Mucho —repuso Pete—. Os lo contaremos durante el desayuno.

Indy, Pete y Ricky se encargaron de encender el fuego. Muy pronto el olorcillo del tocino frito atrajo al exterior a las niñas y a «Negrito».

—¿Cómo preferís los huevos, fritos o revueltos? —preguntó Ricky, que ya estaba poniendo mantequilla en la sartén.



«Negrito» dio un ladrido y Holly, echándose a reír, dijo:

—No hay huevos para ti. Te pondré un tazón de leche condensada.

Aún no habían concluido el desayuno cuando los tres buscadores de gaviotas se presentaron en la posada. Ninguno sonreía.

—Hola. ¿Pasa algo? —preguntó Pam.

—¿Queréis desayunar con nosotros? —preguntó Emmy.

—No estamos hambrientos. ¡Estamos furiosos! —contestó Gary.

—Alguien ha destruido nuestras jaulas para secar gaviotas durante la noche —explicó Jane—. Los marcos han sido aplastados, y la tela metálica desgarrada.

—De nada nos sirve estar aquí, si no tenemos jaulas —se lamentó Bill—. Más vale volver a Cliffport. Cuando hoy venga Sam «El Adormilado», le preguntaremos si puede llevamos.

—¿Quién ha podido hacer una cosa tan mal intencionada? —

murmuró Emmy.

—Yo creo que ha sido Scally —dijo Jane.

Por lo visto, los tres buscadores de gaviotas habían descubierto al «Brujo», navegando por aquellos alrededores, al amanecer.

—Ese bribón tiene que ser arrestado —declaró Indy—. Si es el culpable, nosotros nos encargamos de que le den su merecido.

—Pero no os marchéis ahora —pidió Pam a los tres jóvenes.

Y para convencerles de que se quedasen, Pete adujo:

—Si os vais, no presenciareis cómo le detienen, y eso será muy interesante.

Bill, que se había sentado junto al fuego, con las piernas cruzadas, levantó la vista, preguntando:

—¿De verdad creéis que vais a resolver el misterio?

—Creo que sí, y pronto —afirmó Pete.

Esto alegró mucho a los chicos de la institución Audubon, que confesaron tener apetito. Ricky y Pete les sirvieron un apetitoso desayuno. Indy dijo que tenía algunas herramientas en la furgoneta. Entre todos podrían reparar las jaulas para que los jóvenes pudieran seguir trabajando.

Haciendo un esfuerzo por sonreír, mientras acababa su desayuno, Bill dijo:

—No sé qué haríamos sin los Hollister.

Después de fregar la sartén y arrojar al fuego los platos de papel, todos se encaminaron a la playa, precedidos por «Negrito». Las jaulas destrozadas se encontraban a cierta distancia del campamento de los buscadores de gaviotas.

—El que hizo esto arrastró las jaulas hasta aquí, para que no pudiéramos oír el estropicio —opinó Gary.

—¡Oh! —murmuró Pam, viendo lo maltrechas que habían quedado las jaulas.

—No os preocupéis. Las arreglaremos —afirmó Indy.

Y dio instrucciones a Sue y Emmy para que buscasen madera de la que arrastra el mar hasta las playas.

Mientras las chicas enderezaban la tela metálica, Indy y los chicos ponían rectos, a martillazos, los torcidos clavos, apoyándolos en una roca. Por fin todos los marcos de madera quedaron reparados, y colocada debidamente la tela metálica.

Aunque las jaulas presentaban algunas deformidades y magulladuras, resultaban perfectamente utilizables.

—¡Ahora podremos volver a secar gaviotas! —exclamó Jane, muy contenta.

Y Bill añadió:

—Indy, le estamos muy agradecidos. Todos ustedes nos han ayudado muchísimo.

Gary, echándose a reír, recitó:

—¡La Audubon sigue en acción!

—Y nosotros, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Ricky.

—Pam y yo podríamos ir a Cliffport para hablar con Cadwallader sobre Scally —propuso Pete, que había visto a lo lejos al buscador de almejas, en su barca—. Puede que Sam nos quiera llevar y traer en su barca.

—De acuerdo. Pero decidle que le pagaréis —dijo Emmy.

—¿Quién vigilará la cabaña, por si vuelve el hombre misterioso? —preguntó Holly.

—Tú y yo, Ricky —fue la respuesta de Indy.

—Emmy y yo haremos castillos de arena, con «Negrito» —resolvió Sue.

Cuando Pete y Pam llegaron a su lado, el buscador de almejas les dedicó una soñolienta sonrisa. Pero se puso serio al oír lo que Pam le decía.

—Mi barca no está en alquiler. Pero me complace pasear en ella a mis amigos.

Los niños sonrieron y le dieron las gracias. Luego le ayudaron a cargar los cubos de almejas en la barca, y Pete cogió uno de los remos. Cuando desembarcaron en Cliffport, «Adormilado» prometió aguardarles hasta que volvieran.

Los dos hermanos se encaminaron al cobertizo de alquiler de barcas. La oficina estaba abierta.

—¡Mira! —dijo Pete—. Ahí está nuestra barca... La número doce.

La embarcación que vieran por última vez en la arenosa orilla de Wicket-ee-nock se mecía suavemente junto a la pasarela.

—Ven. Tenemos que hacer unas preguntas al señor Scally.

Bajaban ellos las escaleras de madera cuando Scally salió de su

oficina.

—¡Con que sois vosotros! —dijo, en tono de reproche—. ¡Ése no es modo de cuidar de una embarcación!

—¿De qué está usted hablando? La barca fue robada de Wicket-ee-nock —dijo Pete.

—No me vengas con ese cuento —repuso Scally, frunciendo el ceño—. La barca estuvo a la deriva y yo la encontré por aquí. La tratasteis sin cuidado.

—¡Usted nos dio agua en lugar de gasolina! —dijo Pam, acusadora.

—¡Tú estás soñando! —repuso el antipático Scally.

—¿Y qué nos dice de las jaulas de gaviotas? ¿No tiene usted nada que ver con el estropicio de anoche?

—¡Mejor será que salgáis de aquí, antes de que os arroje al agua! —dijo Scally, amenazador.

Pete se apartó del agresivo Scally y, acompañado de su hermana, corrió escaleras arriba, hacia la calle.

—Informaremos de esto a Cadwallader Clegg —dijo a Pam.

—Espera —pidió ella—. Ahí está la biblioteca. Puede que hayan recibido ya el libro sobre heráldica.

Entraron los dos y Pam habló con la simpática bibliotecaria. Ésta buscó bajo el escritorio y sacó un libro que entregó a Pam.

—Aquí tienes. Creo que encontrarás lo que buscas en la página treinta.

Estaba ya señalada la página y Pam abrió por allí.

¡Al momento pudo ver el mismo escudo de armas que habían encontrado en la playa!



Debajo, unas frases identificaban la antigua insignia como perteneciente a una familia real austríaca, notable por los magníficos caballos que poseía. Para cerciorarse, Pam sacó de su bolsillo la ilustración y la colocó junto al libro. Eran exactas.

—Muchas gracias —dijo Pam a la bibliotecaria, devolviéndole el libro—. Ha sido una gran ayuda.

—¿Necesitas llevártelo?

—No, gracias.

Los dos hermanos salieron de la biblioteca. Tan pronto como estuvieron en la acera, Pam se detuvo, con los ojos brillantes de emoción.

—¡Pete! ¡Estamos sobre la pista! Hay relación entre Austria y el misterio. El escudo de armas y los caballos son austríacos, y seguramente el hombre con acento extraño, también.

—Pero ¿cómo encaja todo eso? —preguntó Pete, mientras

corrían a la colina donde estaba la casa de Cadwallader Clegg.

—No lo sé, pero tiene que encajar de alguna manera —dijo Pam, pensando en todas las pistas que tenían.

Esta vez encontraron a Cadwallader Clegg en casa.

—Hola. Bien venidos —dijo el hombre—. ¿Cómo van las cosas por la isla?

—No muy bien —replicó Pete.

Y, entre los dos hermanos explicaron, rápidamente, lo sucedido.

—¿De modo que hay, verdaderamente, un caballo fantasma? Yo pensé que los buscadores de gaviotas habían visto a alguno de los «lipizzaners» —dijo Cadwallader—. Y Scally se comporta agresivamente...

Pete y Pam no se sorprendieron al enterarse de que el hombre que alquilaba las barcas se había metido en complicaciones ya en otras ocasiones.

—Esta vez voy a arrestarle —decidió Cadwallader, dando a sus tirantes un tirón que hizo temblar la diminuta insignia.

La fuerza policial, compuesta por un solo hombre, se puso la chaqueta y marchó, colina abajo, con Pete y Pam.

—¿Dónde está ese sinvergüenza? —preguntó, cuando se aproximaban al embarcadero.

—Creo que estará dentro. Iré a ver —dijo Pete.

Bajó de puntillas las escaleras y asomó por la puerta de la oficina. Scally, de espaldas a él, hablaba por teléfono, en tono agitado.

—¡Pero si no se asustan!... ¿Cómo vamos a conseguirlo, no sabiendo dónde está?

La voz que contestó al otro extremo del hilo era tan estridente que el mismo Pete pudo entender la respuesta.

—¡Tú lo has hecho todo! ¡Todo, menos localizarlo! ¡Y para eso se te paga!

Scally colgó y se dio la vuelta, encontrándose con Pete en el umbral.

—¿Otra vez estás aquí? —vociferó.

Tras Pete apareció Cadwallader, que dijo:

—¡Scally, quedas arrestado!

Scally, con expresión de susto, miró a su alrededor, hasta posar

la vista en la ventana abierta.

Cadwallader buscó en el bolsillo posterior de sus pantalones. Y una expresión de sorpresa se reflejó en su rostro.

—¡Escarabajos en salsa! ¡He olvidado traer las esposas!

Aquello hizo que Scally se mostrase burlón.

—¡Qué gran policía! ¿Está seguro de que sabe dónde se encuentra la cárcel?

—¡Déjate de bromitas idiotas! —dijo Cadwallader, autoritario—. Con esposas o sin ellas, vendrás conmigo.

Pero Scally retrocedió hacia la ventana.

—¡No intentes escapar! —le advirtió Cadwallader.

Pero el otro replicó:

—¡Ande! ¡Venga a buscarme!

Aunque Cadwallader y Pete echaron a correr hacia él, Scally saltó por la ventana.

Corrió por la pasarela, seguido de Pete y... ¡saltó a una motora!

SECRETO EN LA ESTUFA



Mientras Scally se inclinaba a desatar la amarra, Pete le agarró por la camisa. Pero el hombre se liberó de un tirón, que estuvo a punto de hacer caer al agua a Pete.

En seguida puso el motor en marcha y emprendió la huida. Con el motor a toda velocidad, Scally se alejó de la costa, y pronto no fue más que un punto en el horizonte.

—Ya le atraparemos —dijo Cadwallader.

Y desde la misma oficina, telefoneó para dar la alerta a la policía del estado sobre Scally.

Pete y Pam dieron las gracias al hombre por su interés.

—¿Nos lo comunicará usted, cuando la policía del estado le detenga? —preguntó Pete.

Cadwallader prometió hacerlo y aconsejó que los Hollister redoblasen sus precauciones en la isla, por si volvía a presentarse el hombre misterioso.

—Tenemos que irnos ya, porque Sam «El Adormí lado» nos está esperando —dijo Pete.

Pero antes pasaron por la tienda, para comprar tres grandes bocadillos de carne de vaca asada, unos refrescos y unos dulces de

chocolate.

Al llegar al embarcadero, saludaron al capitán Wade que estaba limpiando su transbordador.

—Pronto lo tendremos en funcionamiento —dijo el marino.

Sam «El Adormilado» ya estaba preparado y los niños saltaron a la barca. El buscador de almejas sonrió al ver la apetitosa comida que sus pasajeros habían llevado. Pete y él se turnaron con los remos.

Mientras saboreaban aquella comida «flotante», Pete y Pam hablaron sobre la llamada telefónica de Scally. ¿Qué sería por lo que le pagaban?

Pam opinó que aquello podía ser el fondo de todo el misterio.

—Yo creo que no son gentes de circo las que espían a los Franklin —dijo la niña.

—Seguramente las marcas de los caballos son pistas de algo que no conocemos. Si Scally tenía que buscar algo, seguramente quería hacerlo en secreto. Por eso se empeña en asustar a todos en la isla.

—Usando aquel caballo cornudo, ¿no? —dijo Pam.

—A mí me pareció un caballo aterrador —confesó Pete—. Pero ¿qué puede tener que ver Scally en todo esto?

Los niños preguntaron a Sam si tenía alguna idea de dónde podía estar escondido aquel caballo.

—No. Nunca he puesto la vista en ese animal, ni tengo ninguna gana de verlo. Pero Scally nació aquí, lo mismo que yo, y conoce hasta el último recoveco y rincón de la isla. —Remando con más ahínco, Sam añadió—: Manteneos lejos de Scally. No es buena persona. Podría haceros daño.

Unos minutos más tarde, la barca de «Adormilado» tocaba tierra. Pete y Pam salieron. Cuando corrieron a la posada, vieron a «Negrito» dando tirones de la cuerda que le ataba al porche. El perro ladraba y aullaba sin cesar.

—¿Qué pasa, muchacho? —preguntó Pete, con cariño.

«Negrito» dio unos agudos ladridos y miró hacia la parte posterior de la posada.

Pam pasó una mano en el hocico del animal, y escuchó. No se oía nada. Pete avanzó de puntillas por el lateral del edificio.

De repente se oyó un crujido. Luego, un rumor de pisadas.

Con el corazón latiéndole aceleradamente, Pete corrió hasta la esquina de la casa a tiempo de ver al barbudo que salía, corriendo, por la puerta trasera. Iba cargado con una brazada de latas de conserva.

—¡Deténgase! —gritó Pete.

La voz del chico sorprendió al intruso, que dejó caer varias latas y corrió hacia las dunas.

Pete salió en su persecución, pero tropezó con uno de los botes de conserva y rodó por el suelo. Cayó de lado y recibió tal golpe que, por un momento, quedó atontado.

—¿Estás herido? —preguntó Pam, que corría ya a su lado.

—¡Zambomba! ¡Vaya estrépito! —murmuró el chico, poniéndose en pie—. ¿Adónde ha ido ese hombre?

—No lo sé. Parece que se ha esfumado. A estas horas, ya debe de estar entre las dunas.

—¿De dónde salía? —preguntó Pam.

—De la posada.

—¿Eran nuestras las latas que se llevaba?

—No lo sé —replicó Pete—. Vamos a mirar.

Corrieron a la fachada para desatar a «Negrito». Pam le sujetó por el collar para entrar en la posada. «Negrito» fue olfateando de habitación en habitación, para ir a detenerse ante la gran estufa del fondo de la sala. Pete levantó la tapa y miró dentro. Entre las cenizas había varias latas de conservas.

—Mira —dijo Pete a su hermana—. ¡Judías, melocotones y patatas fritas!



¡Así que era allí donde ocultaba el barbudo sus provisiones! Pam razonó que tal vez el hombre estuvo viviendo en la posada antes de que ellos llegasen. ¡En ese caso, no era extraño que la bomba funcionase tan bien!

—Luego escondería aquí las cosas y habrá vuelto por aquí a buscarlas, cuando no estábamos —añadió Pete.

—Siento un poco de pena por él —dijo la bondadosa Pam—. Le hemos echado de la casa.

—Ese hombre podrá seguir viviendo así unos cuantos días, pero nosotros debemos procurar descubrirle a él, lo mismo que a Scally.

Mientras recogían las latas que el intruso había dejado caer, Pete y Pam hablaron sobre si él y Scally trabajarían juntos.

—¿Crees que son los dos los que quieren echarnos de la isla? —preguntó Pete a su hermana, cuando ambos iban llevando las latas al fogón del exterior.

Al principio, Pam dijo que no lo creía así.

—Si está de acuerdo con Scally, ¿por qué había de arriesgarse a venir aquí a buscar comida?

—Es verdad —concordó Pete—. Scally le llevaría provisiones directamente a la choza donde se esconde.

—Suponiendo que sea el barbudo el que se esconde allí —dijo Pam—; no estamos seguros de que sea él el hombre del impermeable amarillo.

Los dos hermanos se miraron, sorprendidos.

¿Podían considerar al barbudo amigo o enemigo? ¿Había un forastero o dos en la isla?

Cualquiera que fuese la verdad, de lo que Pam estaba segura era de que el barbudo podía tener una importante relación en aquella cadena de pistas.



—Me gustaría saber adónde han ido los demás —comentó la niña, mientras volvían a entrar en la casa.

Como en respuesta a sus palabras encontró, clavada en el umbral, una nota en la que no se habían fijado antes. Decía la nota que Emmy y Sue habían ido a llevar la comida al grupo que vigilaba la choza misteriosa.

—Vayamos allí en seguida —propuso Pam.

Después que Pete hubo atado de nuevo a «Negrito» en el porche, los dos atravesaron las dunas, camino de la choza.

—¡Mira! —señaló Pam—. Ahí están.

El resto de su grupo se encontraba en torno en la vieja cabaña. Pete y Pam corrieron a su lado, y Ricky se apresuró a decirles:

—Todo está igual que antes, menos el saco de dormir, que ha desaparecido.

—Yo también quiero entrar a ver —dijo Pam.

Entró y salió diciendo que también las latas de conservas habían desaparecido.

—Pobre hombre —dijo Emmy, conmisericordia—. Ahora debe dormir a la intemperie y comer mientras huye.

Entonces Pete y Pam hablaron del barbudo a quien habían sorprendido en la posada.

—Puede que sean dos hombres los que acampan por aquí —dijo Holly.

—Tengo la corazonada de que no hay más que uno —dijo Indy—. Y me gustaría saber qué está haciendo en la isla.

Pete y Pam contaron todas las aventuras que habían tenido con Cadwallader y Scally.

—Puede que el barbudo y Scally estén buscando la misma cosa —añadió Pete—. ¡Si pudiéramos detener a uno de los dos y averiguarlo...!

Mientras volvían a la Posada del Langostino, decidieron explorar la isla, en busca del forastero.

—Podemos salir cuando oscurezca y buscar alguna hoguera —sugirió Pete.

Y Ricky añadió:

—Hay que vigilar la cabaña y también la posada.

—Lo haremos todo esta noche —dijo Indy—, pero tendréis que esperar a que yo vuelva de casa de los Franklin.

Pete y Pam se enteraron, entonces, de que, mientras ellos

estuvieron en Cliffport, la señora Franklin había invitado a Sue, Emmy e Indy a que les visitasen aquella noche.

Después de la cena, los niños mayores se ofrecieron a recogerlo todo y limpiarlo, y los demás se marcharon. Cuando empezaba a oscurecer por el oeste, Pete vio que Jane se acercaba corriendo por la playa. Llevaba una linterna sin encender. Cuando llegó, sin aliento, dijo que Bill y ella habían visto a dos hombres corriendo por la playa, en la zona del océano.

—¡Uno podía ser el hombre que estamos buscando! —exclamó Pete—. Vamos a ver.

Entraron a buscar linternas. Luego, llevándose consigo a «Negrito», los Hollister y Jane echaron a andar hacia el otro extremo de la isla. Estaba ya todo muy oscuro, pero pudieron distinguir a Bill y Gary que, al verles, corrieron a recibirles.

—¿Habéis visto a alguien? —preguntó Bill.

—No —respondió Pete.

Bill dijo que ni él ni Jane habían visto los rostros de aquellos hombres.

—Y cuando volvimos a buscar a Gary, los dos habían desaparecido.

Se llegó a la conclusión de que los desconocidos debían de encontrarse entre el campamento de los buscadores de gaviotas y el acantilado.

Pete dijo:

—Jane, ¿por qué Gary, Bill y tú no buscáis por el sur? Los demás iremos hacia el norte.

Todos estuvieron de acuerdo y Jane entregó a Ricky una antorcha de señales.

—Usadla, si necesitáis ayuda. Basta con que la rasques en una roca.

—¿No correréis peligro? —preguntó Gary a los Hollister.

—Estaremos bien con «Negrito» —repuso Pete.

Los grupos se separaron, para inspeccionar el terreno.

«Negrito» se movía describiendo amplios círculos.

—¡Vamos, chico! —apremió Pete.

Media hora más tarde la luz de la luna iluminaba la playa. Cuando «Negrito» dio un sonoro ladrido, Pam corrió a ver qué

sucedía. El animal estaba hurgando tras un peñasco bajo. Entonces la niña escuchó una especie de lamento.



—¡Pete, ven de prisa! —llamó la niña.

Los otros tres acudieron corriendo.

—¡Es un hombre, y está herido! —dijo Pam, señalando un cuerpo, tendido de bruces a la sombra de la roca.

Con mucha delicadeza, Pete volvió al hombre boca arriba y, al momento, contuvo una exclamación. Era el hombre barbudo y estaba inconsciente.

Con manos temblorosas, Ricky rascó en una piedra la bengala de señales que le diera Jane. En seguida ascendieron al cielo nocturno bolas de luminoso color.

No tardaron en oírse gritos y el señor Franklin e Indy corrieron hacia las dunas. Los buscadores de gaviotas acudían también. Entre tanto, Pam había ido a buscar algo de agua entre las manos y la

salpicó en el barbudo rostro del hombre. Los ojos de éste parpadearon. De sus labios brotó otro lamento, mientras Pete e Indy le incorporaban, apoyándole de espaldas en el peñasco.

—¿Quién es usted? —le preguntó Pam.

—Nicklas. Me llamo Nicklas —repuso el hombre, con fuerte acento alemán.

—Seguro que es usted austríaco —adivinó Pam.

—Pero ¿cómo lo sabes? —preguntó el hombre, sorprendido.

Luego volvió a quejarse y levantó la cabeza. Ricky le iluminó con la linterna, lo que reveló un gran bulto en la frente del señor Nicklas. Éste explicó que se había caído, hiriéndose la cabeza en la roca.

—Iba persiguiendo a un hombre llamado Scally. Necesitaba interrogarle.

—¿A Scally? —preguntó Pete, con extrañeza—. ¿Por qué?

—Porque soy detective.

Los demás quedaron atónitos.

—¡Detective! —exclamó Pete—. Nosotros también somos detectives.

—Imaginé que podíais serlo —dijo el señor Nicklas con una seca sonrisa.

Y explicó que había llegado de Austria a Wicket-ee-nock con una misión especial.

—¿Cuál? —preguntó el señor Franklin.

—No puedo decirlo.

—Tendría que decirlo —dijo Pam—. De lo contrario, nunca resolverá el misterio de esta isla.

—Me parece que es usted parte de este jeroglífico —dijo Gary al extranjero.

—Créanme —pidió el barbudo—. Soy detective y estoy buscando algo muy importante.

—¿Por eso quería usted asustarnos y hacer que nos marchásemos de la isla? —preguntó Bill.

—No he querido asustar a nadie —afirmó el señor Nicklas—. Les ruego que me crean.

—Pero ¿qué es lo que busca? Díganoslo, por favor —pidió Pam, y con mucha delicadeza refrescó con agua el bulto de la frente del

hombre.

El hombre suspiró.

—¡Ach! Muy bien. Estoy buscando un escudo de armas que fue robado de Viena.

—¿Un escudo de armas? ¿Tan importante es eso? —preguntó Pete.

—No comprendéis... —El señor Nicklas, haciendo grandes ademanes, dijo—: El escudo de armas está hecho de valiosa pedrería.

LA PUERTA OCULTA



Los Hollister quedaron sorprendidísimos al oír hablar del escudo de armas. Pam preguntó, en seguida:

—¿Es ésta una reproducción de ese escudo?

Y mientras hablaba, sacó de su bolsillo la ilustración en colores, dejando a Nicklas atónito.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó el detective austríaco.

Pam le dijo que lo habían encontrado en la playa.

—Yo lo perdí —dijo el señor Nicklas.

Había traído aquella ilustración de Europa, con objeto de poder identificar el escudo de armas robado. A Ricky se le ocurrió preguntar, entonces, si el detective tenía credenciales.

—¡Naturalmente!

Con la ayuda de Indy y Bill pudo ponerse en pie y sacar el billetero. De allí extrajo una tarjeta de identidad, escrita en alemán, que el señor Franklin supo leer.

—Esto demuestra que es un detective particular, de Viena —dijo el domador de caballos—. Ha hecho usted un largo viaje para resolver este misterio.

—Sí, pero el escudo de armas es muy valioso. Fue robado del

castillo de un príncipe y él es quien me ha contratado para que se lo recobre.

—¿Sabe usted quién lo robó? —preguntó Pam.

—Sí. Max Stein.

—¡Nosotros conocemos ese nombre! —exclamó Pete—. Es el criador de caballos que trajo los «lipizzaners» a América, ¿verdad, señor Franklin?

El domador asintió.

—Hace varios meses vi los «lipizzaner» en el establo del príncipe —explicó—. Mi esposa y yo estábamos haciendo una gira circense por Europa. Al volver, decidimos comprar los caballos. Nos los trajo Stein, quien debía quedarse una semana con nosotros, hasta que los animales se hubieran acostumbrado a su nuevo hogar. Pero se marchó de improviso.

—Sí. El capitán del transbordador me dijo que se marchó pocas horas antes de que yo llegase. Stein sabía que yo estaba tras su pista. Me había visto en Nueva York y se me escapó de las manos.

—¿Tiene ya la policía de este país la descripción de Stein? —preguntó Pete.

A pesar del dolor de su herida, el austríaco sonrió.

—Les cablegrafié tan pronto como se descubrió el robo. No estoy preocupado. La policía aquí es, muy eficiente. Ya le atraparán. Lo que yo tengo que hacer es encontrar el escudo de armas. Debe de estar aquí, en la isla.

—Yo habría pensado que Stein se lo llevaría consigo —comentó Jane, y los buscadores de gaviotas asintieron.

—No. El escudo es demasiado pesado para llevarlo encima. Tiene casi sesenta centímetros de altura. Además, Stein no se arriesgaría a dejarse coger con él. Estoy seguro de que planea volver más tarde.

Mientras el detective decía que el escudo de armas se encontraba en la isla, Pete y Pam cambiaron miradas emocionadas.

—¡Eso debe de ser lo que busca Scally! —explicó a Nicklas, y le aclaró, luego, quién era Scally, lo que estuvo hablando por teléfono y cómo había huido.

El austríaco hizo chasquear dos dedos, exclamando:

—¡Claro! Ya sospechaba yo que ese individuo andaba tras el

tesoro. —Entonces cerró un ojo y sacudió la cabeza, pensativo—. Creo que sé dónde está escondido Scally. —Señaló la costa, en dirección al acantilado—. Probablemente está oculto en una de las cuevas. Yo le perseguía en esa dirección, cuando caí.

—Entonces, vayamos a buscarle —decidió Ricky.

—Es demasiado tarde —opinó el señor Franklin—. La marea ha subido.

—Pero podemos bajar desde lo alto de la escarpadura. Vamos —insistió Ricky.

—Esperad. A lo mejor conviene no detener todavía a Scally —dijo Pete.

Ricky quedó asombrado, pero el detective dijo:

—Ya comprendo tu idea —dijo a Pete—. Puede que a estas horas Scally ya sepa dónde está el tesoro. Tal vez logremos que nos conduzca hasta él.

—Hay marcas en los «lipizzaner» —dijo Holly, muy nerviosa, al detective—. Puede que esas marcas sean pistas sobre el tesoro oculto.

—Pudo ser el señor Nicklas uno de los que entraban en la cuadra, por las noches, para examinarlos —se le ocurrió decir a Indy.

Nicklas quedó sorprendido.

—No. No era yo. Estoy empezando a pensar que vosotros, niños, sabéis más que yo sobre este misterio.

Pete se apresuró a poner al corriente al señor Nicklas de lo relativo a las marcas.

Luego, Pam, que había estado esperando a hacer una pregunta importante, exclamó:

—Señor Nicklas, ¿era usted quien vivía en la vieja choza de las dunas?

—Sí —repuso el hombre.

—Entonces, fue usted la persona que evitó que nuestra motora se estrellase en las rocas, ¿verdad?

—Sí. Intenté ayudarlos. Dejé la nota de advertencia porque temía que Scally os hiciera algún daño.

—¿Y por qué aquel otro día nos hizo señas para que nos fuéramos? —preguntó Pete.

—Pensé que Scally estaba en las cuevas —repuso el detective, y explicó que había intentado investigar por la isla, la noche en que Pete quiso seguirle por el acantilado. Con una sonrisa, Nicklas añadió—: Me hiciste cambiar de planes.

Después de hacer una nueva pregunta, Pete se enteró de que Nicklas no era el hombre a quien Pam había visto deslizándose por la duna, ni ninguno de los dos que estuvieron husmeando en la posada con linternas.

—¡Pobrecillo! —se compadeció Pam—. Me imagino que por nuestra culpa se marchó usted de la posada.

Nicklas sonrió.

—Sí. Tuve suerte de encontrar la choza para vivir.

—Y hasta de allí le echamos. —Mientras hablaba, Pam se dio cuenta de que el hombre dejaba caer los hombros con desaliento, y añadió—: Será mejor que le llevemos a la posada, a descansar.

—Tienes razón —concordó Indy—. Apuesto a que el señor Nicklas necesita, además, una buena comida caliente. Mi hermana se la preparará. Ahora ya estará de regreso en la posada.

—Nosotros iremos a avisar —se ofreció Ricky.

Y, en compañía de Holly, corrió a advertir a Emmy, llevando la linterna encendida para iluminar el camino.

Los buscadores de gaviotas dieron las buenas noches y se dirigieron a su campamento.

Cuando los otros llegaron a la posada, ya la joven india tenía una gran olla de almejas hirviendo en el fuego, y en la sartén chirriaban los huevos con tocino. Le presentaron al austríaco y las niñas se apresuraron a servirle la cena.

Mientras el hambriento extranjero iba dando fin a los alimentos, el señor Franklin le dijo que él y su esposa vigilarían las cuevas y darían el aviso cuando Scally saliera.

—Por cierto, que ese hombre va a estar muy húmedo, puedo asegurarlo —dijo, con una risilla, el domador—. A mi esposa le alegrará saber que este misterio no tiene nada que ver con espías circenses.

Mientras el señor Franklin se alejaba, en la oscuridad, los Hollister empezaron a contar al señor Nicklas todo lo sucedido.

—Vaya, vaya. Veo que sois unos perfectos detectives —dijo el

extranjero. Y se dirigió a Emmy para agregar—: Y usted, señorita, es una excelente cocinera. —Dejando a un lado el plato vacío, suspiró al decir—: Me alegra que, al fin, nos hayamos encontrado.

—¿Por qué huía usted de nosotros? —quiso saber Pete.

—Sally me descubrió espiándole. No me interesaba que él nos viera juntos por miedo a que os perjudicase también a vosotros.

El detective quedó silencioso y los niños vieron en sus ojos una mirada de añoranza.

—Sally no es lo bastante inteligente para idear el caballo fantasma —murmuró—. Debe de ser del hombre para quien trabaja. Pero ¿quién puede ser ese hombre?

—A lo mejor Stein es el jefe de ese Sally —dijo Holly.

—No —opinó Pete.

Y señaló que Sally había estado buscando aquel tesoro desde hacía unas dos semanas. Si Stein le hubiera ordenado buscarlo, habría dicho al hombre del alquiler de las barcas dónde lo tenía escondido.

El detective se inclinó hacia ellos, con los ojos resplandecientes a la luz del fuego.

—Amigos míos, debemos tener un poco de cuidado. Me temo que el jefe es un hombre peligroso, y no sabemos quién es.

—Buenas noches —dijo Holly, adormilada, y fue a meterse en la cama de Sue, para que se pudieran llevar a otra parte su catre, que utilizaría el detective.

Por la mañana, a la hora del desayuno, Sue fue presentada al visitante de Viena.

—¡Nikky! ¡Qué nombre tan bonito! —exclamó la pequeña, mientras el detective le estrechaba la mano.

—Señor Nicklas —rectificó, amablemente Emmy—. Debes ser respetuosa.

—No tiene importancia —dijo el detective, acariciando el cabello de Sue—. En mi tierra, los amigos me llaman Nikky. Me gustaría que todos, aquí, me llamasen de ese modo.

Los niños aplaudieron, entusiasmados. De repente, Pam exclamó:

—¡Casi lo había olvidado! —Y entró, corriendo, para volver con un sombrero impermeable, amarillo—. Gracias por advertirnos,

Nikky —dijo, devolviéndolo a su dueño.

Cuando estaban concluyendo el desayuno, salió el señor Franklin y se sentó, con aspecto fatigado, en las escaleras del porche.

—Sally nos ha dado esquinazo. Mi esposa y yo nos hemos turnado, vigilando las cuevas, pero no le hemos visto salir. Por fin, al amanecer, he entrado a mirar. Sally se ha ido.

—Puede que, en realidad, no se escondiera allí —murmuró Pete.

—O que conozca una salida secreta para escabullirse —adujo Pam.

El señor Franklin pensó que podía tratarse de eso. Según dijo, la escarpadura tenía tantas entradas y orificios como una colmena.

El detective se levantó, muy animado, diciendo que irían en seguida a investigar entre las rocas.

—Buscaremos a Sally y el tesoro al mismo tiempo.

El domador de caballos tenía cosas que hacer y se marchó a casa. Todos los demás, menos Sue y Emmy, se dirigieron al acantilado. Incluso «Negrito» iba ladrando, emocionado, mientras atravesaban las dunas, camino del borde del océano.

A distancia vieron a los buscadores de gaviotas, pero sólo les saludaron con la mano y siguieron su camino.

Había bajado la marea y todos pudieron subir sin dificultad al repecho rocoso que quedaba delante de las cuevas.

Indy, las niñas y «Negrito» entraron en una de las cuevas, y los demás penetraron en la otra. Nikky y los chicos se encontraron en una gran cavidad, sombría, con lisas paredes de roca. Tras una búsqueda minuciosa se tuvo la seguridad de que no habían resquicios ni agujeros por donde escapar.



Fuera encontraron a los exploradores, esperando.

—Adivino que no habéis tenido suerte tampoco —dijo Pam, viendo las caras de los chicos.

Durante varias horas, siguieron trepando y buscando alguna grieta o salida disimulada.

De pronto escucharon unas vocecillas lejanas.

—¡Hola!...

Levantando la cabeza, vieron a Emmy y Sue que les saludaban desde lo alto del acantilado.

Un momento después se oía gritar a Holly:

—¡Mirad! —la niña señalaba un saliente de la roca, al pie del acantilado—. ¡Una barca de remos!

—La conozco —dijo el detective—. Es mía. Yo la escondí allí.

Holly quedó desencantada y todos continuaron la búsqueda. Al mediodía ya estaban a punto de renunciar a aquel trabajo, cuando «Negrito», que trepaba directamente delante de Pam, se introdujo

por un agujero y desapareció.

—¡«Negrito», vuelve! —llamó Pam.

Acercando el oído a la abertura, oyó ladrar al perro. El sonido produjo repetidos ecos.

—¡Venid aquí todos! —llamó Pam—. «Negrito» ha encontrado un trecho hueco.

Ricky se arrastró por el agujero, y desapareció dentro. Unos minutos después asomaba la pecosa carita, anunciando:

—¡Hay una escalera que lleva arriba!

Por casualidad Ricky, se golpeó la cabeza con la roca que había sobre él. Y, entonces..., ¡la roca basculó, dejando una abertura lo bastante grande para pasar por ella!

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡Una roca giratoria! ¡A eso se llama usar la cabeza, Ricky!

Indy pensaba que podía haber sido trabajo de piratas, de muchos años atrás.

Sin hacer más cábalas sobre la entrada secreta, los Hollister abrieron la marcha, seguidos por Indy y Nikky. Una luz mortecina se filtraba por un agujero, en lo alto de la roca. Un pájaro entró y volvió a salir por aquel hueco, cuando «Negrito» volvió a ladrar, Pam le cubrió el hocico con una mano y todos ascendieron por los desiguales peldaños de piedra.

Al final de las escaleras, Pete se encontró con una puerta de madera. Como no cedía ni para atrás ni para delante, probó a hacerla correr. La puerta se deslizó, silenciosamente, hacia la derecha y los investigadores se encontraron ante uno de los pesebres de los caballos.



Amos Franklin, que se encontraba en el centro de la pista, con los «lipizzaner», quedó atónito. Sus labios se movieron, pero no pudo pronunciar una palabra. Por fin se acercó a los recién aparecidos detectives y todos entraron.

—¡No puedo creerlo! —musitó el domador, roncamente—. ¿Cómo han llegado aquí?

Pam explicó qué había sucedido. El señor Franklin quedó tan sorprendido que, por un momento, no pudo hacer otra cosa más que mover la cabeza. Mientras el hombre miraba, Pete deslizó la puerta y la cerró. Entonces, a un lado del pesebre, encontró una especie de pequeño pestillo que pudo oprimir con los dedos para abrir de nuevo el panel.

—Así fue como se las arregló el intruso —dijo Indy.

—Pero antes dio un portazo en el otro lado para que creyésemos que había salido por el camino normal —añadió Ricky.

Nikky se arrodilló entonces para examinar las marcas de «Franz» y «Josef». Por fin se puso en pie, comentando:

—¿Pero qué podrá significar esto? El cuarto creciente y la estrella... ¿Tendrá eso algo que ver con el escudo turco?

—Una cosa es segura —dijo Indy—. Si Scally sabe dónde se encuentra el tesoro, actuará rápidamente.

Pete estaba de acuerdo con el indio.

—Lo mismo creo. Debemos procurar dar con su pista, sin que él se entere.

—Os ruego que tengáis mucho cuidado —dijo el señor Franklin.

—Lo tendremos —prometió Pam.

Y añadió que debían salir por donde habían entrado, para que nadie supiera que habían descubierto el camino secreto.

Los investigadores salieron por la parte posterior del establo, cerraron la puerta y descendieron las escaleras, seguidos por «Negrito». Se detuvieron en la abertura por donde habían entrado, parpadeando a la fuerte luz del sol.

Mientras Pete cerraba la puerta, Pam dijo:

—Apostaría algo a que Scally estuvo escondido aquí anoche. Por eso los Franklin no le han visto salir de las cuevas.

Mientras descendían por las rocas, Pete iba pensando en la posibilidad de que el caballo fantasma estuviera oculto en aquella cámara de la roca.

—Habría sido demasiado difícil para ese animal trepar por las rocas hasta allí —dijo, uniéndose a los demás en la playa.

Aquella tarde, los Hollister y Nikky se dividieron en cuatro grupos, para inspeccionar la isla, de punta a cabo. Pero llegó la hora de la cena sin que hubieran encontrado la menor huella de Scally, o del caballo fantasma, de los símbolos turcos, ni de cualquier otra cosa que hubiera podido tener relación con las marcas de los «lipizzaner».

Cuando oscureció, Indy se disponía a sofocar la hoguera, cuando Holly suplicó a Emmy que les contase una historia, antes de acostarse.

—Una vez había una muchacha india, en las montañas de Nuevo Méjico —empezó Emmy—. La joven tenía un lindo collar de caracolas. Una noche oscura, sin luna...

Emmy quedó silenciosa, mientras tanto, ella como los demás escucharon el veloz estrépito de cascos de caballo en la playa.

—¡El caballo fantasma! —gritó Sue, echándose, aterrada, en brazos de Emmy.

—Puede ser uno de los «lipizzaner» —opinó Pete.

—Entonces, hay que perseguirlo —dijo Pam, echando a correr hacia la orilla.

—¡Espera! ¡No vayas! —gritó Pete, saliendo tras su hermana.

Y en persecución de los mayores salieron todos los demás.

—¡Es el caballo fantasma! —chilló Pam, mientras el animal pasaba ante el atónito grupo.

A lomos del pequeño corcel iba un jinete, con un capote negro con el que se cubría la cara.



Pete e Indy se dispusieron a saltar sobre el jinete. Pero «Negrito» les ahorró la molestia.

El animoso perro echó a correr frente al caballo, ladrando furiosamente. El caballo retrocedió, relinchando.

Y el jinete, al sufrir una inesperada sacudida, cayó de espaldas

en la arena.

—¡Hay que atraparlo! ¡Hay que detenerle! —gritó Pete.

Todos se precipitaron a la carrera hacia la figura forcejeante envuelta en la capa negra.

«EL BRUJO»



El caballero, desprovisto de caballo, rodó y rodó sobre sí mismo por la arena. Luego, al ponerse en pie, corrió en la oscuridad, antes de que nadie hubiera podido ponerle una mano encima.

—¡Es resbaladizo como una anguila! —comento Indy.

—¡Mirad! ¡He cazado al caballo! —anunció Ricky.

El caballito permaneció quieto, mansamente, mientras Ricky sujetaba la cuerda que pendía de él. El largo cuerno se había deslizado de su cabeza y le pendía del pescuezo, como un gran cucurucho de helado.

—Ya sabíamos nosotros que no podía ser un cuerno de verdad —dijo Pam, examinándolo—. Está hecho de cartón piedra.

—¡Zambomba! ¿Qué es esto? —preguntó Pete mientras conducía el caballo a la Posada del Langostino.

Allí la luz del fuego iluminó la cuerda que hacía las veces de riendas para el animal. ¡Tenía pintado de rojo uno de sus extremos!

—¡Es la cuerda que se nos llevó Scally! Ahora podemos demostrar que está mezclado en el misterio —se entusiasmó Pam.

—¡Qué bribón! —se lamentó Emmy.

—Quisiera poder ponerle las manos encima —masculló Indy—.

Decididamente, es un agitador. Eres un gran chico, amigo —concluyó, tomando en brazos a su perro para acariciarlo.

—También «Negrito» es un detective —dijo Holly—. Él ha descubierto el pasaje secreto.

El perro, muy orgulloso, se encaminó al fuego y los demás le siguieron.

Pete se ocupó de atar al caballo en el porche de la posada y luego se sentó junto a «Negrito». Mientras acariciaba al animal entre las orejas, Pete sonrió:

—Me alegra que el caballo fantasma se haya presentado esta noche —comentó—. Ahora sabemos que Scally y su jefe no han encontrado el tesoro. De lo contrario, no seguirían intentando asustarnos.

—Pero ¿dónde puede estar ese escudo de armas? —preguntó Pam—. A ver... ¡A pensar todo el mundo!

Mientras la luna daba sombras a sus rostros, sumidos en reflexión, los niños fueron expresando opiniones y más opiniones. Pero ninguna encajaba bien con las marcas encontradas en los caballos.

—Si, al menos, supiéramos para qué están las marcas —dijo Pete—. El cuarto creciente junto a esa estrella turca...

—La luna —murmuró Holly.

Ricky, burlón, se apresuró a decir:

—El tesoro no está en la luna.

De repente Sue se puso en pie.

—Escuchadme a mí —gritó con vocecilla estridente.

Hasta entonces, la voz de la pequeña había quedado apagada por las palabras de sus hermanos. Ahora, Emmy intervino, diciendo:

—Sí. Escuchemos a Sue.

La pequeñita suspiró, bostezó y se frotó los ojos, cargados de sueño. Luego se abrazó a Emmy y la miró a la cara.

—Anda, querida. ¿Qué ibas a decirnos? —preguntó Emmy.

—La isla Nick-nack es como la luna.

—¡Canastos! —dijo Ricky, en voz baja—. Sue debe de estar ya durmiendo.

—¡Señor! —exclamó Emmy—. La niña tiene razón. Apenas me había fijado, entretenida en observaros a vosotros.

—A ver si tenemos calma —terció Indy—. ¿A qué te refieres?

—No estoy «dormiendo» —protestó la pequeña.

Sue volvió a bostezar y apoyó la cabecita en Emmy.

—Esta isla tiene forma de luna, ¿verdad, Emmy?

—Esta mañana, cuando Sue y yo estuvimos en lo alto del acantilado, la marea se encontraba completamente baja. Entonces pudimos ver los dos extremos de la isla, que suelen estar cubiertos por el agua. Se proyectan curvados, en el océano, igual que los extremos del cuarto creciente.

Mientras Emmy acunaba en sus brazos a la adormilada Sue, a Pam se le iluminó el rostro de alegría.

—¡Sue ha resuelto el misterio de la marca del cuarto creciente! —exclamó.

—Y la estrella puede indicar la situación del tesoro —opinó Pete—. A mitad de camino, entre los extremos, curvados, de la isla.

—¡Podría ser en el acantilado! —añadió Holly.

Todo el mundo estaba emocionadísimo, menos Sue, que apoyaba su carita angelical, con los ojos cerrados, en el hombro de Emmy.

—Ahora lo entiendo —dijo Nikky, llevándose un dedo a la frente—. La otra marca que mencionasteis como una pirámide podría ser una boya o un viejo faro...

—Pero no hay ninguno —objetó Ricky.

En aquel momento, «Negrito» dio un aullido y olfateó a su alrededor.

—Debemos hablar más bajo —advirtió Indy.

Y Holly concordó con estas palabras:

—Sí, porque esa anguila de Scally puede estar escuchando.

—Bien. ¿Cuál es el siguiente paso a dar, jóvenes detectives? —preguntó Indy.

—El primero de todos, meternos en la cama —opinó Emmy, que se levantó para ir a acostar a Sue.

—Y la segunda cosa, localizar ese tesoro —dijo Pam, marchando detrás de Emmy.

Cuando todos estuvieron dentro, Pete y los dos hombres decidieron que convenía hacer guardia, durante la noche, por si a Scally se le ocurría ir a buscar el caballo.

—Yo haré la primera guardia —se ofreció el muchachito.

Después le tocaría el turno a Indy y luego a Nikky.

Sentado en el porche de la Posada del Langostino, Pete miraba y escuchaba, atentamente. Estaba demasiado emocionado para dormirse, pero cuando Indy fue a relevarle y él se metió en su cama, quedó dormido muy pronto.

A la mañana siguiente le despertaron las risas de sus hermanos. El muchachito se vistió a toda prisa y salió a la luz del sol. Un joven de simpática sonrisa se encontraba rodeado por los niños.

—Adivina quién es —gritó Ricky, en tono de reto.

De repente Pete comprendió y sonrió, ampliamente.

—¡Pero, Nikky! ¿Qué ha pasado con su barba?



—Sue se ha empeñado en que me afeite —repuso el austríaco—. Dice que mi barba le picaba cuando me daba un abrazo.

Con el rabillo del ojo Pete vio que Emmy miraba, admirativa, al

recién afeitado Nikky.

—¡Qué joven está usted!

—No vuelva a dejarse crecer la barba —pidió Pam.

—Puede que siga tu consejo —replicó Nikky, frotándose el mentón.

—Bueno. ¿Quién está preparado para el desayuno? —preguntó Emmy, alegremente.

Al acabar el desayuno, Holly corrió a la playa, para saludar a Sam «El Adormilado», que llegaba a buscar almejas.

—¡Adivine lo que ha pasado! ¡Adivínelo! —gritó la niña, dando alegres saltos en la arena.

Cargado con un cubo en una mano y una pala en la otra, Sam siguió a la entusiasmada Holly a la Posada del Langostino. Allí le explicaron todo lo ocurrido la pasada noche.

—¿Sabe usted quién es el dueño de este caballo? —preguntó Indy a Sam.

El buscador de almejas miró de cerca al animal, con sus párpados entornados. Sobre todo se fijó en las patas delanteras y posteriores del flaco animal.

—Usted sabe de quién es —afirmó Pam.

—Claro que sí. «Thelma» me pertenece.

—¿Es suyo este caballo? —preguntó Ricky, arrugando la nariz.

—Sí. Alguien se la llevó, hace cosa de un mes. ¿Dónde has estado «Thelma», pobrecilla?

Mientras «Adormilado» frotaba el hocico de su desaparecido animal, Nikky sonrió, impresionado por aquellas muestras de afecto.

El buscador de almejas desató a «Thelma» y la condujo a un trecho con altas hierbas, en un extremo de las dunas.

—Come, come. Yo te buscaré agua.

—¡Canastos! Ahora ya sabemos cómo llegó este caballo a la isla.

—Antes que nada debemos buscar el tesoro —recordó Pete.

Cuando estuvieron preparados para salir, Pete llamó al buscador de almejas, que estaba ayudando a «Thelma» a beber, en un cubo.

—Sam, ¿ha habido alguna vez una boya o un faro en el exterior de Wicket-ee-nock que da al océano abierto?

—No... Sólo una pequeña señal luminosa.

—¿La había? —exclamó Pete—. ¿Qué aspecto tenía?

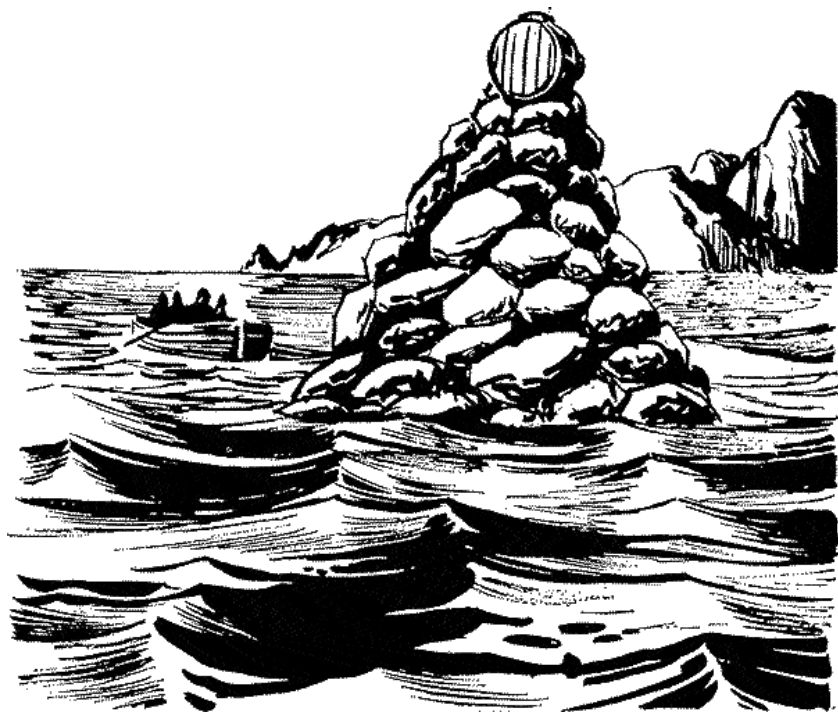
—Éste —contestó Sam, dejando el cubo para unir sus manos en forma de pirámide.

Los demás se arremolinaron a su alrededor para escuchar.

—Ahora todo empieza a parecer lógico —dijo Pam—. Y tú, Sue, has sido quien ha encontrado la solución.

Pam abrazó a su hermanita, mientras el buscador de almejas seguía hablándoles de la vieja señal luminosa. Se trataba de una pirámide hueca, hecha con rocas, con una luz circular en lo alto, para advertir a los buques de la presencia de bajíos y bancos de arena.

—Pero un huracán lo derribó —explicó «Adormilado»—. Todavía se pueden ver los restos, cuando la marea baja. Sobresale del agua.



—¡Oh! ¿Y cuánto tendremos que esperar a que baje la marea, Sam? —preguntó Holly.

—Unas dos horas.

—¡Zambomba! Apuesto algo a que el tesoro está escondido en la

base de esas rocas.

Ricky estaba rojo de emoción.

—¡Canastos! Dos horas más y ya lo tendremos —comentó.

Pero por la mente de Pam cruzó un pensamiento, sombrío como una tormenta.

«¿Y si Scally también conocía la existencia del viejo faro? ¿Y si les estuvo escuchando la pasada noche?».

Cuando mencionó sus inquietudes, Nikky se puso serio.

—Creo que lo mejor será buscar a ese hombre inmediatamente —dijo—. No nos interesa tener complicaciones con él cuando vayamos a localizar el tesoro.

De nuevo los buscadores se dividieron en equipos. El extremo inferior de la isla le correspondió a Pam, Holly y Emmy. La joven india iría, primero, a dejar a Sue y a «Negrito» con la señora Franklin, y después se reuniría con las niñas. La sección central, incluido el acantilado rocoso, quedó a cargo de los dos hombres.

—Si veis a Scally —dijo Indy a los niños—, enviad a un miembro del grupo a buscarnos. Los demás le vigiláis, escondidos.

—Ricky y yo buscaremos por la parte norte de la isla —dijo Pete.

—Si está en Wicket-ee-nock, le encontraremos —afirmó el pelirrojo.

Pete y él se alejaron, corriendo, por la playa. Al pasar por la casa de los Franklin, Pete se preguntó qué nuevos números estarían ensayando los domadores, aquel día. Pero olvidó por completo a los «lipizzaner» cuando llegaron al trecho de playa situado entre rocas, en el extremo de la isla.

De pronto Ricky se detuvo, señalando al frente.

—¿Qué es aquello, Pete? ¿No ves algo allí?

Pete se protegió los ojos con la mano para mirar el suelo bañado de abrasante sol.

—Hay algo oscuro en la orilla.

—Y me ha parecido ver a alguien corriendo desde la playa a las dunas.

Sin más explicaciones, los dos chicos corrieron en aquella dirección.

—¡Zambomba! —gritó Pete, al aproximarse—. ¡Es una barca!

Mientras los dos chicos corrían por la orilla del agua, la barca fue apareciéndoseles más y más grande, hasta que Pete se detuvo en seco. Las negras letras de la proa resultaban ahora bien visibles sobre la pintura blanca: «El Brujo».

—¿A qué esperamos? —dijo Ricky, tirando con impaciencia del brazo de su hermano.

—Calma —aconsejó el mayor de los Hollister—. Suponte que Scally está ahí y nos pilla. ¿Cómo avisamos a los otros? Tenemos que ser muy sigilosos.

—¡Canastos! No había pensado en eso.

Agazapándose, los dos hermanos corrieron playa adelante. Como la marea iba bajando, la embarcación se encontraba mitad en tierra, mitad en el agua.

Pete dio un salto, se agarró a la borda y bajó a cubierta. Luego se inclinó para ayudar a saltar a Ricky. Los dos hermanos se quedaron muy quietos, escuchando. No se oía nada en absoluto.

Pete avanzó un paso para ir a mirar por la abierta compuerta de popa. El fondo estaba cubierto de paja y en un rincón se veía un saco de los que se utilizan para dar de comer a los caballos.

Un frío cosquilleo recorrió la espina dorsal de Pete. *Aquél era el lugar en donde había estado escondido el caballo fantasma.*

Ricky tragó saliva y, mirando a Pete, murmuró:

—La pobre «Thelma» tenía que hacer un viaje en barca, cada vez que Scally intentaba asustarnos.

—Y me imagino que el caballo estaba escondido aquí el día en que vimos a Scally y «El Brujo», en el banco de arena —repuso Pete, sin levantar la voz.

A la sola mención de Scally, Ricky se estremeció.

—¿Crees que ahora está aquí? —murmuró.

Pete se llevó un dedo a los labios.

—Pronto lo sabremos.

Avanzando de puntillas, los dos hermanos buscaron por todos los rincones de la embarcación. No había nadie a bordo. Hasta el pequeño camarote estaba vacío.

Ricky se enjugó el sudor de la frente con la palma de la mano.

—¡Uff! Ahora me siento mejor.

—Pero tenemos que darnos prisa, y volver en seguida con los

demás.

Los chicos salieron de la cabina, y estaban a medio camino de cubierta cuando un ruido ronco sonó tras ellos.

Una voz preguntó:

—¿Estás ahí, Scally?

¡Pete y Ricky quedaron como congelados por el susto!

UNA CAPTURA INESPERADA



—Scally, ¿dónde estás? ¿No me oyes? ¡Responde en seguida!

A aquellas palabras no hubo otra respuesta que el silencio.

No sabiendo qué hacer, Pete giró sobre sus talones. El camarote estaba vacío, pero las palabras seguían resonando por el aparato receptor-transmisor de radio.

—Scally, no logro oírte, pero toma este mensaje —dijo la voz—: Doble revisión a la hora cero. Estaré allí. Tenemos que apresurarnos. Los Hollister están demasiado entusiasmados. Cambio y fuera.

—¡Canastos! ¿Qué hacemos ahora? —preguntó el pecoso.

—Lo que habíamos pensado. Ir corriendo a dar la noticia. Seguro que era Scally la persona a quien has visto salir, corriendo, de la embarcación. Ha debido de vemos llegar.

—Pero ¿dónde estará ahora? —murmuró Ricky, mirando, inquieto, hacia las dunas.

—Apostaría algo a que va camino de la vieja señal luminosa. ¡Vamos! ¡De prisa!

—Espera. ¿Y si vuelve? Uno de nosotros debe quedarse y vigilar aquí, como ha dicho Indy.

—Se está haciendo tarde —dijo el hermano mayor—. No volverá. ¡Vamos!

Los chicos treparon por la borda y saltaron a la arena, para echar a correr, playa adelante, con toda la velocidad posible.

—¡Espera! ¡Espera! —gritó Ricky.

Pete se detuvo para permitir que el pequeño le alcanzase y recobrara el aliento.

—Pete, ¿tú crees que ésa era la voz del jefe?

Al reanudar de nuevo la carrera, Pete replicó:

—Sí. Sonaba igual que la voz que Pam y yo oímos, hablando a Scally por teléfono.

Mientras apretaba el paso, Pete se preguntó quién podía ser aquel hombre.

Los dos chicos siguieron corriendo por la orilla, hacia el pie del alcantarillado.

Cuando llegaron allí, la marea había bajado lo suficiente para que les fuera posible bordear los peñascos, pasando por la arena húmeda.

—¡Indy! ¡Nikky! —gritaron, al ver a lo lejos, en la playa, a los dos hombres.

Los dos hombres se detuvieron. Pete y Ricky llegaron a su lado para explicar, apresuradamente, lo que habían averiguado.

—Yo iré a decírselo a los demás —se ofreció Indy, marchándose a toda prisa.

Nikky y los chicos, con expresiones inquietas, contemplaron las aguas, que iban retrocediendo.

—Scally debe de estar escondido por aquí, en alguna parte... —dijo Pete.

Los tres buscaron entre las dunas, a ambos lados del acantilado y entre las rocas de delante, pero no vieron la menor huella de su rival en la búsqueda del tesoro.

—Puede que se haya cubierto con arena —apuntó Ricky—. Mirad. Ahí vienen los otros.

Pocos minutos más tarde, todos los ocupantes de la isla, menos los Franklin y Sue, estaban al pie del acantilado, contemplando con ansiedad la marea, que se alejaba.

—Daría algo por saber exactamente, dónde estuvo la señal

luminosa —dijo Nikky, mirando la extensión arenosa que iba quedando delante del acantilado—. Cada minuto que pasa, cuenta.

—Me gustaría saber si Scally ya lo ha visto —comentó Ricky.

—Por desgracia, creo que sí —contestó Pete, añadiendo que aquel rufián conocía la isla desde niño.

Pam, muy tensa, seguía con la vista fija en las aguas. Con cada ida y venida de las olas creía ver surgir la base del indicador luminoso.

Holly se subió a una de las rocas y miró a la lejanía del océano.

—Por allí veo una barca que viene hacia acá.

Una pequeña motora avanzaba lentamente, levantando espuma a su alrededor. El hombre que llevaba el timón iba tan inclinado que sólo la parte superior de su cabeza resultaba visible.

De pronto, de manera inesperada, un montículo arenoso de la zona norte de la playa, quedó abierto. ¡De allí salió Scally! Scally, que echó a correr entre las olas hacia la motora.

—¡Va hacia la señal luminosa! —gritó Pete.

Todos corrieron en persecución de Scally. Pero éste ya se había adentrado mucho en el agua. Mientras con sus largas piernas devoraba la distancia, iba gritando:

—¡Más cerca! ¡Más cerca!

El hombre de la motora le obedeció.

—Va a darse un buen golpe, si no tiene cuidado —opinó Pam.

De repente, Pete, viendo a Scally buscar dentro del agua, dio un gruñido.

«Tenían el lugar señalado ya», pensó el muchachito.

Scally movía el brazo. Por fin dio la impresión de que agarraba algo y, un momento después, sacaba un paquete envuelto en tela impermeable.

—¡Quieto! ¡Deténgase! ¡Hay que atraparlo! —gritaron, a un tiempo, todos los niños, mientras Scally chapoteaba hacia la motora.

Nikky e Indy se precipitaron en dirección al fugitivo.

Pero Scally fue lo bastante rápido para arrojar el paquete a la barca. Rugió el motor levantando espuma de nuevo, de manera que las aguas verdosas se tornaron blancas como el helado.

Mientras la embarcación iba ganando velocidad, Pete y Bill

lograron agarrarse a la borda. Sujetos con fuerza, dieron tirones y... ¡lograron volcar la motora! Pete miró al hombre que caía al agua.

Casi no podía creer lo que estaba viendo.

¡Era el «Hombre de las Nieves»!

Mientras Bill y Gary se ocupaban de sujetar al chapoteante vendedor de helados, Pete agarró el paquete envuelto en tela impermeable.

Los cautivos fueron conducidos a tierra, chorreando, en tanto que Emmy y Jane, con el resto de los niños, se ocupaban de arrastrar la motora a tierra. Una vez allí, los jóvenes detectives miraron a sus estremecidos prisioneros.

—Conque era usted quien estaba detrás de todo esto —dijo Pete, acusador, al hombre de los helados.

La faz carnosa del vendedor ambulante estaba muy encarnada y sus ojos despedían chispas de cólera.

—No. Es Scally.

—¡Está mintiendo! —gritó el otro—. ¡Yo trabajaba para él!



Todos observaron, conteniendo el aliento, mientras Nikky abría el paquete de envoltura impermeable y... ¡quedaba al descubierto el escudo de armas! Las cabezas de caballo estaban formadas por refulgentes diamantes, y el resto de la antigua pieza se veía cubierta por laminillas de oro y espléndidos rubíes.

—¡Canastos! ¡Lo menos vale un millón! —calculó Ricky, dándoselas de muy entendido.

—Y sería mío, de no haber intervenido vosotros, los Hollister —rezongó el «Hombre de las Nieves».

—Ahórrese las explicaciones —le dijo Indy—. ¡Vamos a ponerle en manos de Cadwallader Clegg!

Los ojos de Scally se movían de un lado a otro, como buscando

una oportunidad de escapar. Pero, entre Indy y Gary le sostenían con fuerza.

Estaban en mitad de isla cuando les sorprendió ver aproximarse a un grupo de hombres.

—¡Soldados! —gritó Ricky.

—¡Y vienen con Cadwallader Clegg y Sam «El Adormilado»! —observó Pam.

—¡Caramba! ¡Os habéis adelantado a nosotros! —dijo Cadwallader, aproximándose. Y se dirigió a Scally, advirtiéndolo: ¡Esta vez traemos esposas!

Los soldados esposaron a los prisioneros. Luego se dirigieron al embarcadero, donde aguardaba el transbordador del capitán Wade.

—Ricky, ve a buscar a Sue y a los Franklin. ¡Nosotros nos vamos también!

Quince minutos más tarde, «La Sirena» se encaminaba a Cliffport, con todo el mundo reunido en la proa. Los abrumados prisioneros iban sentados en un banco, entre dos soldados. «Negrito» no cesaba de ladrarles y los niños les hacían infinidad de preguntas.

—Ahora, todos callados —vociferó Cadwallader Clegg—. ¡Vamos a conseguir ciertas respuestas!

—Primero, díganos usted cómo supo dónde estaba Scally —pidió Indy.

—La policía interceptó los mensajes que él y el heladero se enviaban, por su radio transmisor-receptor —replicó Cadwallader.

—Encontramos la radio del «Hombre de las Nieves» en el fondo del carrito de los helados —añadió un policía.

—Nosotros pensábamos que era un señor «güeno» —murmuró Sue, mirando compadecida al hombre de los helados.

El detenido bajó la vista a cubierta.

—Oigan —intervino Scally—, si me tratan debidamente, hablaré.

Al oír aquello, el «Hombre de las Nieves» levantó la cabeza.

—Yo lo contaré todo —afirmó—. No quiero que me condenen más que por lo mío.

Entonces empezaron a ponerse en claro los hechos. El «Hombre de las Nieves», cuyo verdadero nombre era Tink Luden, era un

pequeño delincuente de una gran ciudad. Era, además, primo de Stein.

Cuando el mozo de cuadras austríaco se dio cuenta de que Nikky le seguía la pista en Nueva York, comprendió que debía esconder el escudo de armas y desaparecer.

Decidió que, para eso, el lugar más seguro sería la isla. Llamó a Tink y le dijo que, una vez que encontrase lugar para esconder el tesoro, dejaría las indicaciones marcadas en los caballos.

El señor Franklin quedó atónito.

—¿Y por qué no recurrió a una nota, escondida, o a dar la información por carta?

—Max temía escribir claramente sobre el tesoro —replicó Tink—, por si la carta iba a parar a otras manos. Max estaba muy nervioso, por entonces.

Al parecer, Stein había marchado a otra gran ciudad, donde Tink se encontraría con él, llevando el tesoro. A continuación, el vendedor de helados dio la dirección de su primo y uno de los policías se apresuró a anotarla.

Nikky sonrió, al decir:

—Ahora, a Stein se le pasarán los nervios en la cárcel.

—Pero usted no tenía intención de entregar ese escudo de armas a su primo, ¿verdad? —preguntó Pete.

—Claro que no —Tink explicó que había recurrido a vender helados, para no despertar sospechas—. Contraté a Scally para que me ayudase, porque él conoce bien la isla.

—Pero había demasiada gente por todas partes. Por eso a Tink se le ocurrió la idea del caballo fantasma, para asustar a los visitantes —añadió Scally.

—Y entonces fue cuando robaron a mi pobre «Thelma» —protestó Sam «El Adormilado», sacudiendo su apretado puño ante los prisioneros.

—Scally se apoderó del caballo y era él quien lo montaba —informó el «Hombre de las Nieves», y añadió que «El Brujo», con «Thelma» a bordo, solía estar escondido en una caleta de Cliffport.

Scally miró con ojos fulminadores a los niños y «Negrito» dio un gruñido amenazador, mirando al prisionero. Mientras sujetaba al perro por el collar, Pam dijo:

—Supongo que eran ustedes dos los que registraron la posada.

—Desde luego —admitió el «Hombre de las Nieves»—. Tenía que averiguar vuestro nombre, antes de enviaros el telegrama. Scally estuvo vigilándoos la primera noche, pero no descubrió nada. La única cosa que hizo bien fue destrozar las jaulas.

—Le vimos a usted deslizándose por la duna, pero ¿adónde fue? —preguntó Pam—. Todo lo que encontramos fueron pisadas que llevaban al océano.

—Tink me estaba esperando, en la orilla —explicó Scally.

—Le dije que llevase a pasear al caballo fantasma, también por las aguas —dijo el jefe—. Todo tenía que pensarlo yo.

El compañero de Tink apretó los ojos, colérico.

—¡Yo te mostré las escaleras secretas! Y si tan inteligente eres, ¿por qué no comprendiste lo que querían decir las marcas de los caballos? ¡Nunca habrías llegado a saber lo que querían decir, de no haber oído lo que hablaban los Hollister!

Por un momento, todos quedaron en silencio, mirando a los desgraciados detenidos.

—¿Alguna pregunta más? —preguntó Cadwallader.

—¡Sí! —gritó un vozarrón, desde el timón. Era el capitán Wade que quería saber—: ¿Quién de esos dos fue el sinvergüenza que rompió mi transbordador?

—Scally —contestó el «Hombre de las Nieves»—. Yo le dije que lo inutilizase, para que nadie pudiese llegar a la isla, pero no creí que esta vieja bañera se hundiese.

—Ésa fue una gran equivocación, puesto que ha retenido a los Hollister en la isla Wicket-ee-nock —comentó Cadwallader, conteniendo la risa.

Ya «La Sirena» estaba cerca de Cliffport y los pasajeros pudieron ver tres coches policiales y un grupo de ciudadanos esperando, en el desembarcadero.

El capitán Wade se puso en pie, hizo sonar dos veces la sirena, y la proa de su embarcación rozó el embarcadero.

—Os veré esta noche, en la isla —prometió Nikky a los Hollister, antes de marchar con la policía y los prisioneros.

Momentos más tarde se alejaban los coches, con gran estrépito de motores.

Entonces, los visitantes y Sam «El Adormilado» volvieron a Wicket-ee-nock en el transbordador.

—Es tanto lo que les debemos... —dijo el señor Franklin a los niños, a Emmy y su hermano cuando llegaron a la isla—. Ahora podremos trabajar en paz con nuestros caballos.

—También nosotros podremos acabar nuestro trabajo —dijo Bill.



Entonces habló «Adormilado»:

—Hay algo que he olvidado decirles. —Sam se puso muy erguido y echó su sombrero hacia atrás al añadir—: Cadwallader Clegg me ha puesto al frente de una gigantesca almejada que se celebrará esta noche ante la vieja Posada del Langostino.

Los niños estallaron en alegres gritos y aplausos. Pero Ricky no estaba tan contento como los demás. Se acercó a Emmy y le cuchicheó al oído:

—Pero si tú me habías prometido...

—¿Qué?

—Que podría dormir en la tienda de los buscadores de gaviotas.

—Está bien —asintió Emmy, con un guiño—. Esta noche, después de la almejada, puedes irte a dormir con Bill y Gary.

—¡Canastos! —gritó Ricky, echando a correr por la playa, con «Negrito» pisándole los talones.

